MAREA ALTA



MÓNICA BENÍTEZ

MAREA ALTA

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2026 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Aviso legal

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.

Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.

La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.

Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con mbenitezlibros@gmail.com

Registro: 2511273849534

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

https://www.facebook.com/monicabntz

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

PRÓLOGO

Miami, 2045.

El fenómeno que los científicos denominan "liberación de metano del permafrost" ya no es una hipótesis teórica. Lo que durante décadas se consideró una amenaza lejana, ahora se ha convertido en una realidad aterradora. En las regiones árticas, el permafrost —suelo permanentemente congelado durante miles de años— se derrite a un ritmo que ha superado las predicciones más pesimistas, liberando cantidades crecientes de metano atrapado desde tiempos prehistóricos.

Lo que nadie pudo prevenir fue el efecto dominó. Cuando el deshielo alcanzó un punto crítico, activó la liberación masiva de hidratos de metano submarinos en el Ártico. Este gas, 86 veces más potente que el dióxido de carbono como agente de efecto invernadero, ha desencadenado lo que los climatólogos denominan un punto de inflexión climático: un cambio brusco e irreversible en el sistema climático global.

Las consecuencias ya se manifiestan. El aumento súbito de la temperatura está provocando el colapso acelerado de las capas de hielo de Groenlandia y la Antártida Occidental. Los modelos climáticos, una vez considerados alarmistas, ahora parecen

conservadores frente a la realidad medida por satélites y estaciones de monitoreo.

En Miami, Florida, estos cambios no son abstracciones científicas, sino realidades cotidianas. La ciudad, construida apenas por encima del nivel del mar, ya lidia con inundaciones regulares que están transformando su paisaje urbano y social. El *king tide* —la marea alta estacional— que antes causaba incomodidades menores, ahora inunda barrios enteros durante semanas, no solo horas.

Las señales de advertencia se acumulan. En los últimos dos años, huracanes de categoría 6 —una clasificación creada recientemente para fenómenos que superan la escala tradicional— han golpeado la costa este con una frecuencia alarmante. La corriente del Golfo muestra signos inequívocos de colapso, alterando drásticamente el clima regional. La Agencia Federal para el Manejo de Emergencias (FEMA) ha establecido centros de operaciones permanentes en Miami, Nueva York y Boston, una medida sin precedentes que contradice los mensajes tranquilizadores de las autoridades.

Miami refleja como ningún otro lugar la división ante la crisis inminente. En las zonas más ricas, como Miami Beach o Brickell, enormes proyectos privados se desarrollan a un ritmo frenético: barcos tipo arca y plataformas flotantes diseñadas para sobrevivir cuando todo quede bajo el agua. Mientras tanto, en los barrios de clase trabajadora, la población recibe información contradictoria y planes de evacuación poco claros.

El gobierno mantiene una postura oficial de cautela moderada, insistiendo en que las medidas de adaptación serán suficientes para una transición ordenada. Los informes clasificados, sin embargo,

pintan un escenario catastrófico que contradice la narrativa pública. Las proyecciones internas indican que Miami podría volverse inhabitable en menos de una década.

La sociedad se fragmenta ante la incertidumbre. Hay quienes continúan negando la magnitud de la amenaza, aferrándose a teorías que minimizan la intervención humana en el cambio climático. Otros, en cambio, interpretan cada nueva tormenta como una señal para el apocalipsis inminente. Entre ambos extremos, un creciente número de personas comienza a prepararse con discreción, convirtiendo propiedades en refugios improvisados o adquiriendo terrenos en elevaciones mayores.

Las corporaciones con información privilegiada actúan con mayor determinación que el gobierno. En los puertos y astilleros elevados de Miami, la construcción naval ha experimentado un auge sin precedentes. No son embarcaciones convencionales lo que se construye, sino estructuras flotantes diseñadas para ser habitadas de forma permanente. Las compañías aseguradoras, mientras tanto, han comenzado a retirarse silenciosamente de las zonas costeras, una señal que los financieros interpretan mejor que los políticos.

Lo que Miami enfrenta hoy es solo el preludio. Los modelos científicos más recientes proyectan que el colapso de las capas de hielo, una vez iniciado, seguirá una progresión no lineal. Cada centímetro de elevación del nivel del mar redibuja el mapa de la ciudad, convirtiendo zonas habitables en territorios condenados.

La pregunta ya no es si ocurrirá el desastre, sino cuándo alcanzará proporciones que obliguen a reconocer lo que los datos ya indican: estamos ante el umbral de un cambio que reconfigurará

nuestros litorales, desplazará poblaciones enteras y pondrá a prueba los límites de nuestra capacidad de adaptación.

Mientras tanto, Miami sigue construyendo. Hacia arriba, hacia afuera y hacia un futuro flotante. La ciudad se prepara, de manera desigual y fragmentada, para el día en que el agua reclame lo que la geología siempre advirtió que era suyo.

Para algunos, ese día llegará como una sorpresa inexplicable. Para otros, será la confirmación de lo inevitable. Para todos, marcará el comienzo de una nueva realidad donde las mareas no solo cambiarán la geografía, sino el destino mismo de la civilización tal como la conocemos.

CAPÍTULO 1

Cuatro meses después.

Carrie Levy limpia la plancha de la hamburguesería por enésima vez ese día mientras el olor a grasa, al que no logra acostumbrarse por mucho tiempo que lleve trabajando ahí, le hace arrugar la nariz de forma inconsciente. Se seca las manos y se coloca un momento bajo el ventilador del techo para aliviar el calor sofocante y húmedo de Miami en pleno mes de agosto. Absorta, mira a través de la ventana para ver las colas de gente que se extienden hacia un lado y a otro de la calle para entrar en el supermercado de enfrente. Hace meses, esto asombraba a Carrie, ahora está acostumbrada a ver cómo todo el mundo compra lo mismo: agua embotellada y comida enlatada, como si eso fuera lo único que va a salvarlos cuando llegue el momento.

—Carrie, la mesa cuatro necesita más kétchup —dice Danny, el dueño de la hamburguesería donde Carrie lleva trabajando dos años.

Danny es un hombre robusto de treinta años que aparenta cuarenta gracias a sus entradas prominentes y las ojeras que siempre lo acompañan como si llevase semanas sin dormir. A Carrie le cae bien, es de las pocas personas que cuentan con ese privilegio, aunque tampoco se puede decir que tenga amigos como para hacer una lista, y menos en los tiempos que corren.

—Voy —dice Carrie, resoplando desconsolada cuando se aparta del ventilador.

Se acerca a la estantería donde tienen los botes de kétchup, coge uno y camina hacia la mesa cuatro, donde un matrimonio discute sobre si deben vender el coche para comprar provisiones o conservarlo para huir hacia una zona más elevada cuando todo se vaya a la mierda. Para Carrie es sencillo, si dispusiera de un vehículo —cosa que nunca ha tenido— lo vendería para conseguir dinero, pero no para comprar comida, lo utilizaría para tratar de conseguir un pase de supervivencia —como la gente los llama— para poder acceder a cualquier edificio lo suficientemente alto como para que el agua no lo cubra por completo.

—Aquí tienen —anuncia, dejando el bote sobre la mesa mientras les dedica una sonrisa falsa que le costó meses elaborar hasta que ya le sale sola cada vez que se acerca a una mesa.

El padre asiente sin mirarla mientras la madre acaricia el pelo de una de sus hijas, mirándola como si fuera a desaparecer en cualquier momento. Carrie ve muchas de esas miradas últimamente. Está la gente que cree que no será para tanto, que el agua cubrirá la ciudad durante unos días y después todo volverá a la normalidad, pero hace mucho que nada es normal. Y después está la gente como esa mujer —y como ella misma— que ve la realidad. ¿Por qué iban el Gobierno, las empresas privadas y los millonarios a construir plataformas flotantes, rascacielos con estructuras de acero o barcos pensados solo para la supervivencia si lo que viene es algo pasajero?

Cuando vuelve a la barra, aprovecha para comprobar su teléfono. El mensaje de Axel sigue ahí desde que se lo envió hace tres horas.

“Será esta noche. Torre cuarenta, planta veintidós, apartamento 2204. El tipo trafica con pases falsos. Dinero en efectivo y pastillas. ¿Te apuntas?”

Carrie borra el mensaje y guarda el teléfono. Axel es un imbécil redomado, pero un imbécil con contactos, y si dice que habrá dinero y pastillas, probablemente sea cierto. Y Carrie necesita dinero desesperadamente si quiere pagar uno de los pases de supervivencia y asegurarse una plaza en algún edificio cuando llegue el momento.

Conoció a Axel hace cuatro años, cuando el padre de Carrie fue encarcelado después de ser acusado de más de treinta atracos a mano armada. Atracos que sin duda cometió, porque Carter Levy nunca ha sabido hacer otra cosa. Carrie se quedó sola con él a los doce años, cuando su madre, cansada de la vida peligrosa e impredecible de su marido, decidió que ya estaba harta de vivir preocupada y los abandonó a ambos. Desde entonces, la vida de Carrie transcurría entre el colegio y el asiento de copiloto del coche de su padre, quien decidió que su hija debía aprender el negocio familiar.

Carrie aprendió a conducir, también a forzar cerraduras, a identificar objetivos factibles, a pasar horas observando y a planificar vías de escape. A pesar de todo, su padre jamás la dejó participar, lo máximo que hacía era conducir el coche durante la huida, pero cuando arrestaron a Carter, a Carrie no le quedó más remedio que sobrevivir haciendo lo único que le habían enseñado hasta que encontró el trabajo en la hamburguesería. Con lo que cobra ahora, tiene suficiente para pagar su apartamento destartalado y comer, así que solo se arriesga cuando es estrictamente necesario.

Axel es hijo del que fue el mentor de su padre, y contactó con ella cuando lo encerraron.

—Carter dice que te ayude. Conozco varios sitios donde dar un palo rápido con poco riesgo. Si me ayudas, vamos a medias —le dijo mientras se liaba un cigarro.

Y Carrie dijo que sí, porque necesitaba dinero hasta decidir qué hacía con su vida y, aunque consiguió enderezarla, Axel la sigue contactando de vez en cuando.

—Disculpe, ¿puede subir el volumen? —pregunta un hombre que está sentado solo en una de las mesas.

Danny coge el mando del televisor y obedece. Carrie mira por curiosidad para ver a un meteorólogo despeinado y sudoroso hablando de sistemas de alta presión anómalos y patrones de precipitaciones sin precedentes. Ni ella ni Danny prestan más atención, hartos de ver y escuchar cosas parecidas cada día.

—Oye, Carrie —dice Danny, acercándose a ella con el móvil en la mano—. Mi primo dice que hay plazas disponibles en la Torre Nueve. Veinte mil por una habitación compartida en el piso cuarenta.

Carrie no puede evitar una sonrisa amarga a la que él responde con una mueca mientras sigue mirando el teléfono.

—Veinte mil, qué poco… —murmura Carrie con sarcasmo.

—Sí —resopla él—, pero deberías moverte más rápido para conseguir una plaza donde sea, Carrie —dice preocupado—. Mi primo dice que la cosa va a comenzar pronto, tal vez en días.

A Carrie se le hunde el estómago. El primo de Danny trabaja en el puerto, viendo la rapidez con la que se construyen barcos y siendo testigo de cómo la gente intercambia cualquier cosa por conseguir una plaza. Hasta ahora, toda la información que le ha dado a Danny

ha sido cierta, así que, si él dice que la inundación es inminente, lo más probable es que lo sea. Danny ya tiene su plaza comprada desde hace tiempo, para él, para su mujer y para su madre, pero Carrie sigue sin saber si logrará conseguir un lugar donde sobrevivir.

—Dice que por cinco mil se pueden conseguir plazas en los pisos inferiores —sigue Danny, con la mirada fija en la pantalla.

—Los pisos inferiores estarán bajo el agua en cuestión de días cuando todo empiece —responde Carrie.

—Sí —confirma Danny—, pero eres una superviviente, es una forma de ganar tiempo mientras encuentras la manera de subir.

Carrie le dedica una sonrisa amable.

—Gracias por la información, Danny, y no te preocupes, algo se me ocurrirá —dice antes de volver al trabajo.

Empieza a secar vasos, aunque su mente ya está en otra parte. Carrie tiene ahorrados tres mil quinientos dólares, pero sabe que con eso no tiene ni para sobornar a uno de los matones que hacen guardia en las entradas de esos edificios. Necesita el golpe de esta noche y probablemente algunos más, y rezar para que todo salga bien.

A las cinco en punto, Carrie se quita el delantal y se despide de Danny. Cuando sale, el calor húmedo la golpea como un bofetón, haciendo que se ahueque la camiseta como si ya se le hubiera adherido a la piel con el sudor. Empieza a caminar mientras esquiva gente que empuja carros de la compra llenos de garrafas de agua e ignora a los vendedores oportunistas que ofrecen baterías, radios de emergencia, pases de supervivencia falsos o medicinas que probablemente han robado en la farmacia.

Carrie tiene un rumbo fijo, va directamente hasta el distrito financiero donde los rascacielos se han convertido en el bien más codiciado, prometiendo la salvación para todo aquel que pueda pagarla. Se detiene cuando llega a su objetivo, la Torre Cuarenta a la que se ha referido Axel. Treinta pisos de cristal y acero que antes albergaban los despachos de contables y abogados. Ahora es una de las docenas de torres privatizadas que han aparecido como si fueran hongos por toda la ciudad.

Dos tipos enormes hacen guardia en la entrada principal. No van armados, al menos de forma visible, pero Carrie está segura de que son exmilitares. Al lado de ellos, hay un cartel enorme en el que dice: "consultar disponibilidad, solo dinero en efectivo". Varias personas hacen cola para comprar un pase. Carrie sabe que no todas tienen el dinero, pero probablemente ofrecen otras cosas como joyas, medicinas o incluso sexo, que harán que los desvíen hacia otra puerta. Carrie ha escuchado de todo. Finge mirar algo en su teléfono mientras sigue observando. Un hombre trajeado accede tras entregar un sobre y, del mismo modo que él entra de inmediato, una mujer con sus dos hijos es rechazada a pesar de estar ofreciendo lo que parecen joyas.

—Que se jodan los pobres —murmura Carrie, asqueada.

Camina un poco y entra en la cafetería del edificio situado al otro lado del que le interesa, sentándose junto a la ventana para seguir observando. Desde ahí, comprueba que hay otra entrada donde los intercambios parecen más creativos. Se rumorea que los dueños de algunos edificios de este tipo son bandas organizadas, exmilitares o simples oportunistas con conexiones que han creado su propia versión del arca de Noé. Si tienes medicinas, dinero, armas o

habilidades útiles, tienes una oportunidad. Si solo tienes esperanza y buenas intenciones, te jodes. Es así de simple.

Su teléfono vibra con otro mensaje de Axel.

"La Torre Quince acepta servicios especiales. Si te interesa, pregunta por Mika"

Carrie suelta un bufido y borra el mensaje. Los servicios especiales no le interesan ni los considera, al menos mientras tenga otras opciones. Sigue observando el edificio y se da cuenta de algo que no había visto antes: una escalera de emergencia oculta por un andamio en construcción abandonado. Carrie cuenta los pisos hasta donde llega la escalera. Termina en la planta veinte y lo que le interesa está en la veintidós. Si puede llegar hasta ahí sin ser vista, tendrá opciones reales de lograr el objetivo. Paga el café que se ha pedido y se marcha.

El sol se está poniendo mientras camina de regreso a su edificio. Carrie tiene alquilado un estudio de una habitación en el tercer piso de un bloque que sin duda no sobrevivirá a lo que viene. Cuando llega, se sienta en la cama y revisa lo único que tiene que puede resultar útil para hacer intercambios llegado el momento. Una linterna que no necesita pilas, la navaja de su padre y un bote de pastillas para dormir que robó de una farmacia hace semanas. No le conseguirán un pase, pero sí que pueden servir para pequeños sobornos que probablemente tendrá que hacer cuando todo empiece.

Se cambia de ropa, poniéndose unos vaqueros oscuros y una sudadera con capucha. Antes de salir en dirección a su objetivo, se mira en el espejo. Hace poco que cumplió los veinticinco, pero sus ojeras están marcadas y está más delgada de lo que le gustaría

debido a las comidas que muchas veces tiene que saltarse para ahorrar todo lo que pueda. Entonces, recuerda las palabras de su padre.

—La supervivencia no tiene moral —solía decirle para justificar su modo de vida.

Carrie no se siente orgullosa de lo que hace, pero en un momento como este donde la gente como ella simplemente es descartada por no tener recursos, está dispuesta a hacer lo necesario para sobrevivir.

Se asegura de llevar la navaja en el bolsillo y sale de su apartamento para regresar a la Torre Cuarenta. En unas horas, puede que haya conseguido robar algo de dinero o esas pastillas que podrá vender después, o también puede que esté muerta, o peor, arrestada y obligada a trabajar en la construcción de barcos o edificios donde otros sobrevivirán. Cuando pone un pie en la calle, empieza a llover con fuerza. Carrie mira al cielo y suspira, preguntándose cuánto tardarán las calles en inundarse esta vez.

CAPÍTULO 2

Alexis Turner mira a través de uno de los ascensores exteriores del edificio mientras sube hacia el piso sesenta. Llueve a cántaros desde hace cuatro horas, las calles ya están inundadas y probablemente se forme algún huracán que cause estragos graves como pasa últimamente. Fenómenos meteorológicos impredecibles, ningún modelo es fiable a estas alturas. Alexis es incapaz de contemplar la vista panorámica sin sentir un nudo en la boca del estómago. Desde esta altura, la ciudad parece engañosamente tranquila: las luces de los edificios brillan como si esta lluvia fuera normal, el tráfico fluye por las autopistas elevadas y el océano se extiende hacia el horizonte con esa oscuridad traicionera que precede a las tormentas violentas. Aun así, gran parte de la población está calmada, pensando que solo es algo pasajero, que estas lluvias torrenciales y huracanadas son lo único a lo que tienen que enfrentarse.

Pero Alexis sabe la verdad porque ha leído los informes clasificados que llegan a la mesa de su padre. Sabe que la mitad de esas luces pertenecen a edificios que estarán bajo el agua en menos de un mes, y que el otro lado de ese océano aparentemente pacífico esconde la tormenta del siglo dirigiéndose directamente hacia ellos.

Las puertas del ascensor se abren y Alexis accede al vestíbulo de mármol blanco y pulcro del nivel administrativo del edificio. Por allí

se mezclan personal militar y civil, cargando cajas selladas, revisando listas en *tablets* y hablando en voz baja a través de auriculares. Podría parecer la actividad normal de un edificio militar o gubernamental, pero Alexis sabe que no lo es. Simplemente se preparan, y han de hacerlo rápido.

Saluda a algunas personas mientras avanza por el pasillo hacia el despacho de su padre. Encuentra muchas puertas abiertas a su paso, entre ellas, la del general Morrison, que habla con dos soldados de pie frente a su mesa. Alexis pasa de largo, pero escucha una frase que últimamente oye mucho y que le pone los pelos de punta.

—Capacidad limitada —dice el general.

Ella se tensa, incómoda por tener una plaza asegurada sin esfuerzo, solo por ser hija de quien es. Helen, la secretaria que lleva una década trabajando para su padre, levanta la vista cuando la ve y le dedica una sonrisa.

—Te está esperando, querida, pasa —le dice con un gesto.

—Gracias, Helen —responde Alexis, tocando en la puerta antes de entrar.

El despacho del coronel Henry Turner es un caos, con mapas de navegación que cubren una pared completa, montones de carpetas apiladas en su mesa y sillas por todas partes que la gente no recoge después de las reuniones, pero Alexis siempre clava la mirada en el mismo sitio: el pequeño mueble archivador que hay detrás de la silla de su padre. Sobre él, solo hay una fotografía enmarcada donde aparecen Alexis y su hermano Andrew cuando eran pequeños, construyendo castillos de arena en una playa que ya no existe, igual que Andrew.

Su padre está de pie frente a la ventana, con las manos cruzadas en la espalda mientras observa una ciudad que pronto verá sumergida desde la cubierta de un barco. El hombre siempre ha parecido mayor de lo que es. Envejeció de golpe con la muerte de Andrew hace ahora veinte años.

—Papá —dice Alexis en voz baja.

Él se gira y le sonríe al mismo tiempo que le señala una silla.

—Siéntate, hemos de hablar sobre el traslado al barco.

Alexis obedece y se deja caer en una de las sillas de cuero desgastado, mirando de reojo algunas de las carpetas marcadas como confidenciales que hay sobre la mesa.

—¿Qué pasa con el traslado? —pregunta Alexis.

—Quiero que salgas cuanto antes de la ciudad. El Athenas ya está operativo.

Alexis siente un escalofrío. El Athenas es uno de los muchos barcos construidos específicamente para sobrevivir a la catástrofe. Una ciudad flotante con capacidad para cinco mil personas, todas escogidas a dedo. Militares, políticos, médicos, científicos, profesores y cualquiera con conocimientos útiles para la supervivencia.

—¿Por qué tan pronto? —pregunta Alexis—. Se supone que nos íbamos a trasladar dentro de dos semanas.

—Los modelos meteorológicos han cambiado. El sistema de baja presión se está moviendo más rápido de lo que estaba previsto —su padre hace una pausa, el hombre ni siquiera entiende de lo que habla. Él solo repite lo que le dicen y le basta con saber que deben acelerar los planes.

—¿Y qué hay de la población civil? —pregunta su hija.

Él frunce el ceño, cansado de discutir con ella sobre este tema. Le resulta completamente imposible hacerle entender a Alexis que no hay sitio para todos. Selección natural, lo llaman algunos, aunque de natural tiene muy poco cuando son unos cuantos los que deciden quién vive y quién muere.

—Estamos haciendo todo lo posible dentro de los parámetros operacionales. Los centros de evacuación terrestre están funcionando a máxima capacidad y hemos expandido los criterios de selección tanto como la seguridad estructural lo permite.

Palabras vacías, piensa Alexis con resignación. El tipo de lenguaje que los políticos y militares utilizan cuando no quieren admitir que van a dejar morir a millones de personas. Alexis se lo sabe de memoria, ella misma, como periodista, lo ha tenido que utilizar en los artículos que su periódico le ha pedido que escriba sobre el tema.

—Estoy segura de que se puede hacer más. Yo no necesito un camarote de diez metros cuadrados para mí sola, podríamos compartir…

—Alexis —la interrumpe como si estuviera dando una orden a un soldado—. Ya lo hemos hablado. Eso no depende de mí, a los barcos accederá el personal acreditado. Cada plaza adicional significa división de recursos. Si hacemos excepciones, se compromete la misión general de sobrevivir.

—¿La misión de sobrevivir? ¿O la misión de mantener el orden social incluso después del apocalipsis? —rebate Alexis.

—No tengo tiempo para seguir discutiendo contigo, seguro que tu hermano lo habría entendido a la primera.

Alexis se queda paralizada, es la primera vez en años que su padre menciona a Andrew y, de repente, la mente de Alexis está reviviendo el recuerdo de lo sucedido aquella mañana en un lago de Colorado, viendo como su hermano de once años se alejaba nadando hacia el centro del lago.

Flashback

—Puedo llegar hasta la otra orilla y volver —dijo Andrew.

Su hermano siempre había sido de los que actuaban primero y pensaban después, aunque con once años, tampoco se le podía exigir que fuera más responsable, porque era solo un niño. Ella estaba sentada en la orilla, mojándose las piernas y el culo, entretenida con unas piedras que había recogido y ahora lavaba para quitarles la tierra mientras sus padres preparaban el pícnic bajo la sombra de un árbol, como hacían muchos fines de semana.

Alexis, con siete años, ni siquiera entendía el peligro que corría su hermano. Tampoco le prestaba mucha atención, aunque lo miraba de vez en cuando. Tanto Andrew como ella sabían nadar perfectamente, por eso sus padres no estaban tan pendientes de ellos. Alexis bajó la vista hacia una de sus piedras mientras su hermano seguía nadando como si formara parte del lago, la levantó unos segundos después, solo por curiosidad, pero Andrew ya no estaba.

La niña se incorporó de golpe, sin entender lo que pasaba. Se puso la mano de visera para tratar de ver la otra orilla del lago. Tal vez había llegado más rápido de lo que ella había creído, pero al otro lado del lago no se veía movimiento.

—¡Papá! —el grito de la niña fue desgarrador cuando, de algún modo, comprendió que algo no iba bien.

Henry Turner soltó todo lo que tenía en las manos y corrió hacia ella, seguido de su madre. Alexis se había metido en el agua, que ya le cubría hasta el cuello, y flotaba mirando a un lado y a otro. Dio un par de brazadas, dispuesta a nadar en busca de Andrew, pero los brazos de su padre la sacaron del agua como si fuera una pluma y la dejó en la orilla junto a su madre.

—¿Y tu hermano? —preguntó desesperado, como si también hubiera comprendido la magnitud de lo que se les venía encima.

Alexis, temblando, alzó su pequeño brazo tembloroso y señaló hacia el centro del lago. Su padre no hizo más preguntas, simplemente se metió en el agua de nuevo y comenzó a nadar mientras su madre gritaba histérica, manteniendo a Alexis pegada a su cuerpo como si temiera perderla a ella también.

—¡Andrew! —gritaba Henry Turner mientras nadaba.

Se detuvo en el centro del lago y empezó a hacer inmersiones en busca de su hijo. A Alexis le pitaban los oídos y el miedo hacía que todo se desdibujara a su alrededor. Solo tenía ojos para la zona del lago donde estaba su padre, la última donde había visto a su hermano. Pasaron varios minutos hasta que lo encontró y lo sacó del agua. A Alexis no se le olvida la forma en la que los brazos flácidos de su hermano colgaban y se sacudían conforme su padre se movía.

No pudo reanimarlo. Andrew estaba muerto. Un calambre, les dijeron los sanitarios cuando llegaron. Probablemente sufrió un calambre que le paralizó las piernas. Alexis tiene fobia al agua desde entonces.

—Alexis, ¿estás bien? —pregunta su padre, devolviéndola al presente.

Ella se da cuenta de que tiene los puños apretados sobre su regazo y los relaja de inmediato.

—Sí, solo he recordado algunas cosas.

—Lo sé —dice él, con un tono más suave—. Perdona, no he debido mencionar a tu hermano, pero es importante que hagas lo que te digo. Eres todo lo que me queda y necesito saber que estás a salvo para poder hacer bien mi trabajo.

Alexis traga saliva y asiente. En algo tiene razón su padre, solo se tienen el uno al otro, porque su madre nunca superó la muerte de Andrew y, tres años después, se suicidó saltando por un puente.

—Está bien —accede ella—. ¿Cuándo tengo que trasladarme?

—Esta noche, un helicóptero te llevará directamente al Athenas, anclado en la bahía norte.

—¿Esta noche? —Alexis nota que se le acelera el pulso.

—Sí, tienes tres horas para recoger tus cosas. Recuerda, solo lo que puedas cargar en dos maletas.

A Alexis la cabeza le da vueltas, si su padre quiere que salga ya, es porque el peligro es inminente.

—¿Y tú? ¿Cuándo volarás tú? —pregunta nerviosa.

—Mañana por la tarde. Antes tengo que volar al Poseidón para entregar unos documentos, después, me reuniré contigo, te lo prometo.

—Está bien, recogeré mis cosas y volveré en un par de horas —dice Alexis.

—Gracias. El cabo Hub te acompañará —dice mientras descuelga el teléfono y le dice a Helen que haga venir al cabo.

Alexis no protesta, cada vez que hay tormenta, su padre le pone protección. Cuando el agua inunda las calles, la gente se pone

nerviosa, y los nervios y la desesperación por ponerse a salvo, los vuelven agresivos.

—¿Te veo mañana entonces? —pregunta Alexis, rodeando la mesa para abrazar a su padre.

Él le besa el pelo cobrizo y la aprieta con fuerza contra su cuerpo.

—Sí, y sigue todas las instrucciones que te den, por favor.

—Lo haré, te lo prometo —asegura ella.

Alexis besa la mejilla de su padre y sale del despacho. Se despide de Helen y la mira de reojo mientras se aleja, preguntándose si la mujer tendrá una plaza asegurada o si su trabajo no es tan importante y la consideran prescindible. Prefiere no pensar en ello, consciente de que ella no puede cambiar las cosas.

CAPÍTULO 3

Carrie está refugiada bajo el toldo destrozado de una gasolinera mientras espera a que Axel aparezca. En cuestión de una hora, el tiempo que lleva allí observando el edificio, la lluvia torrencial ha convertido las calles de Miami en ríos improvisados. Tiene la ropa empapada y pegada al cuerpo, está incómoda y nerviosa, pero se repite una vez más que tiene que hacerlo. Clava la mirada en el edificio de nuevo, intentando memorizar los patrones de movimiento de los guardias a la espera del momento perfecto para entrar. El problema es que la tormenta lo está volviendo todo impredecible. Los guardias se refugian bajo la marquesina de la entrada cada vez que el viento sopla con fuerza y la escalera de emergencia por la que piensa subir está resbaladiza por el agua y es muy peligrosa.

Al fin, Axel aparece corriendo por la calle. Es un tipo alto y muy delgado de unos treinta años, con la cara llena de acné y los ojos pequeños en proporción al tamaño de su cabeza.

—Maldita lluvia —masculla por encima del ruido del viento mientras se refugia bajo el toldo junto a ella—. ¿Estás lista?

—Hace rato —rezonga Carrie—. ¿Seguro que el tipo está ahí arriba? —pregunta, señalando con la cabeza.

—¿Cuándo te he fallado yo? —responde él, ofendido—. Démonos prisa, según mi contacto, el tipo solo estará aquí durante

otra hora más. Después cambiará de ubicación.

Carrie pone los ojos en blanco. Ella ha llegado hace más de una hora, es Axel el que llega tarde, pero tampoco conseguirá nada reprochándoselo.

—¿Y estás seguro de que no hay nadie con él? —insiste Carrie.

—Seguro. Un imbécil demasiado confiado, por eso es un golpe fácil. Lo reducimos y le quitamos el dinero.

Axel saca una pistola de aire comprimido de su chaqueta empapada. No es un arma real, pero en la oscuridad y con la lluvia, podría pasar por una.

—Tú te encargas del dinero, yo me encargo del viejo —dice él—. Entrada y salida rápida, no haremos daño a nadie si no es necesario.

Ella se tensa. Sabe que Axel habla en serio. Prefiere evitar la fuerza, aunque si tiene que utilizarla, no le tiembla el pulso. Odia trabajar con él porque es impredecible, pero necesita el dinero y, técnicamente, van a robar a un estafador que se aprovecha de familias desesperadas, así que, moralmente, no se siente mal.

Corren hacia el edificio chapoteando sobre el agua aprovechando que una ráfaga de viento fuerte ha hecho que un contenedor de basura ruede por la calle, estrellándose contra la pared con un golpe tan fuerte que los guardias se han distraído y no prestan atención hacia otras direcciones, lo que les permite llegar a la escalera de emergencia sin ser vistos.

Axel, que va delante, pierde el pie en el segundo escalón y tiene que agarrarse a la barandilla para no caerse.

—Quítate las zapatillas —dice Carrie—. Con los calcetines tendremos mejor tracción que con las suelas —añade tras comprobar que la escalera resbala más de lo que había imaginado.

Ambos se las quitan y se las atan a la mochila con los cordones. Para cuando llegan al piso veinte, están temblando de frío y jadeando de cansancio. Axel se sienta un momento en el último escalón para tomar un respiro y recuperar el aliento mientras Carrie pega la espalda a la pared, haciendo lo mismo.

Acceden por una puerta de emergencia y no se molestan en ponerse las zapatillas porque necesitarán la misma tracción para la huida. El edificio está más silencioso de lo que Carrie esperaba. Se supone que los inquilinos temporales que han adquirido sus pases para ocupar los despachos como si fueran sus futuras casas ya deberían haber llegado, pero apenas se escuchan murmullos tras unas pocas puertas.

—Vamos —dice Axel, empujando la puerta de acceso a las escaleras.

Mientras suben las dos plantas que les faltan para el piso veintidós, se cruzan con un par de personas que bajan y no les prestan ninguna atención.

—Es este —susurra Axel cuando se sitúan frente a la puerta del apartamento 2204.

El pasillo está vacío, pero dentro se escuchan las voces de un hombre y una mujer, probablemente una cliente.

—Sin usar la fuerza —le recuerda Carrie a Axel mientras saca su navaja.

Él levanta las cejas y le dedica una sonrisa indescifrable. Carrie aprieta la mandíbula y desliza la hoja de la navaja entre la puerta y el marco del mismo modo que su padre le enseñó. Este es el único motivo por el que Axel la necesita, ella es rápida y silenciosa para

estas cosas, él entraría rompiéndola de una patada que anunciaría su presencia y le complicaría las cosas.

La puerta se abre y Carrie la empuja muy despacio. El apartamento es una especie de oficina improvisada donde al parecer el tipo lleva varias horas vendiendo pases y pastillas. El hombre está de espaldas a la entrada, sentado en una silla mientras habla con una mujer que permanece de pie junto a una mesa, contando billetes en voz alta mientras él la observa con atención. En el suelo, junto a la silla donde el tipo está sentado, hay dos macutos abiertos. Uno está vacío, pero el segundo está lleno de dinero. Dinero fácil, piensa Carrie, sorprendida de que el tipo sea tan confiado como para solo servirse de la seguridad en la entrada del edificio.

—Cuatro mil —termina la mujer.

—¿Cuatro mil? Si quieres dos pases, te faltan dos mil.

—Solo tengo esto —dice ella, desesperada.

El hombre está a punto de levantarse cuando Axel decide entrar. Carrie observa con el pulso disparado cómo levanta el arma y amenaza al tipo para que no se mueva. La mujer ahoga un grito y Carrie corre hacia ella señalándola con la navaja.

—No grite, no le vamos a hacer nada —le pide casi suplicando.

La mujer se queda inmóvil, pálida como la pared, y recula hasta sentarse en una silla cuando Carrie se lo pide.

—Estáis muertos —dice el tipo mientras Axel le apunta a la sien.

—Vamos, amordázalo —le dice a Carrie.

Ella abre su mochila con rapidez y saca un rollo de cinta americana. Corta un trozo y se lo pega en la boca, después saca unas bridas y se las coloca en las manos, uniéndoselas a la espalda. En cuanto el tipo está reducido, Axel cierra el macuto que tiene el

dinero y se acerca a la mesa donde la mujer contaba el suyo hace un momento.

—No —dice Carrie—. A ella no le vamos a robar.

—Son cuatro mil pavos —se indigna Axel.

—Me da igual. Vámonos.

Por un momento, Axel se plantea reducirla a ella también y marcharse con todo el dinero, pero, aunque es un ladrón de poca monta, es un tipo leal, y le prometió a Marvin Levy que ayudaría a su hija siempre que pudiera.

—Como quieras —dice dirigiéndose a la puerta.

—Guárdese el dinero y váyase en cuanto nos marchemos —le dice Carrie a la mujer—. Los pases de este tipo son falsos.

Tras eso, sale corriendo detrás de Axel e inician un descenso desesperado por las escaleras hasta llegar a las de emergencia. Saben que tienen tiempo, que el tipo no podrá soltarse sin ayuda, pero, aun así, alguien podría verlos y alertar a los guardias. En el piso veinte, Axel se detiene un momento para escuchar por si alguien los está siguiendo, pero el edificio permanece silencioso excepto por el rugido constante de la tormenta.

La salida por la escalera de emergencia es todavía más peligrosa bajando que subiendo. Con la lluvia torrencial y el viento constante, los escalones se han convertido en pistas de patinaje y no pueden bajar todo lo rápido que querían; aun así, llegan abajo sin problemas y, para cuando llegan al callejón, están temblando por la adrenalina y el frío. Se asoman por la esquina del edificio y ven que los guardias de la entrada están todos refugiados bajo la marquesina.

Carrie y Axel se alejan del edificio corriendo y no se detienen hasta que no han atravesado tres manzanas, refugiándose en el

portal de un edificio para repartirse el botín.

—Seis mil cuatrocientos —anuncia Carrie tras contar el dinero—. No está mal para veinte minutos de trabajo.

Axel tuerce la boca.

—Podría haber sido más si no fueras tan blanda.

—Mitad y mitad, como acordamos —responde ella, ignorándolo.

Carrie le da tres mil doscientos dólares. No es suficiente para una plaza completa en uno de los rascacielos de lujo, pero con eso y lo que tiene ahorrado, podría negociar algo en las torres más baratas.

—Oye —dice Axel, guardando su parte del dinero—, por ahí dicen que la cosa se va a poner fea muy pronto, quizá no volvamos a vernos, así que te deseo suerte.

—Igualmente, Axel —dice Carrie, estrechándole la mano mientras asiente.

Axel le hace un gesto, se calza las zapatillas y sale corriendo en dirección opuesta a la de Carrie. Ella también se calza, pero en lugar de correr, camina con más calma porque no quiere llamar la atención como si fuera una vulgar ladrona huyendo con un botín, que es justo lo que está haciendo.

Conforme camina hacia su edificio, comprueba que de nuevo han comenzado los disturbios, como siempre que las calles se inundan. La tienda de la acera de enfrente tiene la puerta rota y hay gente saliendo con comida y garrafas de agua. Carrie no levanta la mirada y sigue andando hasta que llega al cruce siguiente y tiene que cambiarse de acera para evitar a un grupo que se pelea por el contenido de un camión de reparto que de algún modo han logrado detener.

—Mierda —dice al cabo de unos minutos, cuando el viento arranca un toldo que por poco se la lleva por delante.

Carrie mira a un lado y a otro y es entonces cuando comprende que esto no va a parar, que el primo de Danny tenía razón y el caos está llegando. Un ruido potente la hace girarse cuando está a punto de llegar y los ojos se le abren como platos cuando ve que un helicóptero vuela demasiado bajo sobre los edificios, peleándose contra las ráfagas de viento que parecen desestabilizarlo.

Le da la impresión de que es un aparato militar, probablemente un transporte hacia los barcos que se ha tenido que adelantar debido al empeoramiento del tiempo. Carrie está segura de que pronto empezará a ver muchos de estos y sacude la cabeza.

—Idiotas —murmura, mientras el aparato parece buscar de forma desesperada un lugar para aterrizar porque no puede mantenerse en el aire.

Carrie ahora sí que decide correr hasta su edificio para ponerse a salvo. Lo que ve a su alrededor le recuerda a lo que ha visto en algunos documentales sobre desastres: justo ese momento en el que parece que la gente se da cuenta de que las autoridades no van a salvarlos y comienzan a ver a los demás como competencia por los recursos. Cuando por fin llega, la entrada está inundada un par de palmos, pero todavía puede llegar a las escaleras sin problemas.

Suspira aliviada en cuanto logra cerrar la puerta de su apartamento, mientras piensa que el robo probablemente ha sido la parte más fácil de la noche. Si la tormenta continúa —y nada parece indicar que vaya a detenerse— tendrá que sobrevivir lo suficiente como para poder invertir lo que ha robado en una plaza que le conceda tiempo para pensar en otro plan.

CAPÍTULO 4

La sargento Jade Mitchell está en posición de firmes frente a la mesa del mayor Richards mientras el oficial revisa una lista en su *tablet* al mismo tiempo que mastica un chicle moviendo la mandíbula de forma exagerada. Jade espera con paciencia, mirando por encima de su hombro para ver cómo la lluvia intensa golpea las ventanas. Se siente aturdida, el ruido de la tormenta se mezcla con el de los helicópteros que despegan y aterrizan en la base y el que hace el mayor Richards al masticar.

—Sargento Mitchell —dice Richards sin levantar la vista.

Jade desvía la mirada hacia él para comprobar horrorizada que mastica con la boca abierta.

—Su nueva asignación es la escolta personal y protección de la doctora Isabella Foster durante la evacuación. Debe recogerla en el centro médico de Coral Gables a las 14:00 h y escoltarla hasta su barco.

Jade intenta mantener una expresión neutra mientras escucha, pero nota cómo los músculos de los hombros se le tensan de inmediato. Después de tres días coordinando evacuaciones de emergencia en los barrios más vulnerables de Miami —barrios que ya empiezan a inundarse y seguirán haciéndolo si la lluvia no se detiene— la idea de hacer de niñera de una doctora que

seguramente tiene su plaza asegurada en un camarote más grande que su apartamento, le parece ofensiva.

—Con todo respeto, señor —dice sin moverse—. ¿No sería más útil que continuara con las operaciones de evacuación civil? Todavía quedan familias enteras en esos barrios que necesitan transporte seguro a los centros de reubicación, especialmente ahora que sabemos que todo empezará a inundarse y ya no parará.

Jade decide no recordarle que son familias que forman parte de ese lavado de cara ridículo que el gobierno intenta hacer. Para evitar las protestas masivas, construyeron varios de esos complejos a los que llaman centros de reasignación. Edificios en las afueras de la ciudad, en zonas elevadas, pero que igualmente acabarán bajo el agua —solo que más tarde— con capacidad para albergar a veinte mil personas. Las plazas se asignaron por sorteo a familias completas y Jade quiere asegurarse de que, al menos, les den lo que les prometieron, y todavía no las han trasladado a todas.

El mayor Richards levanta la vista de la *tablet* y deja de masticar el chicle para atravesarla con sus ojos grises.

—Sargento, su trabajo no es cuestionar las asignaciones, es cumplir las órdenes —espeta como un témpano de hielo.

—Sí, señor, pero…

—Pero ¿qué, sargento? —Richards deja la *tablet* sobre la mesa, se saca el chicle de la boca y lo tira a la basura justo cuando un trueno hace vibrar la ventana—. ¿Usted sabe mejor que yo cómo se deben asignar los recursos durante una crisis nacional?

Jade aprieta la mandíbula y expulsa el aire por la nariz con lentitud. Esa actitud condescendiente es exactamente el tipo de mierda militar que la ha metido en problemas durante todos sus

años de servicio y, a sus treinta y dos años, ya lleva unos cuantos, pero también sabe que discutir ahora solo empeorará las cosas. Quizá si lleva a la doctora a donde le digan, podrá volver a realizar evacuaciones civiles después.

—No, señor. Simplemente, he visto que hay necesidades urgentes en… —a pesar de sus pensamientos, su lengua rebelde la traiciona.

—La doctora Foster es personal médico esencial, sargento —dice Richards, exasperado—. Su seguridad es una prioridad estratégica, y punto.

Personal médico esencial, piensa Jade mientras sigue escuchando la lluvia golpear contra el cristal. Como si la mitad de los médicos de los hospitales públicos —que probablemente están tratando heridos por inundaciones en este mismo momento— no fueran igual de esenciales, pero esta vez sí que consigue guardarse sus pensamientos para sí misma.

—Sí, señor —responde la sargento Mitchell.

El mayor Richards vuelve a coger la *tablet*, dando por terminada la discusión.

—Recoja su equipo en el almacén. La doctora Foster tiene autorización para evacuación prioritaria en el barco hospital Mercy. Manténgala viva y a salvo hasta que esté a bordo. Si hay cualquier problema, quiero que me informe directamente.

—Entendido, señor.

Jade se da la vuelta para abandonar el despacho, pero la voz de Richards la detiene.

—Ah, y sargento —dice con un claro tono de advertencia—. Espero que esta misión transcurra sin los inconvenientes que suelen

caracterizarla.

La sargento ladea la cabeza para mirarlo. El último inconveniente fue una misión de hace dos días, cuando desobedeció la orden de retirarse de un edificio de apartamentos que estaba siendo evacuado porque escuchó a una niña llorando en el cuarto piso. Jade encontró a una familia de cinco personas escondida en su apartamento, desconfiados de las intenciones de los soldados. Los convenció para evacuar y después soportó la reprimenda por haber retrasado a su unidad durante veinte minutos.

—No habrá inconvenientes, señor —asegura y el mayor la deja marcharse.

Jade tiene que atravesar una sala de mando antes de acceder al pasillo. Ahí, hay un mapa enorme de la ciudad con códigos de colores que indican los niveles de prioridad de evacuación. Las zonas verdes son los barrios ricos que ya están prácticamente vacíos. Las amarillas son áreas de clase media donde el ejército está proporcionando transporte organizado y las rojas, las zonas pobres en las que, según los informes oficiales, están facilitando autoevacuación, lo que se traduce en que los han abandonado a su suerte.

La sargento llega al almacén y recoge su equipo: chaleco antibalas, casco, un rifle M4, la radio de comunicaciones, un kit de primeros auxilios y raciones de comida para tres días. El sargento a cargo del almacén, un tipo llamado Rodríguez al que Jade conoce desde hace tiempo, le entrega el rifle con expresión divertida mientras escuchan el ruido de otro helicóptero aterrizando.

—Escolta personal para una doctora, ¿eh? ¿Qué has hecho esta vez, Mitchell?

—Tener iniciativa, supongo —responde ella.

Rodríguez se ríe mientras le pasa las cajas de munición.

—Deberías aprender a obedecer, especialmente ahora que todo se está yendo a la mierda —comenta el sargento.

—Siempre obedezco, pero también modifico los planes si es necesario —dice Jade.

Rodríguez suelta una carcajada. La sargento Mitchell es conocida entre los soldados por su rebeldía, capaz de saltarse la cadena de mando si considera que se está cometiendo una injusticia.

—Esa actitud tuya te acabará metiendo en problemas serios algún día —dice Rodríguez.

—Tal vez —responde Jade.

La sargento sale del almacén y se dirige hacia el área de vehículos, donde un *Humvee* la espera para transportarla al centro médico de Coral Gables. Apenas lleva diez minutos conduciendo cuando escucha un aviso por la radio.

—Todas las unidades disponibles, tenemos una familia atrapada en el edificio de apartamentos Riverside, 2847 Northwest 7th Street. Segundo piso, apartamento 2B. Estructura comprometida por inundación; necesitamos extracción inmediata.

A Jade se le acelera el pulso. Se encuentra a solo diez minutos de distancia del edificio que, además, está situado en una de las zonas rojas. Mira la hora y tamborilea los dedos contra el volante durante un momento, todavía tiene cuarenta y cinco minutos antes de recoger a la doctora Foster.

—Repito, familia con tres menores atrapada en Riverside. Escaleras colapsadas por daño de agua, necesitamos unidad con equipo de rápel.

Su vehículo está dotado con esa equipación.

—A la mierda —dice Jade, desviándose para ir hacia el edificio.

Conducir por Miami parece ahora un ejercicio de supervivencia. Las calles que normalmente drenan el agua de la lluvia, están convertidas en ríos donde el agua llega a los tobillos. Jade llega al edificio Riverside y se encuentra con que allí el agua cubre casi medio metro. Delante del edificio solo hay un coche patrulla, ni siquiera los bomberos, aunque tampoco le extraña porque las zonas rojas no son prioritarias.

El policía le explica que estaban evacuando el edificio porque el agua ha socavado los cimientos y las escaleras externas han colapsado cuando todavía les faltaba una familia por sacar. Ambos saben que no va a llegar más ayuda que ella, así que Jade evalúa la situación y concluye que la única forma de sacar a la familia es la que el policía ha pensado. Acceder por el edificio de al lado a través de un saliente en el segundo piso, entrar por una de las ventanas, asegurar una cuerda para hacer rápel y descender con cada uno de ellos hasta que estén a salvo.

La sargento no pierde tiempo. Se trata de una madre joven con sus tres hijos que está desesperada gritando por la ventana. Jade entra por el edificio de al lado, chapoteando por el agua que le cubre por encima de las rodillas y sube hasta el segundo piso. Encuentra el apartamento que busca, revienta la puerta y llega hasta la ventana que le da acceso al saliente. Se asoma y mira hacia abajo. No puede decir que no sienta miedo, la altura es considerable y la lluvia constante podría hacerle resbalar, pero tiene que hacerlo.

Minutos después, está dentro del apartamento, asegurando la cuerda de rápel cuando su radio suena.

—Sargento Mitchell, ¿cuál es su ubicación? Se la requiere en el centro médico de Coral Gables.

Jade mira la radio y sigue asegurando la cuerda.

—Sargento Mitchell, responda inmediatamente.

Ella apaga el radio.

Los siguientes minutos son una serie de descensos coordinados contra elementos que parecen decididos a matarlos. Primero, saca al niño más pequeño, un bebé de seis meses asegurado contra su pecho en un arnés improvisado hecho con toallas, mientras el viento los sacude durante todo el descenso y la lluvia hace que todo sea resbaladizo. Luego, los dos niños mayores y, por último, la madre, que le da las gracias llorando antes de subir al coche del policía.

Cuando Jade regresa a su vehículo, enciende la radio y la voz de antes vuelve a retumbar por ella.

—Sargento Mitchell, informe de su ubicación inmediatamente. Está violando órdenes directas.

Jade coge la radio para contestar.

—Base, aquí Mitchell. En ruta al centro médico de Coral Gables. Llegada estimada en quince minutos.

—Sargento, se le ordenó informar hace una hora. Explique su retraso.

Jade mira hacia atrás a través de la lluvia que golpea el parabrisas para ver cómo el coche patrulla se aleja con la familia a bordo.

—Trayecto comprometido por las inundaciones, he tenido que desviarme, llego en diez minutos.

Es una mentira que probablemente no se van a creer, pero sabe que de momento servirá.

—Entendido. Informe de su llegada al destino.

—En camino.

Jade se pone en marcha y se da cuenta de que también ha mentido sobre los diez minutos, porque al menos necesita veinte para llegar.

CAPÍTULO 5

Alexis se agarra con fuerza al asidero del helicóptero mientras el aparato lucha contra las ráfagas de viento que parece que intentan estrellarlo contra los rascacielos de Miami. La hija del coronel Turner tiene el estómago revuelto, pero eso le parece un problema menor comparado con el miedo que le atenaza la garganta constantemente.

—¿No deberíamos aterrizar? —pregunta mientras nota cómo el músculo del brazo con el que se sujeta comienza a temblarle por el esfuerzo.

—Estos aparatos están preparados para soportar ráfagas más fuertes, no se preocupe —le dice el cabo Hub, aunque se agarra tan fuerte como ella.

Alexis mira por la ventana y le parece estar viendo una postal digna del apocalipsis mientras sobrevuelan la ciudad. Las calles se están convirtiendo en auténticos ríos y en las zonas más bajas hay edificios parcialmente sumergidos. Ve a lo lejos figuras diminutas moviéndose por las azoteas, agitando lo que parecen ser sábanas o prendas de ropa en un intento desesperado de llamar la atención de cualquier helicóptero que pueda rescatarlos. El estómago se le encoge solo de pensar en lo que estará pasando esa gente y lo que

sentiría ella de verse en un lugar así, teniendo en cuenta el pánico que le tiene al agua.

—Seguiremos sobrevolando los edificios —anuncia el piloto—. Las ráfagas en la costa son más fuertes.

—Eso no es viable, ya deberíamos estar en el Athenas —protesta el hombre que hay sentado a su lado.

Además de Alexis, hay otros tres pasajeros en el helicóptero: un funcionario del gobierno que no ha dejado de mirar su móvil desde que despegaron, una mujer que no para de hablar debido a los nervios y el cabo Hub, que la acompaña a ella por orden de su padre.

—¿Cuánto falta para llegar al barco? —pregunta Alexis.

—Unos siete minutos —responde el piloto—. Algo más si el tiempo sigue empeorando.

Una bofetada de viento sacude el helicóptero por el lado derecho de forma tan violenta, que todos los pasajeros se desplazan unos contra otros entre gritos de pánico, mientras el piloto hace uso de todas sus habilidades para estabilizarlo. Alexis vuelve a mirar por la ventanilla y el corazón le da un vuelco. Desde la posición en la que están ahora, puede ver también el océano. Hace unos minutos lo han sobrevolado y parecía relativamente calmado, ahora las olas le parecen montañas de agua que se desplazan hacia el interior de la ciudad haciendo desaparecer las playas.

—¿Cuánto miden? —pregunta la otra mujer, asombrada.

Alexis no contesta, desde esa altura, le es imposible calcularlo, pero está segura de que alcanzan unos pocos metros que en cuestión de unas horas podrían desaparecer o convertirse en muchos.

—Eh, espabile —grita el funcionario, dándole un golpe al asiento del piloto—. Necesito llegar al Athenas, tengo prioridad uno. Acabaré con su carrera de mierda como no lleve este aparato allí de una pieza —exige nervioso, sudando como si estuviera dentro de una sauna.

—Cálmese, señor —le pide el cabo Hub—. En estas condiciones, la prioridad es la seguridad.

—Usted cállese. ¿Qué edad tiene? ¿Veinte? —rezonga histérico.

El cabo Hub está a punto de contestarle, pero una alarma comienza a sonar en la cabina.

—¿Qué es eso? —pregunta la mujer, tensándose en el asiento.

—La presión del aceite, el motor trabaja demasiado forzado contra el viento —responde el piloto.

Si Alexis antes sentía miedo, ahora siente un terror primitivo asentarse en su estómago cuando el aparato da un bandazo más violento que el anterior antes de que tenga tiempo de analizar el significado de lo que ha dicho el piloto. Enseguida se da cuenta de que están volando muy bajo, demasiado cerca de esas calles que ya tienen al menos dos palmos de agua y, sin poder controlarlo, su mente se traslada a aquel día en el lago de Colorado donde su hermano perdió la vida. El pánico irracional se apodera de ella y Alexis comienza a respirar de forma rápida y superficial. Las manos le tiemblan y un sudor frío le recorre la espalda y le perla la frente.

—¡Señorita Turner, ¿se encuentra bien?! —pregunta el cabo Hub.

El grito potente del militar la trae de vuelta al presente, pero Alexis sigue aturdida y aterrada. Sus ojos se mantienen clavados en el agua que hay debajo y todo lo que puede recordar es la muerte

de su hermano, ahogado en una masa de líquido aparentemente inofensiva.

Otra alarma distinta a la anterior se une a esta en la cabina y el piloto grita algo por la radio que Alexis no puede entender debido a su propia respiración acelerada. El helicóptero comienza a vibrar de un modo que ella sabe que no puede ser normal y, de algún modo, comprende que van a estrellarse.

—¡Prepárense para un aterrizaje de emergencia! —grita el piloto —. ¡El motor está fallando!

El funcionario deja de mascullar improperios y palidece cuando el aparato da otro bandazo y pierde altura con tanta rapidez, que todos sienten el estómago en la garganta. El móvil que el hombre tenía en la mano se le escapa entre los dedos y rebota en el suelo mientras él se aferra con desesperación al asiento, con los ojos desorbitados por el pánico.

Alexis ya no siente más miedo, ha llegado a su máximo nivel y entra en una especie de estado de ruido blanco en el que apenas escucha nada. Lo vive todo como si estuviera fuera de su cuerpo. Ya no piensa en su hermano ni en el miedo atroz que le tiene a las masas de agua como la que corre por las calles de Miami, en las que parece que van a estrellarse mientras el piloto intenta localizar una azotea en la que hacer un aterrizaje de emergencia, porque está segura de que, si no lo logra, no van a sobrevivir.

El cabo Hub se inclina hacia ella, gritando algo que Alexis no logra entender y que un ruido ensordecedor interrumpe cuando el motor falla por completo. El helicóptero comienza a caer en espiral entre los edificios, girando con violencia mientras el piloto intenta mantener algún tipo de control. Nadie grita, todos se agarran con

fuerza donde pueden mientras rezan para que el aparato no impacte contra ningún edificio en su caída libre y el golpe contra el suelo no lo haga estallar, porque eso es lo único que puede hacer que tengan una oportunidad.

El piloto grita algo sobre la posición de impacto, pero Alexis ya ha cerrado los ojos, mareada y aterrada. El helicóptero da una última vuelta violenta y después viene el impacto. Es más potente de lo que ella ha sido capaz de imaginar en esos segundos de descenso agonizantes. El sonido del metal destrozándose contra el asfalto después de atravesar el agua se mezcla con los gritos de todos. Un estruendo ensordecedor como si mil latas se aplastaran de forma simultánea, seguido del crujido de cristales haciéndose añicos y el chirrido del fuselaje retorciéndose. Alexis nota cómo el arnés de seguridad se le clava en el pecho y la cabeza le rebota contra algo muy duro mientras todo a su alrededor se convierte en un caos de sonido, movimiento y dolor.

El aparato da varios bandazos hasta que golpea un camión y se detiene con otro golpe brutal. El impacto final es como un latigazo que sacude todo su cuerpo, haciendo que sus dientes choquen con tanta fuerza que Alexis teme habérselos roto. En sus últimos segundos de consciencia, nota cómo el agua que ha entrado en el interior, le cubre las piernas y le llega casi hasta el cuello, haciendo que su último pensamiento sea que va a morir de la misma forma que su hermano, bajo el agua. Después, todo se vuelve oscuro, frío y silencioso.

CAPÍTULO 6

La doctora Isabella Foster está agobiada mientras observa las cajas de suministros médicos selladas que tiene frente a ella. No la han escogido al azar como muchos piensan, ha sido elegida porque, a sus cuarenta años, tiene amplios conocimientos en medicina general, pero, sobre todo, la han seleccionado por ser una cirujana capaz de hacer una operación de urgencia tanto a un paciente con apendicitis como a uno que acaba de sufrir un infarto o un disparo de bala. Isabella es muy consciente de que cada decisión que tome a partir de ahora puede salvar la vida de muchas personas en otro contexto muy lejano a las comodidades del centro médico de Coral Gables.

La doctora se cruza de brazos mientras espera. El caos excesivo la pone nerviosa cuando no es ella la que está al mando. Desde donde está, puede escuchar al personal médico dando órdenes, a familias gritando en la sala de espera y el sonido de las ambulancias que no dejan de llegar con heridos por la tormenta, pero ella no puede atenderlos, tiene que esperar a la sargento Mitchell para que la lleve al barco hospital, y Mitchell llega tarde.

—Antibióticos de amplio espectro, suero, morfina, epinefrina… —dice su asistente, una enfermera muy joven llamada María que, al igual que ella, ha estado trabajando sin descanso durante las últimas

treinta y seis horas—. ¿Está segura de que necesita llevarse todo esto, doctora Foster? Los barcos médicos deberían tener suministros…

Isabella se gira hacia la enfermera como si le estuviera hablando de sacrificar cachorros.

—Nunca es suficiente y lo sabes, y no sé lo que voy a encontrar allí. Además, siempre hay gente que queda fuera de los suministros médicos oficiales…

María sonríe cuando comprende. La doctora Foster no tiene intención de unir esos recursos a los que ya tiene el barco, quiere disponer de ellos por si puede ayudar a alguien que los necesita y no tiene acceso. Isabella se acerca a la ventana y observa a través de la cortina de agua. En el aparcamiento hay un furgón de traslado hacia los centros de evacuación donde un militar pasa lista a los sanitarios que hacen cola para subir.

—Deberías irte ya, María —dice Isabella, sin atreverse a mirarla.

La doctora ha intentado por todos los medios conseguirle una plaza a su asistente en el barco hospital, alegando que es su mano derecha y eso le puede facilitar mucho el trabajo, pero la respuesta fue que María es solo una simple enfermera y ya tenían a suficientes profesionales con ese perfil en el barco. Isabella apretó la mandíbula, pero sintió un poco de alivio cuando le dijeron que todo lo que podían hacer era asignarle una plaza en los centros de evacuación. Tampoco se atrevió a insistir más, porque la doctora ya había presionado para conseguir que sus padres subieran a otro de los barcos a cambio de aceptar subir al barco hospital como le estaban pidiendo.

—Me iré en el siguiente transporte —dice María, situándose a su lado.

Isabella la admira, no sabe si la joven no tiene miedo o no es realmente consciente de la gravedad de lo que sucede fuera, pero muestra una tranquilidad que ni ella misma siente, y eso que siempre ha sido una mujer muy templada.

—¿Cree que yo podría llevarme también algunos suministros? —pregunta María de repente, bajando la voz a pesar de que están solas.

Isabella la mira de reojo primero, después se gira hacia ella. María pregunta porque ella no tiene autoridad para decidir, mucho menos para coger nada, pero Isabella sí.

—Por supuesto. Coge una mochila y llénala con lo imprescindible —dice, repentinamente ansiosa.

La doctora sabe lo que pasará cuando el centro sea evacuado y solo quede el personal al que el gobierno abandona a su suerte. En cuanto todo empeore, se irán y abandonarán el centro, y entonces llegarán los saqueadores —si es que no llegan antes— que arrasarán con las medicinas que encuentren y no precisamente para repartirlas, sino para venderlas al mejor postor o negociar con ellas. En cambio, la enfermera podrá darles utilidad en el centro de evacuación.

María regresa con una pequeña bolsa que guarda en su taquilla e Isabella la ayuda a llenarla con todo lo necesario para curas básicas y medicinas como las que se ha llevado ella misma, hasta que el ruido del intercomunicador de la sala la sobresalta.

—Doctora Foster, su escolta militar ha llegado. Diríjase a la entrada principal.

Isabella mira su reloj y resopla, le parece una falta de respeto que la sargento llegue tan tarde, pero tampoco le da mucha importancia dadas las condiciones climáticas del exterior.

—Espere, la ayudo a llevar todo esto —dice María, cogiendo una de las cajas que Isabella ha preparado.

Las dos mujeres se dirigen hacia los ascensores y, mientras esperan, María deja su caja en el suelo.

—Ha sido un honor trabajar con usted —dice de repente.

Isabella siente que se le cierra la garganta cuando comprende que es una despedida. Deja su caja sobre la de María y se gira hacia ella para abrazarla.

—El honor ha sido mío. Cuídate mucho, María —dice la doctora.

—Usted también.

María se marcha cuando el ascensor llega a su planta e Isabella desciende en un silencio que agradece, pero que no dura mucho porque cuando las puertas se abren, el caos controlado aparece frente a ella y tiene que reprimir las ganas de ponerse a trabajar y empezar a dar órdenes. Sale del aparato con dos cajas en las manos y camina hasta que sus ojos se detienen en una figura que espera junto a la puerta: una militar con la ropa empapada que dice algo por su radio con expresión frustrada, como si quisiera estar en cualquier otra parte menos aquí. Aun así, Isabella siente un breve acelerón en el pecho mientras observa sus mechones de pelo oscuro pegados por su frente.

—¿Sargento Mitchell? —pregunta Isabella cuando llega frente a ella.

Jade se endereza de golpe, poniéndose rígida como si Isabella fuera un alto mando del ejército.

—Sí, señora. Lamento el retraso. Las condiciones ahí fuera son bastante complicadas —miente Jade, a medias.

—No se preocupe, lo entiendo —dice Isabella, mirando toda la sala mientras suspira.

La sargento la observa a ella y disimula su sorpresa cuando se da cuenta de que la doctora Foster no parece ser la mujer exquisita y soberbia que se cree con derecho a estar en ese barco que ella esperaba encontrar.

—¿Ese es todo su equipaje? —pregunta Jade, mirándola de arriba abajo.

Isabella carga con las dos cajas entre los brazos y una mochila a la espalda. Jade se fija en sus manos, de dedos finos y piel cuidada, y después sube hasta su rostro. Isabella tiene una expresión serena que le llama mucho la atención, es como la calma en medio de la tormenta, algo que sin duda será muy necesario. Y es atractiva. Jade baja la mirada.

—Sí, espero que no sea un problema —responde Isabella, alzando ligeramente las cajas.

—En absoluto, señora. Dispongo de un *Humvee* para el traslado, hay espacio de sobra. Si ya está lista…

El ruido de las puertas automáticas del centro médico al abrirse las interrumpe cuando entra una familia empapada. El hombre carga en brazos a una niña de unos seis o siete años, seguido por una mujer que arrastra a otro más pequeño de la mano. La niña tiene la pierna cubierta de sangre y llora sin consuelo, mientras que el padre parece que va a desmayarse en cualquier momento.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Isabella, entregándole las cajas a Jade.

—Se ha cortado con un cristal. Estábamos en el coche y el viento ha golpeado la ventanilla con algo contundente que la ha roto —explica el hombre, angustiado.

—Sargento, necesito cinco minutos —dice Isabella, mirando a Jade mientras hace un gesto a la familia para que la siga.

Jade la sujeta por el brazo y se pega a ella.

—Señora, tengo órdenes de llevarla al barco. Debemos estar allí en media hora y aquí hay personal suficiente para atender a la niña.

Isabella mira a su alrededor, donde todo es caos y nadie presta atención a la niña.

—Hay que detener la hemorragia. Solo cinco minutos.

Jade sigue su mirada y acaba asintiendo sin que tenga que rogarle, al fin y al cabo, es experta en desobedecer órdenes y parece que a la doctora Foster tampoco le importan mucho.

—De acuerdo. ¿Necesita que la ayude?

Isabella le sonríe y niega con la cabeza. A Jade se le acelera el pulso y se queda quieta, sujetando las cajas mientras la doctora se arrodilla junto a la niña y examina con rapidez la herida al mismo tiempo que habla con los padres con un tono tan calmado, que ambos se tranquilizan de inmediato. Isabella se levanta, se hace con el material que necesita y regresa para limpiar, evaluar y detener el sangrado. Después consigue que otro médico se haga cargo y tres minutos después, la niña está fuera de peligro y ella lista para marcharse.

—Le han sobrado dos minutos —dice Jade, mordiéndose los labios.

Isabella mira a la soldado y contiene una sonrisa de satisfacción.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta la sargento.

—Sí, cuando quiera —responde Isabella.

Jade carga las cajas en la parte trasera del vehículo y se ponen en marcha. La ruta hacia el puerto desde el centro médico en condiciones normales no sería de más de quince minutos, pero en la situación actual, la sargento calcula que tardarán al menos cuarenta.

—Dios mío, qué desastre —murmura la doctora mientras Jade conduce a través de las calles inundadas, evitando cables y árboles caídos, coches atrapados y grupos de personas cada vez más desesperados.

—¿Siempre quiso ser médico? —pregunta Jade, intentando distraerla cuando nota su nerviosismo.

La doctora se gira hacia ella al escucharla y ve que la sargento mantiene la mirada fija al frente y la expresión concentrada, con las manos firmes en el volante mientras da giros bruscos para evitar obstáculos.

—Desde que tenía doce años, antes quería ser florista —responde Isabella.

Jade, sorprendida, suelta una carcajada repentina que contrasta con el ambiente caótico del exterior. Isabella se contagia.

—¿Florista? ¿Y qué cambió para que quisiera ser médico?

—Mi hermano pequeño se cayó y se hizo un corte en la frente de cuatro centímetros. Me pareció fascinante ver cómo la doctora del pueblo lo suturaba para cerrar la herida. Desde entonces quise ser como ella —explica Isabella.

—Interesante motivación. La mayoría de los médicos que conozco suelen decir cosas como ayudar a la humanidad.

—Bueno, supongo que, técnicamente, es lo mismo —responde la doctora.

Jade se ve obligada a detenerse mientras los bomberos apartan un poste que atraviesa la vía de un lado a otro. Se encuentran en una posición elevada de la ciudad y desde ahí, pueden ver, con una mezcla de asombro y miedo, que ya hay barrios parcialmente sumergidos y algunas autopistas están convertidas en auténticos ríos.

—¿Había visto algo así antes? —pregunta la doctora.

—No, señora —responde Jade—. No a esta escala. He trabajado en zonas de desastre antes, pero esto…

La sargento no termina la frase porque no sabe qué decir. Ambas sienten que lo que viene es el fin del mundo que conocen y el inicio de algo completamente desconocido.

—¿Cree que hacemos lo correcto? —pregunta la doctora, sin dejar de mirar la ciudad.

Jade la mira, sin comprender.

—¿A qué se refiere?

—A evacuar a unos y dejar a otros. A obedecer órdenes sabiendo que nos van a salvar a nosotras cuando muchos van a morir.

La sargento no responde de inmediato. Primero vuelve la vista hacia la ciudad, después hacia la doctora y acto seguido hacia la ciudad de nuevo.

—Lo que yo sé, es que usted y yo tenemos una oportunidad, señora, y deberíamos aprovecharla para ayudar a quien podamos —responde la sargento—. Quiero pensar que en algún momento, podremos llegar a tierra en algún sitio, y que, en ese lugar, habrá más personas que han sobrevivido. Piense en eso.

—Ya puede seguir —dice Isabella.

—¿Qué?

—La vía está despejada —señala la doctora.

Jade pone el motor en marcha de nuevo, informando por la radio de que, en veinte minutos, llegarán al puerto si no hay más contratiempos.

CAPÍTULO 7

Carrie está terminando de cambiarse cuando un estruendo tremendo la hace saltar del susto. Sabe de inmediato que no se trata de un trueno o el golpe de la caída de un árbol, tampoco es alguna valla metálica, es demasiado fuerte para eso y, todavía no ha llegado a su ventana cuando su mente ya piensa en el helicóptero que ha visto hace un momento. En efecto, cuando se acerca y mira a través de la cortina de agua, puede ver la bola de fuego naranja iluminando la calle a un par de manzanas.

—Mierda —masculla, pegando la cara al cristal en un intento de ver mejor el accidente.

Hay restos esparcidos por la avenida. Desde su tercer piso puede ver el fuselaje retorcido humeando mientras la lluvia incesante apaga las llamas que todavía se resisten alrededor de los restos. El aparato se ha estrellado justo en medio de la calle inundada y el agua que lo rodea refleja el resplandor anaranjado del fuego, haciendo que la imagen le erice el vello de la nuca.

No se escuchan sirenas de equipos de emergencia ni se escucharán. Carrie sabe que las ambulancias y los bomberos no van a venir. Esos servicios ya no son viables para zonas como estas, y menos con las calles convertidas en ríos. La figura de un hombre corriendo mientras levanta las rodillas todo lo que puede sobre el

agua en la acera de enfrente le llama la atención. Lleva una mochila a la espalda que bota con cada uno de sus saltos, vacía, y Carrie comprende de inmediato que se dirige al accidente, pero no para ayudar, es un saqueador. Por la intersección aparece otro hombre más bajito y rechoncho, este ni siquiera lleva mochila, solo una bolsa en la mano.

Carrie se gira a toda prisa y coge sus botas de agua, aunque no está segura de que a estas alturas vayan a servirle. Se las calza y se dirige hacia la puerta sin saber muy bien por qué corre tanto, pero lo único que tiene en la mente es que quizá hay algún superviviente. Baja las escaleras todo lo rápido que puede hasta que llega al rellano, donde el agua le llega ya por encima de las rodillas, llenándole las botas de agua. Ahí se encuentra con la señora Owen, su vecina del segundo piso, que abraza una botella de agua contra el pecho y la mira con recelo mientras se arrastra hacia las escaleras.

—¿Ha visto el accidente? —le pregunta Carrie, pasando por su lado hacia la puerta.

—Sí, pobre gente —responde la mujer, agarrándose a la baranda —, pero supongo que los muertos no necesitan lo que llevan encima —dice mirando a Carrie de reojo.

La expresión de Carrie pasa del respeto al asco en una fracción de segundo. La señora Owen tiene setenta años y hasta hace poco dirigía el coro de la iglesia del barrio. Le cuesta entender que ese comentario haya salido de su boca, y también que insinúe que ella va a robar a las víctimas, aunque, si se detiene un momento a analizarlo, ¿a qué va realmente?

—¿Vas hacia allí? —pregunta la mujer, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Carrie no sabe qué responder. Una parte de ella —su instinto de supervivencia— le dice que vaya y coja lo que pueda antes de que llegue una banda organizada y reclame el territorio, en cambio, su lado más humano, le dice que todavía podría haber supervivientes que necesitan ayuda y a los que todos ignorarán, y ese debería ser su cometido.

—Tal vez —responde Carrie, saliendo del edificio.

Las calles sufren transformaciones conforme pasan los minutos. Lo que ayer era una avenida normal, ahora parece un canal urbano donde la gente se mueve chapoteando con el agua casi por la cintura. Carrie avanza por la acera todo lo rápido que puede mientras observa a los saqueadores moverse alrededor de la zona del accidente como si fueran moscas. Se les reconoce con facilidad: son rápidos, organizados y suelen ir preparados con bolsas donde transportar sus botines. No son los típicos desesperados que rompen escaparates para coger lo que pueden.

Mientras camina, se da cuenta de que la dinámica de las calles cambia a pasos agigantados. Ahora ya no solo se ve a gente que huye presa del miedo, sino que empiezan a aparecer los que se adueñan de las calles y establecen jerarquías que no les corresponden e imponen sus propias leyes sin que las autoridades intervengan. Carrie ya ha identificado en la esquina opuesta a un grupo de cinco hombres que tiene algo parecido a un puesto de control improvisado. Si quieres pasar por allí, tienes que pagar un peaje de seguridad. Carrie sabe que ahora mismo no es un problema, se puede dar un rodeo y pasar por otro sitio; sin

embargo, es cuestión de tiempo que esa gentuza reclute a más gente, se organice y acabe controlando el acceso de manzanas enteras. Eso pasará aquí y en cualquier parte, es lo que pasa en pleno apocalipsis. Por eso es importante moverse rápido, y también tener cosas de valor que sirvan para hacer intercambios en un momento donde es evidente que el dinero pronto no valdrá nada.

Conforme está llegando al lugar del accidente, el olor a humo y a combustible quemado se le mete por la nariz y la hace arrugarla. Se queda quieta, observando la escena con el corazón encogido en un puño. Carrie ha visto muchas cosas horribles a lo largo de sus veinticinco años, pero nada como esto. El helicóptero literalmente se ha partido en dos. La cabina está medio aplastada contra un camión de reparto volcado que a su vez está encajado contra un edificio, mientras que la cola del aparato está bajo un poste de electricidad caído. En la zona, hay al menos una docena de personas registrando los restos del accidente, pero nadie busca supervivientes, solo todo aquello de valor que les pueda resultar útil.

A Carrie le sorprende que dos de los saqueadores lleven uniformes militares. Probablemente sean desertores. Hay muchos de estos por todas partes, soldados que saben que no tienen plaza en los barcos y han decidido que no van a arriesgar sus vidas por los elegidos y aprovecharán el tiempo que les queda para buscar sus propias opciones.

—¡Aquí hay material médico! —le dice uno de ellos al otro.

El resto de los saqueadores se gira hacia ellos, pero ninguno se atreve a acercarse y tratar de robarles teniendo en cuenta que van armados. Es un buen botín, piensa Carrie. Las medicinas son uno de

los bienes mejor valorados en el mercado negro que emerge como la espuma.

—¿Habéis revisado la cabina? —pregunta otro.

—Ya no hay nada útil. Ahí dentro solo hay cadáveres.

A Carrie se le hunde el estómago por la frialdad con la que hablan de los ocupantes, como si sus vidas valieran menos que las medicinas o la radio que uno de ellos está guardando en una bolsa de deporte.

Un movimiento detrás del camión le llama la atención, es muy sutil, pero los ojos de Carrie se clavan allí y mantiene la mirada poniéndose la mano de visera sobre la frente hasta que logra ver un bulto. El vehículo, casi aplastado por la cabina del helicóptero, está al otro lado de la calle y con la cortina de agua, a Carrie le cuesta definir lo que ve, así que comienza a avanzar hacia el otro lado mientras piensa en que su padre no estaría muy orgulloso de ella ahora mismo. Él estaría con ese grupo de saqueadores, husmeando como una rata en busca de cualquier cosa que pudiera llevarse, pero ella sigue avanzando por esa calle convertida en un río hasta que, cuando casi está llegando, el bulto que no sabía definir se convierte en una persona. Carrie se queda quieta durante un instante. No puede verle la cara, está de lado, con el hombro apoyado contra el camión, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza caída hacia delante, pero sabe que es una mujer porque la coleta cobriza de su melena cuelga empapada por el lado derecho de su hombro. Lleva una mochila a la espalda, demasiado abultada para ser de un saqueador a no ser que haya llegado el primero, pero si lo ha hecho, no tiene sentido que siga ahí.

—Eh, ¿estás bien? —pregunta Carrie.

La mujer no se mueve de inmediato, como si no la hubiera escuchado o sus palabras le llegaran tarde. Carrie sigue quieta, la expresión corporal de la chica le dice que algo no va bien, hasta que al fin se mueve y logra levantar la cabeza. Está completamente pálida, con la parte izquierda de la mandíbula amoratada y un corte en la frente que gotea sangre sobre su cara mientras la chica la observa con la mirada completamente desenfocada.

—Joder —susurra Carrie, mirando a un lado y a otro.

Nadie ha reparado en ella, el camión la protege de los saqueadores e igualmente, tampoco tendrán ningún interés en ella. Carrie sí, porque lo siguiente que ve es la cinta que lleva colgada del cuello, un pase VIP. Su padre le diría que la ignorara, que rescatar a un superviviente herido por muy válido que sea, es un lastre con el que tendrá que cargar, pero Carrie acaba de ver lo que probablemente puede ser el billete para una plaza en un barco. Se siente una rastrera miserable tan solo por pensarlo, pero se recuerda que la supervivencia no tiene moral. Al fin y al cabo, se lo enseñó su padre, ¿no?

—¿Ibas en el helicóptero? —pregunta Carrie cuando llega hasta ella, mientras le quita el maldito cartel del cuello que no hace más que señalarla como un blanco y se lo guarda en el bolsillo de la sudadera.

Alexis está desorientada, mareada y le duele mucho la cabeza. Quiere tumbarse y dormir, y apenas recuerda lo que ha pasado.

—Eh, ¿me oyes? —insiste Carrie, intentando que se centre.

La coge de un brazo con cuidado, sin tener muy claro si tiene más heridas. La hija del coronel Turner parpadea y la mira, aunque

solo ve una figura borrosa y rojiza porque sus ojos se han llenado de sangre.

—¿Ibas en el helicóptero? —vuelve a preguntar Carrie.

Alexis asiente lentamente. Sigue sin recordar el accidente y no sabe dónde está ni lo que ha pasado, pero recuerda subir al helicóptero.

—Escucha, has tenido un accidente —le explica Carrie lo más despacio que puede—, y estás herida. Aquí corres peligro, vivo cerca y puedo curarte esa herida tan fea que tienes en la frente. ¿Puedes caminar?

La mano de Alexis se mueve hacia su frente con dedos temblorosos. Se toca la herida sin sentir dolor porque la adrenalina todavía corre por sus venas. Se mira los dedos ensangrentados y después el agua que le llega a las rodillas. Está asustada y sola, y no entiende nada.

—¿Y el cabo Hub? —pregunta de repente.

—¿Iba contigo en el helicóptero? —dice Carrie.

—Sí.

—Lo siento. No ha sobrevivido nadie, solo tú.

Alexis se tambalea y Carrie se mueve con rapidez, colocándose a su lado y pasando el brazo de la chica sobre sus hombros mientras pasa una mano por detrás de su cintura. Pretendía quitarle la mochila y llevarla ella, pero tendrán que avanzar así por el momento.

—Vamos, intenta caminar, solo son un par de calles —le susurra Carrie—, después podrás descansar, te lo prometo.

Los pies de Alexis se mueven por inercia, ni siquiera siente que tenga control sobre ellos, ella solo quiere salir de esas calles

anegadas por el agua, tumbarse y llamar a su padre cuando despierte. Carrie se arrepiente de no haber cogido su navaja cuando ha salido de su casa. Va mirando en todas direcciones mientras avanza con la chica recostada contra ella, rezando para que ese hecho no llame la atención de nadie que sea lo suficientemente listo para preguntarse por qué se aleja de la zona del accidente con alguien que parece herido, pero, por lo visto, están demasiado ocupados con el botín como para prestarle atención a dos chicas aparentemente inofensivas.

Subir las escaleras del edificio es la parte más difícil. Alexis llega sin fuerzas, a punto de desmayarse, y Carrie prácticamente tiene que cargar todo su peso hasta que, jadeando y sintiendo que los músculos de los brazos y las piernas van a estallarle, logra tumbarla en su cama.

CAPÍTULO 8

Alexis se despierta con la sensación de que tiene un martillo neumático dentro de la cabeza. Cada vez que le late el corazón, siente una punzada de dolor que la atraviesa desde la frente hasta la nuca y, para rematar, cuando intenta abrir los ojos, la poca luz de la habitación en la que se encuentra le resulta cegadora. Hace una respiración profunda mientras intenta recordar dónde está o lo que ha pasado, pero su memoria no está a pleno rendimiento y las imágenes le llegan fragmentadas y borrosas. Puede recordar el helicóptero y los gritos, pero, sobre todo, recuerda el agua por todas partes.

De repente es consciente del sonido que lleva escuchando desde hace unos segundos, el agua golpeando los cristales, y Alexis se incorpora de golpe. El movimiento brusco le provoca una náusea tan intensa que de inmediato tiene que cerrar los ojos y hacer otra respiración lenta para no vomitar. El pánico se apodera de ella cuando comprende que no sabe dónde está. La habitación es muy pequeña, las paredes están descascarilladas y todo huele a humedad. Sin duda, no es su casa, tampoco es la de su padre ni ningún lugar en el que haya estado antes. Tampoco cree que sea el barco Athenas, ha tenido la oportunidad de visitar algunos barcos

con su padre y, aunque no son puro lujo, los camarotes son dignos de un hotel de cuatro estrellas.

—Vaya, al fin has decidido volver de entre los muertos —dice una voz femenina desde alguna parte de la habitación.

Alexis —con el pulso disparado— gira la cabeza hacia la fuente del sonido y ve a una chica más o menos de su edad sentada en una silla destartalada, con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas estiradas con un pie descansando sobre el otro y una expresión que mezcla algo parecido al alivio y la resignación. Tiene el pelo castaño recogido en una coleta despeinada, ojeras marcadas como si llevara días sin dormir y la mirada más intensa que Alexis ha visto nunca.

—¿Quién eres? —pregunta, notando cómo su cuerpo entra en tensión mientras intenta reconocer su propia voz, que ha sonado ronca y diferente—. ¿Dónde estoy?

Carrie recoge las piernas y se inclina un poco hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras la observa con atención.

—Me llamo Carrie y este sitio tan chulo es mi apartamento —ironiza—. Como ves, no es gran cosa, pero supongo que es mejor que estar tirada en la calle bajo la lluvia —responde y se levanta de la silla—. Estás aquí porque has tenido un accidente. Un accidente bastante jodido, por cierto.

En cuanto Carrie pronuncia la palabra accidente, las imágenes comienzan a volver a la mente de Alexis de forma desordenada. Vuelve a ver el helicóptero dando sacudidas, las alarmas sonando y a notar ese terror paralizante cuando veía el agua debajo de ellos. Automáticamente, se lleva la mano a la frente y nota que tiene lo que cree que es una venda cubriendo la zona que le duele. El roce le

envía una descarga punzante y un escalofrío que la deja sin aliento unos segundos. Se siente desorientada, sin saber lo que debería hacer a continuación.

—El helicóptero se estrelló —dice en un susurro—. ¿Y los demás? ¿Y el cabo Hub? —pregunta de repente.

Carrie la mira en silencio, preguntándose si de verdad no recuerda que ya le preguntó por ese tipo cuando la encontró o si simplemente se hace la tonta.

—Que yo sepa, no sobrevivió nadie más aparte de ti. ¿No me recuerdas? Estabas consciente cuando te encontré —dice Carrie.

Alexis la mira fijamente mientras el ruido constante de la lluvia contra los cristales le hace zumbar los oídos. Lo intenta, pero esa parte ahora mismo ha desaparecido de su memoria, si hubiera visto a Carrie la recordaría, porque le resulta muy atractiva a pesar de ser una completa desconocida de la que no sabe sus intenciones.

—¿Cuánto llevo aquí? Quiero decir, ¿cuánto he dormido? —pregunta comenzando a ponerse muy nerviosa.

—No has dormido, has estado inconsciente, aunque supongo que es más o menos lo mismo —responde Carrie—. Han sido unas cuatro horas. Has tenido suerte de que no te haya dado una conmoción de esas graves —dice señalándole la cabeza—. O a lo mejor sí que te ha dado y todavía no te has muerto.

La boca de Alexis se abre con una mueca de terror. No sabe si el humor negro es habitual en Carrie o solo ha recurrido a él para tratar de rebajar la tensión. En cualquier caso, Alexis agradece que diga lo que piensa.

—Debería marcharme —dice intentando incorporarse, pero el mareo la obliga a volver a tumbarse—. Joder… —resopla, sabiendo

que debe moverse más despacio.

Carrie se acerca a la ventana y aparta un poco la cortina para mirar hacia la calle. El agua en esa zona ya cubre más de medio metro y sigue subiendo. Los saqueadores se multiplican y campan a sus anchas, solo que ahora ya lo hacen en pequeñas barcas improvisadas.

—Mira, princesa —dice Carrie, mirándola de soslayo—, no sé quién eres ni de dónde vienes, pero ahí fuera lo único que te espera es el apocalipsis. No vas a ir a ninguna parte tal y como estás —Carrie se gira por completo, no se siente cómoda con lo que va a hacer, pero se trata de su propia supervivencia—, y yo tampoco voy a dejarte salir para que venga el primer espabilado y te mate en una esquina.

Alexis sabe que hay algún mensaje subliminal en ese comentario, pero su mente solo se centra en una palabra.

—¿Princesa? —pregunta ofendida—. No me conoces lo suficiente para decidir llamarme así.

—Tal vez, pero reconozco la ropa cara cuando la veo —responde Carrie—. Y también reconozco esto.

Se saca del bolsillo del pantalón el pase VIP que Alexis llevaba en el cuello cuando la encontró. La identificación está manchada de sangre, pero el logo del programa de evacuación privilegiada sigue siendo perfectamente visible.

Alexis siente que el estómago se le hunde cuando ve su pase en manos de esa maleante. Sin él, no tiene otra forma de demostrar que tiene derecho a estar en el Athenas, y por lo tanto, de volver con su padre.

—Devuélvemelo —exige intentando sonar lo más autoritaria posible, aunque su voz acaba sonando más bien desesperada.

—Tranquila, no voy a robártelo —dice Carrie, encogiéndose de hombros, aunque tampoco parece tener ninguna intención de devolvérselo—, pero tampoco voy a dejarte salir a la calle con esto colgando del cuello como una señal luminosa que pide a gritos que te roben o te maten.

Carrie vuelve a sentarse en la silla con una calma abrumadora y observa el pase con atención. Alexis la mira a ella, consciente de que trama algo.

—¿Sabes qué? —dice Carrie—. Creo que vamos a ser socias durante algún tiempo.

La expresión de Alexis se ensombrece.

—¿Socias? Yo no voy a ser tu socia —espeta irritada.

—Por supuesto que sí —asegura Carrie—. Verás, yo te he salvado la vida. Aunque tú no lo recuerdes, te saqué del lugar del accidente antes de que los tipos que saqueaban el helicóptero dieran contigo. Y créeme, no hubieras querido que te encontraran ellos, no hubiera sido tu pase lo único que hubieran querido de ti…

Alexis no tiene que pensar mucho para hacerse una idea de lo que le podía haber pasado antes de acabar muerta, aunque tampoco sabe lo que pretende la tal Carrie.

—Te traje aquí, te he curado y te he dejado dormir en mi cama —señala Carrie.

No lo pretendía, pero Alexis levanta una ceja de forma automática, porque llamar cama a ese colchón que parece más bien una tabla, le parece exagerado.

—El tema es, que tú tienes un pase que te asegura que vivirás, y yo estoy condenada a muerte cuando el agua suba. Yo te he salvado la vida a ti, y ahora tú me la vas a salvar a mí.

—¿Con mi pase? —pregunta Alexis—. ¿Me salvas la vida para después matarme? Qué irónico.

Carrie le lanza una mirada fulminante. Puede que haga cosas inmorales para sobrevivir, pero no es una asesina.

—Te he dicho que no voy a quitarte tu maldito pase. ¿Estás sorda? —brama Carrie.

—¿Entonces qué? —pregunta Alexis, intentando comprender.

—Sé de alguna gente que paga muy bien por devolver a personas importantes a sus familias. Especialmente si esas personas tienen pases VIP para barcos de evacuación. Ya sabes, yo te entrego a ellos por un módico precio y después ellos piden un rescate por ti —explica Carrie.

—¿Me vas a vender? —pregunta Alexis, incrédula.

Toda la situación le parece irreal. Secuestrada por una veinteañera con coleta que ni siquiera va armada, al menos que ella sepa, aunque tampoco quiere subestimarla por muy joven que sea. Carrie no le parece estúpida y tiene mucha determinación, pero lo que más miedo le da es que está desesperada, y la gente desesperada es capaz de cualquier cosa.

—Es una forma fea de decirlo. Yo prefiero pensar que voy a cobrarte por los servicios de rescate y protección —responde Carrie con una sonrisa, aunque esta no llega a sus ojos.

Alexis se siente desconcertada por un instante muy corto, porque la sonrisa de Carrie, aunque ha sido muy breve, ha llenado de luz la habitación.

—No es nada personal, en serio —sigue Carrie—, pero necesito dinero para conseguir una plaza en algún edificio donde no me ahogue cuando esto termine de irse a la mierda. ¿Entiendes?

Alexis la mira fijamente y Carrie se sorprende cuando se da cuenta de que no hay miedo en sus ojos, sino que, parece estar planeando algo. Eso la hace tensarse y ponerse en alerta, si intenta escapar, no le quedará más remedio que derribarla, y no le gustaría tener que hacerlo.

—¿Cuánto crees que vale mi rescate? —pregunta Alexis.

—¿Qué?

El desconcierto de Carrie hace que los labios de Alexis se curven ligeramente.

—Mi rescate, ¿cuánto crees que vale? —repite seria.

—Eso dependerá de quién seas y de cuánto te echen de menos —responde Carrie, encogiéndose de hombros—. Aunque por la pinta que tienes, yo diría que bastante —añade, arqueando una ceja.

En esta ocasión, Alexis tiene la prudencia de incorporarse más despacio y consigue sentarse en el borde de la cama sin marearse demasiado. Se quita la venda que Carrie le ha puesto en la cabeza y se pasa los dedos sobre la herida de la frente. Nota la línea del corte y se estremece al imaginarlo lleno de sangre.

—Es menos de lo que parecía —dice Carrie, como si le leyera el pensamiento—. Un corte grande, pero superficial.

Alexis baja la mano y se mira los dedos, le tiemblan un poco.

—Me llamo Alexis Turner —dice de pronto, alzando la vista hacia Carrie—. Mi padre es el coronel Henry Turner, dirige parte de las operaciones de emergencia.

Las cejas de Carrie salen disparadas hacia arriba.

—Joder. Esa es una buena carta de presentación, Alexis —dice, estirando cada letra de su nombre antes de esbozar una sonrisa ladeada.

—Sí. Y tienes razón, mi rescate probablemente vale bastante dinero, pero hay un problema.

—¿Cuál? —la mirada fría de Carrie atraviesa a Alexis.

—Que para cuando esas personas a las que pretendes venderme consigan contactar con alguien que pueda pagarles y organizar el intercambio, yo ya habré perdido mi plaza en el barco, y no veo mi teléfono por ningún sitio —dice Alexis, oteando la superficie.

—Debiste perderlo en el accidente. No lo llevabas encima ni está en esa mochila llena de cosas inútiles —responde Carrie, señalando a los pies de la cama, donde ha dejado la mochila de Alexis —previamente registrada por si acaso— en la que solo ha encontrado algo de ropa, un neceser con lo básico y algún objeto personal irrelevante—. En cualquier caso, las antenas de telefonía están fallando desde hace rato, así que los teléfonos son bastante inútiles.

—Los barcos no esperan a nadie, Carrie —ella también arrastra las letras—. Si no estoy allí cuando sea la hora de zarpar, no habrá nadie con quien puedan negociar. ¿De verdad crees que ellos no saben eso? Probablemente te matarán por pensar que son tan estúpidos.

Carrie frunce el ceño, no había contemplado esa variable. Hace unos días ese negocio era redondo, pero ahora que el agua no deja de subir y los barcos han adelantado sus salidas, se ha ido al carajo.

—Además —sigue Alexis, aprovechando el desconcierto de Carrie—. ¿Realmente conoces a alguien que tenga tanto dinero en

efectivo? Y si es así, ¿cuánto tiempo crees que pasará hasta que la gente deje de aceptarlo? El papel mojado no sirve para nada.

El silencio se expande entre ellas mientras Carrie busca una alternativa. Alexis acaba de joderle el plan, pero ella es lista y sabe buscarse la vida, encontrará una solución y, desde luego, sabe que tiene muchas más posibilidades de conseguirlo con alguien que tiene un pase VIP al lado que sola, así que, mientras piensa, Alexis Turner no saldrá de su apartamento.

—Tengo una alternativa —dice Alexis, sin darle tiempo a poner en marcha sus engranajes.

—¿Qué alternativa? —pregunta Carrie.

Alexis traga saliva. Ya ha valorado sus opciones. En el tiempo que lleva ahí, ha estudiado el espacio, sabe dónde está la salida y ha calculado la fuerza que puede tener Carrie y el peligro que supone para ella incluso si tiene un arma. Alexis está segura de que podría reducirla si se lo propone, pero su problema más grave no es Carrie, es el agua que inunda las calles. El pánico irracional que siente no le permitirá avanzar para llegar al barco si no tiene a alguien al lado que la distraiga o le diga qué hacer. Necesita a Carrie, y Carrie la necesita a ella.

—Llévame al Athenas. Ayúdame a llegar a mi barco antes de que zarpe y yo me aseguro de que consigas una plaza cuando lleguemos —responde Alexis.

Carrie suelta una risita amarga.

—¿Una plaza para mí en un barco militar? ¿Crees que soy estúpida?

—Mi padre es coronel, ya te lo he dicho. Si le digo que me has salvado la vida, se asegurará de que subas al barco. Joder, los putos

camarotes son enormes —masculla irritada, sin poder contenerse—, te aseguro que hay sitio de sobra.

El silencio vuelve entre ellas mientras se miran. Alexis sabe que no ha debido decir eso delante de Carrie. En sus ojos encuentra ese vacío desesperado que hay en la mirada de toda esa gente que no comprende por qué su vida vale menos.

—Lo siento, sé que no es justo, pero yo no decido…

—Me da igual —la corta Carrie—, no vas a limpiar tu conciencia conmigo. Lo que sí vas a hacer es explicarme por qué no has intentado huir todavía. Obviamente te reduciré, te haré ese corte más grande si es necesario —dice Carrie, sintiéndose miserable—, pero me parece muy extraño que no hayas intentado llegar al menos hasta la puerta.

—Me da miedo el agua —dice Alexis sin rodeos.

—¿El agua? —Carrie entorna la mirada—. ¿Me tomas el pelo?

—No.

Alexis se incorpora muy despacio y da un par de pasos hacia Carrie. Es un poco más alta que ella y, por un momento, Carrie se siente intimidada.

—Si quisiera llegar a la puerta, lo haría —asegura Alexis, haciendo que Carrie se meta la mano en el bolsillo y la cierre alrededor de su navaja—. Soy hija de un militar y, aunque no he seguido sus pasos, desde pequeña he estado recibiendo formación en defensa personal. Estoy muy segura de que sabes defenderte, pero yo que tú no intentaría nada contra mí, no te conviene.

—¿Me estás amenazando? —se envalentona Carrie, pero no saca la navaja, su historial delictivo solo incluye robos, no agresiones. Sería incapaz de hacerle daño a Alexis y lo sabe, toda su amenaza

se basa en la intimidación, y si Alexis sigue así, la intimidada será ella.

—No, solo te estoy advirtiendo. Aunque parezcas una matona, me caes bien y no me gustaría verme obligada a hacerte daño.

La ira crece dentro de Carrie. Se siente ofendida, la seguridad repentina de Alexis es un ataque directo contra su ego.

—Si tan segura estás de que puedes salir de aquí, ¿por qué sigues sin moverte? —pregunta Carrie.

—Ya te lo he dicho, me da miedo el agua —responde Alexis.

Su expresión es tan seria que, en esta ocasión, Carrie no duda.

—Vaya, hablas en serio —dice sorprendida—. ¿De cuánto miedo hablamos? Porque si vas a ser más una carga que una garantía, a lo mejor me sale más a cuenta seguir sola.

—No lo sé. Si me mentalizo y no me cubre todo el cuerpo, puedo avanzar.

—Es cuestión de tiempo que el agua suba lo suficiente como para tener que nadar —responde Carrie.

Sabe que es estúpido lo que dice, si llega ese momento tiene que buscar algo con lo que mantenerse a flote o el cansancio la matará, pero quiere que Alexis sepa lo que le espera.

—Entonces lleguemos al barco antes de que eso pase —dice Alexis.

Carrie abre un cajón y saca el plano de la ciudad que adquirió hace meses, previendo que sería útil en algún momento.

—¿A qué distancia se supone que está tu barco? Nosotras estamos aquí —dice Carrie, aplastando su dedo en una zona del papel.

Alexis lo mira con atención hasta que se ubica.

—El Athenas está atracado aquí —responde señalando otra zona.

—Eso es una hora andando más o menos —comenta Carrie.

La mirada de Alexis se ilumina y su sonrisa se ensancha. No sabe a qué hora exacta zarpa el Athenas, pero sí sabe que su padre llegará por la noche y él siempre apura el tiempo, así que, eso les da algo de margen.

—Una hora andando en condiciones normales —aclara Carrie al ver su emoción—, con las calles convertidas en ríos y la gente buscando una plaza en cualquier sitio, te aseguro que será mucho más.

La mirada de Alexis se ensombrece. Pensar en pasar horas con medio cuerpo dentro del agua hace que le resulte difícil pensar.

—Entonces deberíamos salir cuanto antes. ¿Tienes agua y provisiones?

Carrie abre un armario. Allí tiene una botella de agua llena y otra vacía, cuando abre el grifo para rellenar la vacía, lo único que sale es un hilillo de agua marrón.

—Genial, habrá que apañarse con esto —dice Carrie, cogiendo un par de latas de comida.

—¿Eso es todo lo que tienes? —pregunta Alexis con asombro.

—Algunas personas hemos tenido que guardar todo el dinero que conseguimos para intentar comprar una jodida plaza en alguna de las torres y, aun así, no lo hemos logrado. Lo siento si te molesta que no tenga un manjar preparado para cuando te entre hambre. Y quítate ese reloj —aconseja Carrie, señalando su mano izquierda—, cualquier joya que llame la atención nos convertirá en un blanco.

Hemos de pasar lo más desapercibidas posible. Guárdalo por si hemos de hacer algún soborno.

—¿Soborno? —repite Alexis.

Carrie se gira hacia ella y la mira con suficiencia.

—Puede que seas capaz de derribarme como dices, o puede que no, pero lo que es seguro, es que no durarías ni diez minutos ahí fuera tú sola —dice, y pasa por su lado para coger su mochila y meter algunas cosas.

La hija del coronel se queda quieta, siguiendo a Carrie con la mirada. En eso tiene razón, su vida siempre ha sido demasiado fácil en cuanto a comodidades, es evidente que no tiene nada que ver con la de Carrie.

—Tienes razón —admite Alexis, sentándose en la cama de nuevo porque, a pesar de llevar solo unos minutos levantada, se siente agotada—. ¿Algo más?

—Sí —responde Carrie, acercándose a la ventana para echar un vistazo rápido—. Si vamos a hacer esto, lo haremos a mi manera. Ahí fuera mando yo. Yo soy la que conoce estas calles y sé cómo moverme por ellas. Tú haces lo que yo diga cuando te lo diga, sin discutir.

Alexis respira despacio, no le gusta que le digan lo que tiene que hacer, ni la prepotencia con la que Carrie acaba de hablarle, pero ella también ha sido bastante soberbia hace un momento.

—De acuerdo, tú mandas.

—Bien —dice Carrie, acercándose a ella con una mano extendida —. Entonces tenemos un trato.

Alexis duda un segundo, pero le da un apretón firme y breve.

—Ahora hay que pensar la mejor ruta —dice Carrie, volviendo a la ventana con el plano de la ciudad en la mano.

CAPÍTULO 9

Jade conduce el *Humvee* notando cómo los músculos de los brazos se le tensan. Le cuesta controlarlo teniendo en cuenta que el agua cubre la mitad de los neumáticos y no hacen más que esquivar escombros y vehículos que se han quedado atascados en medio de la calzada. Hace un rato que se han unido a un pequeño convoy médico cuyo objetivo es el mismo barco hospital que el suyo. Dos ambulancias que van delante de ellas y otro *Humvee* que encabeza el grupo, ellas lo cierran.

—¿Cuánto falta? —pregunta la doctora Foster, agarrándose al cinturón con una mano mientras mantiene la otra apoyada en el salpicadero para no moverse del asiento cada vez que el vehículo da un bandazo.

—En condiciones normales le diría que unos quince minutos —responde Jade—, así, no tengo ni idea.

Isabella gira la cabeza para comprobar que las cajas con los suministros médicos siguen bien sujetas en la parte trasera cuando un crujido metálico la hace mirar hacia delante.

—Por Dios —dice cuando ve cómo un contenedor de basura —probablemente vacío— golpea el lateral de la ambulancia que tienen delante tras ser arrastrado por el agua.

Jade tiene que frenar para esquivarlo cuando la ambulancia logra continuar, dejando el contenedor en medio del trayecto. La radio se enciende y ambas escuchan la voz del sargento del convoy que va en la cabeza del grupo.

—Convoy médico a base. Solicitamos desplazarnos a la ruta dos, estamos encontrando demasiados obstáculos en la ruta principal.

La radio emite una interferencia antes de que alguien responda.

—Convoy médico, la ruta dos no es viable, mantengan la posición. Estamos evaluando alternativas.

—Genial —masculla la sargento.

Isabella la mira, tensándose más en el asiento, si eso es posible.

—¿Eso es muy malo? —pregunta la doctora.

Jade la mira de reojo y después clava la mirada en las ambulancias. Empiezan a tener mucha dificultad para avanzar por el agua. Si no salen de ahí pronto, se quedarán atascadas.

—No es muy bueno —responde la sargento.

Isabella suspira e intenta centrarse en el movimiento rápido del limpiaparabrisas para distraer su mente mientras el convoy avanza lentamente hasta que gira en la siguiente avenida. Jade frunce el ceño de inmediato a la vez que observa los edificios a un lado y a otro.

—Esto no me gusta —murmura sin parar de mover la cabeza.

El primer *Humvee* frena un poco. Eso le gusta menos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no le gusta? —pregunta Isabella que, aunque en el fondo se siente privilegiada por tener una plaza en los barcos, ahora desearía seguir en el centro médico.

La calle está repentinamente vacía, demasiada quietud en todas partes. Al contrario que en cualquier calle de la ciudad donde

siempre hay alguien intentando huir o saqueadores rompiendo escaparates y abriendo coches, aquí no hay nadie. La sargento no contesta, solo sigue mirando en todas direcciones mientras avanzan muy despacio, con la sensación de que se están metiendo en la boca del lobo.

—¿Cree que nos van a atacar? —pregunta Isabella cuando comprende lo que pasa.

Jade sigue sin responder, se limita a estirar el brazo para coger la radio y decirle a su compañero que busque una salida, pero no le da tiempo. El primer disparo impacta en una de las ambulancias. La sargento ve saltar los cristales y, de inmediato, la puerta del conductor se abre y este cae desplomado sobre el agua que inunda la calle.

—¡Emboscada! —grita el otro sargento por la radio—. ¡El convoy médico está siendo atacado! ¡Solicitamos apoyo de inmediato!

Los disparos comienzan a llover desde todas direcciones. Jade obliga a la doctora a que se agache e intenta maniobrar como puede para sacar el vehículo de la zona. Sabe que no van a recibir ningún tipo de ayuda, que están solos y que si no se mueve rápido, las coserán a balazos y además condenará al resto de vehículos por ser el suyo el último. Isabella, tumbada hacia un lado y aterrorizada, puede ver por el retrovisor algunas figuras cruzando de un lado a otro como si flotaran por el agua.

—Dios mío, ¿cuántos hay? —pregunta mientras varios disparos impactan en el lateral blindado del *Humvee*.

Isabella grita, Jade sigue dando marcha atrás mientras la segunda ambulancia intenta dar la vuelta. La sargento aprieta la mandíbula con desesperación cuando ve que un grupo armado la

rodea y la cose a balazos. La primera ambulancia no tiene conductor, así que el sargento que conduce el primer *Humvee* no tiene posibilidad de dar la vuelta. Es cuestión de tiempo que todos estén muertos y ella lo único que puede hacer es centrarse en su misión: llevar a la doctora al jodido barco.

—Manténgase agachada y sujétese donde pueda —ordena Jade mientras gira el volante con brusquedad.

La sargento se sube a la acera y estrella el vehículo contra el cristal de un centro comercial. El impacto hace que ambas se sacudan, pero atraviesan el escaparate sin problemas y el *Humvee* se abre paso por el pasillo mientras Jade pisa el acelerador y sostiene el volante con fuerza.

—¿Está bien, doctora? —le pregunta a Isabella, que está rígida como un junco, con parte del pelo derramado sobre la pierna de Jade, que en otras circunstancias probablemente se pondría nerviosa ante este hecho.

—Sí, ¿puedo levantarme? —responde Isabella.

—Espere un poco más.

Jade aprieta el pie sobre el acelerador y contiene el aliento. Ha visto hacer esto en las películas muchas veces. Siempre le ha parecido muy estúpido y una fantasmada, pero ahora es lo único que se le ocurre para salvarles la vida, y está funcionando. La sargento estrella el vehículo contra otra cristalera, atraviesa la acera inundada de agua y aparecen en un callejón bajo la mirada de asombro de un chico que se encuentra al otro lado, saliendo de un edificio con el agua por encima de las rodillas. Jade tarda un par de segundos en darse cuenta de que el nivel del agua es más alto a

este lado del centro comercial. Cubre las ruedas del vehículo por completo y este avanza muy despacio por el callejón.

—Ya puede incorporarse —le dice a Isabella mientras pisa el acelerador con más fuerza, aunque este no responde.

—¿Por qué nos han atacado? —pregunta la doctora, haciéndose una coleta mientras su pecho sube y baja de forma acelerada.

—Por las medicinas, supongo. Un convoy médico es muy tentador —responde Jade.

Isabella mueve la boca para responder, pero no sabe qué decir. El vehículo cada vez se mueve más despacio. La sargento resopla.

—¿Qué pasa? —pregunta Isabella.

—No vamos a llegar muy lejos —responde Jade—. El agua ha subido demasiado rápido, está afectando al motor.

Isabella siente un escalofrío recorrerle la columna.

—Convoy médico, informe —se escucha por la radio.

Jade espera unos segundos antes de responder, con la esperanza de escuchar al otro sargento, pero solo hay silencio.

—Convoy médico, aquí base, confirme posición.

—Aquí la sargento Mitchell. Nos han atacado, me he desviado de la ruta. No puedo confirmar más supervivientes. Solicito escolta.

—Negativo, sargento —responde la base—. No tenemos unidades disponibles. Proceda a desplazarse al punto de extracción por sus propios medios.

La doctora deja de respirar.

—Recibido. Me dispongo a buscar una alternativa para llevar a la doctora Foster al barco hospital —dice Jade.

No le dicen nada más. Jade ya se lo imaginaba. Están solas.

—¿No van a ayudarnos? —pregunta Isabella, palideciendo.

—No, señora —responde la sargento—, pero le prometo que la llevaré a su barco —asegura Jade, aunque no tiene ni idea de cómo va a hacerlo, ni de si llegarán a tiempo antes de que zarpe.

—¿Cuánto falta hasta el puerto? —pregunta Isabella, mirando fijamente a Jade, que siente un leve cosquilleo por el pecho ante la intensidad de su mirada.

—Unos tres kilómetros —responde la sargento—, pero no podemos ir por las calles principales si queremos evitar ataques como el de antes. Así que será algo más.

—Qué bien —masculla la doctora con ironía.

Jade esboza una pequeña sonrisa a pesar de la situación. A Isabella le gustan las dos líneas que se forman en la comisura de sus labios cuando lo hace.

—El vehículo no llegará mucho más lejos, es mejor que sigamos a pie —dice la sargento—. Coja lo que pueda llevar en la mochila y nos marchamos.

Isabella tuerce el gesto mientras mira las cajas de provisiones médicas. Tendrá que dejarlo casi todo para que gente como la que acaba de atacarlos lo encuentre en cuanto vengan a saquear su vehículo, pero no puede hacer otra cosa.

—Lista —dice la doctora, colgándose la mochila.

Jade abre la puerta y salta del vehículo. El agua le llega casi hasta el culo, está helada y la corriente es más fuerte de lo que había imaginado. Isabella la sigue, conteniendo el aliento ante el frío repentino.

—Manténgase siempre cerca de mí —dice Jade mientras comienzan a avanzar.

—¿Por dónde vamos? —pregunta Isabella cuando llegan al final del callejón.

Jade se asoma con cuidado a la calle principal. Los saqueadores se mueven por todas partes, también hay gente que ya se desplaza con pequeñas barcas inflables. Hay disturbios, gente armada y ninguna autoridad para proteger a los pocos civiles que solo quieren huir de la ciudad sin hacer daño a nadie.

—Por ahí —dice la sargento, señalando una calle lateral—. Manténgase agachada y sígame.

Salen del callejón y lo que ven les parece una pesadilla. En algunos cruces, el agua forma remolinos peligrosos donde las alcantarillas desbordadas forman corrientes subterráneas. Jade decide que es más seguro caminar por la acera, pero en muchos tramos hay árboles caídos u obstáculos sumergidos que no pueden ver y se convierten en trampas que pueden hacerlas caer y provocar lesiones graves, por lo que ha de asegurar muy bien sus pasos.

Se meten en un edificio en el que, desde su portal abierto, pueden ver que el pasillo atraviesa hasta el otro lado y da a la parte trasera. Apenas hay luz, pero parece más seguro que esa calle, solo que, cuando llegan al otro lado, escuchan ruido fuera y la sargento asoma la cabeza.

—Más saqueadores —susurra deteniendo el avance de la doctora con una mano—. Será mejor que esperemos aquí hasta que se marchen, después continuaremos.

A Isabella no le parece mal, a pesar de que cada minuto que pasen ahí es uno menos para llegar al barco antes de que zarpe, exponerse a esa gentuza le parece más peligroso.

CAPÍTULO 10

Carrie lleva diez minutos junto a la ventana estudiando el plano cuando un ruido que no puede identificar como nada que haya escuchado antes le llama la atención. Es una especie de murmullo sordo que se mezcla con el ruido de algunos gritos y el del agua que corre por las calles intensificándose. Deja el mapa a un lado y pega la frente al cristal, y lo que ve la deja helada.

—Joder —susurra sorprendida.

El agua que antes les llegaba hasta la cintura, ahora se ha convertido en una masa furiosa que cubre más de un metro. Los coches ya no se ven, están completamente sumergidos, salvo algunos que se mueven lentamente cuando el agua los arrastra. Carrie tiene la sensación de que la ciudad se está convirtiendo en un océano.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alexis desde la cama, donde todavía sigue sentada revisando el contenido de su mochila.

—Creo que está empezando de verdad —responde Carrie, sin apartar la vista de la ventana—. No va a detenerse, si había alguna esperanza de que fuera alguna tormenta más fuerte de lo habitual que acabase remitiendo, creo que no existe.

Alexis sabe que no va a parar, su padre se lo dijo, pero una cosa es saberlo y otra es vivirlo.

—El agua está subiendo muy deprisa —dice Carrie.

La hija del coronel se levanta tan deprisa que tiene que tomarse un momento para no marearse. Después se acerca a la ventana, colocándose al lado de Carrie y, cuando ve ese montón de agua corriendo por la calle, su pulso se dispara y su respiración se entrecorta.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta, poniéndose rígida.

—Yo qué sé —dice Carrie, que no es adivina, pero al notar el terror en la expresión de Alexis, suaviza el tono—. Tal vez una hora antes de que cubra el primer piso si sigue subiendo a este ritmo.

Carrie escucha la exhalación de Alexis cuando esta se queda sin aliento y se lleva la mano al cuello.

—Tenemos que salir ya —dice con un hilo de voz—. Ahora mismo.

La respiración de Alexis se vuelve rápida y superficial, y las manos comienzan a temblarle mientras Carrie la observa con atención.

—¿Estás teniendo un ataque de pánico ahora? —pregunta horrorizada.

—No lo entiendes, el agua…

Carrie parpadea como si le hubiera entrado algo en el ojo.

—La verdad es que no. Has dicho que tenías miedo al agua, y el agua está fuera —dice señalando la calle.

La mano de Alexis se apoya en la ventana y su mirada se clava en algún punto de la pared a espaldas de Carrie.

—Vale, sí, lo estás teniendo —concluye Carrie—. Tranquila, princesa, resolveremos esto —asegura, intentando buscar una solución.

A Carrie le han hablado muchas veces de técnicas de respiración y ese tipo de cosas que sirven para distraer a la gente que sufre ataques de pánico, pero ella jamás ha tenido uno, así que nunca ha prestado atención y ahora Alexis parece que está a punto de desmayarse.

—Sé cosas para esto —dice nerviosa, mirando a Alexis, cuyos labios carnosos están entreabiertos mientras ella hiperventila.

Decide hacer lo único que se le ocurre para distraerla y sacarla de ese estado, así que da un paso más y la besa. Es un beso impulsivo y desesperado, no hay delicadeza ni un patrón o técnica a seguir, solo la urgencia de hacer algo que sirva para detener el pánico de Alexis.

Alexis tarda unos segundos en reaccionar cuando nota esos labios esponjosos y calientes sobre los suyos. La sorpresa la paraliza un momento y detiene cualquier pensamiento invasivo en su mente, pero también su lado racional, así que Alexis solo hace lo que en ese momento le apetece, y lo que le apetece es seguir el beso. Abre la boca y la lengua de Carrie entra feroz para estrellarse con la suya, que la recibe ansiosa durante varios segundos hasta que se separan.

Las dos están descolocadas tras un beso inesperado que se ha prolongado más de lo que ninguna habría planeado, pero Carrie elimina ese pensamiento con rapidez y mira a Alexis como si la estuviera estudiando.

—Estás mejor, ¿no? Quiero decir, es una distracción…

—¿No vas a disculparte? —pregunta Alexis, entre sorprendida y divertida por el descaro de Carrie.

—¿Por qué iba a hacerlo? Te he hecho un favor; en todo caso, deberías darme las gracias.

—No voy a darte las gracias por besarme sin mi permiso —dice Alexis—, pero sí por distraerme. No ha sido la técnica más ortodoxa, pero ha servido.

—De nada —dice Carrie—. Ahora, sigamos con el plan. Necesitamos más agua potable, es evidente que ya no podremos conseguirla en ningún sitio, al menos con facilidad.

Alexis asiente mientras Carrie saca una cazuela, varios trapos limpios, un frasco de pastillas para el dolor de cabeza y una botella de lejía.

—¿Vas a cocinar? —pregunta perpleja.

—Voy a improvisar un sistema de purificación de agua —responde mientras llena la cazuela con el agua marrón del grifo—. Hervir mata las bacterias, pero no elimina los químicos —explica—, por eso hemos de filtrar primero.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —pregunta Alexis a su lado.

Carrie la mira durante una fracción de segundo, decidiendo si le cuenta la verdad o se inventa cualquier historia que, en lugar de hacerla parecer una delincuente, impresione a Alexis, pero están en pleno apocalipsis, así que decide que ya no tiene importancia.

—Me lo enseñó mi padre. Tuve que esconderme con él durante una semana después de que cometiera un atraco. Nos refugiamos en una cabaña abandonada cercana a un río… En fin, no importa —dice, y coge una botella vacía de plástico a la que hace varios agujeros en el fondo con su navaja.

Alexis la observa trabajar mientras Carrie le va explicando lo que hace. Se mueve con prisa, sabiendo que no tienen mucho tiempo, pero si se complica ahí fuera, no pueden permitirse quedarse sin agua.

—Listo —dice al cabo de unos minutos mientras el agua va cayendo gota a gota en un recipiente limpio.

—Impresionante —dice Alexis—. ¿Tu padre te enseñó muchas cosas así?

—Algunas, aunque lo que mejor se le daba era enseñar cómo robar sin que te pillen. Cuando llenemos una botella, nos marchamos. Mientras tanto, centrémonos en la ruta.

Se acerca a la mesa donde ha dejado el plano y lo extiende por completo.

—Esta es la ruta más directa, pero seguramente estará llena de gente desesperada y bandas organizadas. Los primeros serán un problema porque competiremos con ellos por el espacio, querrán acceder a los barcos, y los segundos porque querrán robarnos.

—¿Y qué propones? —pregunta Alexis, situándose a su lado.

—Una ruta alternativa —responde, trazando una línea con el dedo—. Es más larga, aunque no mucho. El problema es que tendremos que cruzar por aquí —dice señalando una zona.

—¿Y qué pasa ahí? —pregunta Alexis.

—Que el agua será más profunda porque está cerca del puerto.

—¿Cómo de profunda? —se tensa Alexis.

Carrie la mira de soslayo.

—No lo sé. Más que por aquí, eso seguro.

Alexis da un paso atrás, apartándose del plano como si quemara.

—¿Nos tendremos que sumergir?

Carrie resopla.

—Tal vez sí o tal vez no.

—No puedo ir por un sitio que cubra tanto, busca otra ruta —exige, cruzándose de brazos.

—A ver qué te parece menos aterrador, princesa —responde Carrie con sarcasmo—. ¿Cruzamos por ahí y nadas si es necesario o te quedas aquí y esperas a que el edificio se inunde por completo?

Es una pregunta cruel y Carrie lo sabe, pero necesita que Alexis sea consciente de que el agua está por todas partes y no va a dejar de subir porque ella tenga miedo. Si no lo asume, está sentenciada, y ella no va a quedarse a su lado para morir.

—Está bien —dice Alexis, respirando profundamente—, aunque vas a tener que distraerme recordándome técnicas de respiración. Conozco muchas, pero cuando entro en pánico me bloqueo.

—¿Cómo cuáles? —pregunta Carrie.

—Me sirve que me hables y me pidas que me centre en tu voz, o que me pidas que recite el alfabeto al revés.

—¿Te sabes el alfabeto al revés? ¿Quién quiere saber eso? —pregunta estupefacta.

Alexis se ríe.

—Supongo que nadie, pero me ayuda si tengo que esforzarme para pensar.

—Está bien, intentaré acordarme —dice Carrie.

—¿Cómo que lo intentarás?

—¿Qué? Yo también me pongo nerviosa, ¿sabes? Antes me he quedado un poco bloqueada cuando te he visto, pero he resuelto la situación, así que tú tranquila —dice, restándole importancia.

Carrie termina de llenar las botellas mientras Alexis la mira sin pestañear. ¿Pretende seguir besándola? ¿Esa es su solución?

—Toma —dice Carrie, entregándole una botella de agua—. Tú lleva esta.

Un ruido fuerte en las escaleras del edificio las hace detenerse y guardar silencio. Se trata de pasos chapoteando y voces masculinas, al menos dos hombres.

—¿Has revisado el tercero? —pregunta uno de ellos.

—Todavía no, subamos a ver qué hay.

Carrie se gira hacia Alexis con tanta rapidez que su coleta castaña casi le da un latigazo en la cara.

—Deben de ser saqueadores —susurra.

Alexis contiene la respiración, poniéndose tensa.

—¿Qué hacemos? —pregunta en voz baja.

Ambas escuchan el ruido de una puerta al ser reventada. Carrie sabe que su vecino de enfrente ya no está, así que no le preocupa, pero las siguientes son ellas.

—No podemos salir sin que nos vean. En este apartamento no hay ventana de emergencia, y la escalera de incendios está en el lado opuesto del pasillo. Escóndete en el baño y no salgas hasta que yo te lo diga —ordena—. Llévate las mochilas.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Explicarles que aquí no hay nada que valga la pena robar —responde, encogiéndose de hombros.

Alexis echa una mirada rápida por el apartamento y se reprende mentalmente cuando piensa que eso no debería ser muy difícil. Se encierra en el baño justo cuando los pasos vuelven a escucharse en el pasillo y de repente alguien aporrea la puerta.

—¡Largaos, aquí no hay nada! —grita Carrie.

En lugar de una respuesta, lo que se escucha es un golpe tremendo que hace que la puerta de entrada se astille por completo. Carrie se aparta justo antes de que terminen de abrirla con una segunda patada. Lo que se encuentra frente a ella es a dos hombres que entran como un huracán: uno lleva un bate de béisbol y otro la llave inglesa más grande que Carrie ha visto en su vida.

—Vaya, vaya, en este apartamento de mierda hay premio —dice uno de ellos, señalando a Carrie con el bate.

Ella da un paso atrás mientras se lleva la mano al bolsillo para coger su navaja, pero todavía no lo ha hecho cuando Alexis aparece como una exhalación. Antes de que ninguno de los dos asaltantes pueda reaccionar, golpea al del bate en la sien con el codo, con un movimiento rápido y preciso que lo deja inconsciente de inmediato. El segundo hombre, atónito, se gira hacia ella, pero Alexis ya se está moviendo y le da una patada en la rodilla que hace estremecerse a Carrie. El tipo se tambalea y Alexis le hace una llave imposible en la que el cuello del hombre queda atrapado entre sus brazos mientras ella lo asfixia hasta dejarlo inconsciente.

Todo ha durado menos de medio minuto. Carrie está paralizada, con la mano todavía en el bolsillo mientras mira a Alexis con la boca abierta.

—¿Pero qué coño…? —balbucea—. Los has dejado K.O.

—Te dije que no te convenía meterte conmigo —dice Alexis—. Y no vuelvas a llamarme princesa.

Alexis vuelve al baño y regresa con las dos mochilas.

—Deberíamos irnos antes de que despierten.

—Perdona, es que estoy un poco impresionada —dice Carrie, llevándose la mano al pecho con dramatismo.

Alexis arquea una ceja, el movimiento le provoca dolor en el corte, pero no se queja. Le gusta la sensación de haber impresionado a Carrie.

—De acuerdo, vámonos —dice Carrie, colgándose su mochila.

Se dirige hacia la puerta y ambas salen al pasillo. Comienzan a bajar despacio, escuchando el murmullo del agua golpeando las paredes de la planta más baja hasta que llegan y Carrie calcula que el agua le va a llegar al cuello en cuanto termine de bajar el último escalón.

—Joder —sisea Alexis.

Carrie se da la vuelta y la mira fijamente. No hay pánico en sus ojos, pero sí miedo.

—Es agua, y tocarás el suelo —explica Carrie.

—Lo sé —responde Alexis, sintiendo que los músculos se le tensan, pero sabe que debe mantenerse centrada.

—Bien —dice Carrie—. Mantén la calma y no te separes de mí, recuerda que, si necesitas más besos, soy todo amor.

A pesar de la situación, Alexis pone los ojos en blanco.

—¿Estarás mejor si te doy la mano? —pregunta Carrie, poniéndose seria mientras estira su brazo hacia Alexis.

La hija del coronel la mira por un momento, se siente como si tuviera diez años si la acepta, pero realmente se sentirá más segura si lo hace, así que estrecha su mano con fuerza contra la de Carrie y las dos comienzan a bajar. El agua está helada y eso provoca que contengan la respiración conforme empieza a cubrirlas. A Carrie le llega por los hombros cuando baja el último escalón, a Alexis un poco menos.

Se acercan a la puerta de entrada, está completamente abierta y los cristales decorativos ya no existen, reventados por la fuerza del agua. Carrie se detiene justo antes de salir y se gira hacia Alexis.

—Bienvenida al apocalipsis, Lady K.O. ¿O prefieres Barbie Kung Fu? —pregunta con una mueca burlona.

—¿Quieres que te deje inconsciente?

CAPÍTULO 11

—¿Está bien? —pregunta Jade, cuando la doctora Foster se detiene un momento para recuperar el aliento.

Isabella asiente y reanuda el paso con esfuerzo. Llevan media hora esquivando grupos de saqueadores, con el agua llegándoles al pecho y una corriente cada vez más fuerte. La doctora tirita, no solo por el frío, sino por la tensión que ha ido acumulando. Ella es una mujer acostumbrada a trabajar en zonas controladas, no a correr por calles inundadas mientras evita a gente armada.

—Vamos a hacer otra parada —decide Jade, examinando los edificios cercanos con la mirada entornada hasta que encuentra uno cuya entrada le parece factible y accesible porque tiene rotas las ventanas del vestíbulo.

Coge a la doctora de la mano y la guía hacia allí, asomándose para echar un vistazo rápido.

—Parece despejado —dice la sargento en voz baja—. Podemos subir al primer piso y descansar unos minutos.

Isabella no será la que diga que no, necesita un respiro. Ambas acceden a través de la ventana y la doctora chapotea hacia las escaleras. Es entonces cuando se da cuenta de que las piernas le tiemblan por el esfuerzo que ha estado haciendo al caminar contra la corriente durante tanto tiempo. Al contrario que la sargento, ella no

está acostumbrada al esfuerzo físico continuo y se pregunta durante cuánto tiempo lo soportará.

—¿Cree que este sitio es seguro? —pregunta la doctora mientras suben.

—Por ahora parece más seguro que estar ahí fuera —responde Jade, con la mano sobre su arma—. Además, quiero echarle un vistazo a esa herida en su brazo —dice con un gesto.

Isabella baja la mirada hacia la manga desgarrada de su chaqueta. En algún momento, mientras caminaban, la ha golpeado un objeto arrastrado por la corriente y no se había dado cuenta de que estaba sangrando hasta ahora que Jade se lo ha recordado.

Llegan al primer piso, a lo que parece que habían sido oficinas. Los muebles están desplazados hacia las paredes como si alguien hubiera improvisado un refugio temporal. Hay latas de comida vacías esparcidas por el suelo y algunas mantas húmedas amontonadas en una esquina. Jade echa un vistazo a los siguientes despachos para asegurarse de que están vacíos y no se van a llevar ninguna sorpresa incómoda y regresa junto a la doctora.

—¿Cree que alguien vive aquí? —pregunta Isabella, mirando las mantas.

—Quien quiera que fuera, ya se ha ido. Habrán buscado un lugar más seguro, supongo —responde Jade, mirando por la ventana mientras se pregunta en cuánto tiempo estará sumergido ese piso. ¿Un día? ¿Dos tal vez?

Isabella contiene la respiración cuando comprende. Por mucho que vive la situación en sus propias carnes, hay una parte de ella que se niega a admitir que todo va a empeorar.

—Siéntese ahí —le pide Jade, señalando una silla de oficina—. Y quítese la chaqueta para que pueda ver esa herida.

La doctora obedece mientras la sargento saca su kit de primeros auxilios. Se quita la chaqueta empapada y se remanga la camisa. Ella es la primera en evaluarse a sí misma. No es un corte profundo, pero está sucio y si no lo limpia podría infectarse.

—Esto le va a escocer —le advierte Jade mientras vierte la solución antiséptica en la gasa—, aunque supongo que ya lo sabe.

—He experimentado molestias peores que esa —responde Isabella, aun así, da un respingo cuando la sargento presiona la gasa sobre la herida.

—Lo siento —murmura Jade, pero se le escapa una sonrisa ante la reacción de la doctora.

—Yo también, para ser médica, soy una paciente espantosa —dice rodando los ojos.

—No se preocupe.

—Tiene buena técnica —observa Isabella—. ¿Dónde aprendió primeros auxilios?

—Formación militar básica, y mi tendencia a desobedecer órdenes trae algunas consecuencias que me hacen tener que utilizarla más a menudo de lo que me gustaría —comenta en un susurro—, lo cual es útil en situaciones como esta.

—Lo es —confirma la doctora, sin dejar de mirar cómo mueve sus dedos sobre ella.

—Esto ya está. No tiene su nivel, pero creo que servirá —opina Jade.

Isabella flexiona el brazo para probar la tensión de la venda y aprueba con un movimiento de cabeza.

—Está perfecto. Ahora déjeme ver esa herida en su sien izquierda.

—¿Qué herida? —pregunta Jade, llevándose la mano a la cabeza de forma automática.

Nota una pequeña punzada de dolor al rozarse y cuando retira la mano y se mira los dedos, tiene un poco de sangre.

—No sé cuándo se la ha hecho, se la he visto hace rato.

—No parece grave —le quita importancia Jade.

—La doctora soy yo, sargento. Deje que decida si es importante o no —insiste Isabella, con un tono autoritario que Jade encuentra tan molesto como atractivo.

—Está bien.

La sargento suspira y se sienta en la misma silla para dejar que Isabella la examine. El contacto de los dedos de la doctora sobre su piel la pone nerviosa de un modo que ni se espera ni comprende.

—Es superficial, pero ha sangrado bastante —dice Isabella mientras limpia la zona con una gasa—. Le va a quedar un buen moretón.

—No será el primero —responde Jade, haciendo un mohín.

La doctora esboza una sonrisa.

—Supongo que vienen asegurados con su trabajo, y con su tendencia a desobedecer órdenes —le recuerda con media sonrisa.

Jade alza la mirada para ver su expresión y la baja de inmediato tras sentir que sus ojos se fijaban demasiado en los labios de la doctora. De nuevo, confirma que Isabella Foster no es la persona que ella esperaba cuando le asignaron la misión. Se había imaginado a alguien pretenciosa, que se sintiera con derecho a estar en esos barcos sin que le importasen las personas que se quedaban atrás,

pero la doctora no le parece de esas en absoluto, posee ese aire humilde que no se puede fingir, o se tiene o no se tiene.

—¿Es usted de esas mujeres rebeldes que van en contra de las normas? —pregunta la doctora, intrigada por el comentario que Jade ha hecho antes.

—No. En realidad, me gusta seguirlas, creo que están para algo, pero a veces las órdenes están mal —contesta Jade.

—Estoy de acuerdo con eso —responde la doctora, para sorpresa de Jade—. Y me alegra saber que mi escolta tiene criterio propio.

Un ruido procedente de algún lugar del edificio las hace guardar silencio de inmediato. Jade se levanta y se acerca a la puerta que da al pasillo mientras Isabella recoge el material médico. Se trata de voces, y la sargento concluye que vienen desde arriba.

—Hay alguien más en el edificio —susurra Jade.

El sonido se intensifica y la sargento no es capaz de saber de cuántas personas se trata, pero concluye que son varias: hombres y mujeres.

—¿Subimos a ver si necesitan ayuda? —pregunta la doctora, que de repente está a su lado.

—Por supuesto que no —responde Jade.

Isabella frunce el ceño y señala hacia arriba.

—No parece ninguna banda, esa gente grita y hace ruido. La gente de aquí arriba parece civilizada.

Jade también ha llegado a esa conclusión, pero su misión es llevar a la doctora al puerto, no pararse a socorrer a cada grupo que se encuentre.

—Señora, deberíamos irnos, si el agua sigue subiendo…

—Solo cinco minutos, por favor —suplica Isabella, mirándola con sus ojos grandes y azules.

Jade comprende que empieza a tener un problema con esta mujer, porque le cuesta decirle que no.

—Está bien. Cinco minutos, pero yo mando. Manténgase pegada a mí, si lo que veo no me gusta, nos vamos sin discutir —dice la sargento.

—Por supuesto.

Isabella la sigue hacia las escaleras. Conforme suben, las voces se vuelven más claras y su teoría de que solo es gente como ellas se confirma, no suenan agresivos, más bien parecen desesperados. Al llegar al segundo piso, encuentran luz, probablemente de un generador. En el pasillo también hay un par de lámparas de camping y Jade se detiene mientras evalúa la situación.

—Debería verla un médico —dice una voz femenina.

La doctora da un paso adelante y la mano de la sargento la detiene. Jade sigue escuchando la conversación, discuten entre ellos sobre lo que pueden ofrecer para negociar a cambio de que uno de ellos vaya a la torre seis, donde al parecer hay un médico. Le sorprende el nivel de planificación, también la información que poseen unos de otros y comprende de inmediato que esta gente lleva tiempo preparándose, probablemente son grupos enormes de personas que han sido conscientes en todo momento de que no iban a obtener plaza en ningún sitio ni tenían recursos para comprarla, así que se han organizado a su manera.

—No necesitan comida, tienen de sobra —comenta otro—, ni agua, ni herramientas. O les ofrecemos algo que necesiten, o no hace falta que nos arriesguemos a ir a buscarlo.

—Es evidente que necesitan ayuda —susurra Isabella, inclinándose hacia Jade.

La sargento suspira, consciente de que la doctora no se irá de allí si hay algún paciente al que puede atender, así que, cuanto antes lo hagan, mejor. Con la mano sobre el arma, se asoma por la puerta y echa un vistazo rápido. Cuenta ocho personas, ve provisiones separadas por montones, una radio sobre una mesa, colchones en el suelo y lo más importante, solo dos de ellos van armados.

—Hola —dice levantando ambas manos, dejando a la doctora tras ella.

Los dos hombres armados apuntan sus pistolas hacia ella. Jade suspira y se arrepiente de no acatar sus jodidas órdenes.

—Soy la sargento Jade Mitchell. Solo estoy de paso, no vengo a robar ni pretendo hacerles daño.

—Entonces, ¿qué coño quiere? —pregunta uno de ellos.

—Ayudar. Creo que necesitan un médico.

—¿Es médico? —pregunta una mujer con expresión angustiada, dando un paso al frente.

—Yo no, pero mi compañera sí. Está aquí conmigo, pero la doctora Foster no se acercará si no dejan las armas en el suelo. No es negociable —responde Jade mientras Isabella asoma la cabeza por encima de su hombro.

—No vamos a dejar las armas.

—Deja las jodidas pistolas, Devon —exige la mujer, con la voz contenida.

—Obedece a tu madre —dice el otro hombre armado, dejando su arma en el suelo junto a la mesa donde tienen las provisiones.

—Bien —dice Jade, acercándose al grupo mientras los sigue estudiando por si alguno comete la estupidez de sacar un arma escondida—. ¿Quién es el herido?

El grupo se disuelve y dejan a la vista un colchón donde hay una niña adormilada de unos diez años.

—Es mi hija —dice la mujer—. Tiene fiebre alta desde ayer.

Isabella no espera permiso y se acerca directamente para comenzar un examen mientras Jade sigue vigilando al grupo.

—¿A dónde van? —le pregunta el hombre a Jade.

—Al puerto —responde ella.

Él mira por la ventana.

—Pues no deberían perder mucho tiempo, la cosa está complicada.

Jade mira la radio.

—¿Funciona?

—Sí —responde el hombre—, la encendemos una vez al día para conservar la batería, pero le adelanto que no dicen nada alentador.

—¿Puede encenderla ahora?

El tono de Jade le deja claro al hombre que no es una petición, es una orden.

—Claro.

Se gira hacia el aparato y lo pone en marcha; todos guardan silencio absoluto.

"...modelos de predicción han sido superados en todas las categorías. El nivel del mar ha aumentado tres metros en las últimas dieciocho horas, y las proyecciones indican que continuará ascendiendo a un ritmo de dos metros adicionales cada seis horas durante las próximas cuarenta y ocho horas..."

Isabella deja de trabajar y mira fijamente la radio.

"Las corrientes oceánicas están transportando volúmenes de agua sin precedentes hacia las zonas costeras. Las evacuaciones marítimas están siendo aceleradas debido a condiciones meteorológicas que empeoran. Se recomienda a todos los ciudadanos que busquen refugio en zonas superiores a los treinta metros sobre el nivel del mar..."

—Joder —susurra Jade.

"Los barcos de evacuación están operando con cronogramas modificados. Varios puertos han adelantado las salidas debido a la imposibilidad de mantener operaciones de carga en condiciones actuales..."

—Así está todo el día, hablando de esto y dando cifras de muertos —dice el hombre, apagando la radio.

—Señora, dese prisa —le dice Jade a Isabella.

—Ya estoy, es solo una infección leve. Con antibióticos orales durante cinco días debería recuperarse.

—Tenemos antibióticos —dice el hombre—, pero los estamos reservando para casos graves, ¿seguro que los necesita?

—Si no trata la infección ahora, podría empeorar, así que sí, los necesita —responde Isabella.

—¿Qué es ese mapa? —pregunta Jade, señalando la mesa.

Hace rato que lo ha visto, un mapa de la ciudad metido en una funda de plástico con rutas marcadas en distintos colores.

—Son las mejores rutas para moverse por la ciudad —contesta el hombre—. Conocemos a gente en otras torres y dos veces al día uno de cada torre sale para reunirse con los demás. Nos pasamos

información de todo tipo, incluyendo las mejores zonas para moverse; por ahora, estas siguen siendo las más seguras.

—¿Y cuál es la mejor para llegar al puerto?

El hombre coge el mapa y lo pone frente a Jade mientras lo estudia.

—La amarilla número tres.

—¿Amarilla? —pregunta la sargento con desconfianza.

—Sí. Las rojas son inviables, las amarillas son peligrosas, aunque factibles, y las verdes seguras, pero ha de pensar que solo están estudiadas para movernos entre las torres que conocemos, y ustedes quieren ir al puerto —explica el hombre—. Si yo tuviera que ir allí, elegiría la ruta tres amarilla. Entiendo que van a coger un barco, así que no deben tener mucho tiempo. Por esta ruta encontrarán algún grupo problemático, pero nada con lo que alguien con su formación no pueda lidiar, y es la más directa.

—Está bien —dice Jade—. La doctora le dará antibióticos para su hija si usted me da este mapa.

—Hecho, me conozco estas rutas de memoria.

Isabella termina de recoger su material.

—Gracias por todo, doctora —dice la mujer—. Que tengan suerte.

Jade se guarda el mapa doblado en un bolsillo tras haber memorizado las primeras calles de la ruta y ambas mujeres se dirigen hacia las escaleras.

—¿Lista? —le pregunta a la doctora cuando llegan al primer escalón sumergido.

Isabella suspira y asiente.

—Si se cansa más de la cuenta o se encuentra mal, quiero que me lo diga, ¿de acuerdo? —dice la sargento.

—Lo haré —responde la doctora, conteniendo la respiración cuando comienzan el descenso.

CAPÍTULO 12

Para Carrie y Alexis, cada paso en el agua es una especie de pelea constante. La primera avanza agradeciendo encontrar calles con algo más de elevación para que el agua no le roce la barbilla, la segunda concentra su atención en cualquier cosa que le permita distraerse y no entrar en pánico.

—¿Cómo estás? —pregunta Carrie, girándose hacia ella para observarla de reojo.

Lo hace cada cinco minutos a pesar de que sigue sujetándola de la mano y nota la presión firme de los dedos de Alexis sobre los suyos. En ocasiones, aumenta tanto que Carrie teme que vaya a romperle alguna falange.

—Bien —responde Alexis, con la mirada fija en las ventanas de los edificios de su izquierda—. No te detengas, por favor.

Carrie no lo hace, pero se mueven despacio. Tiene que asegurar cada paso para no tropezar con algún objeto o meter el pie en un socavón. El agua está turbia y no puede ver por dónde pisa, y ya ha tropezado un par de veces. Aun así, Alexis confía en ella y la sigue ciegamente. Si Carrie va directa al remolino provocado por la tapa de una alcantarilla abierta y acaba colándose en el agujero, la hija del coronel irá detrás con tal de no mirar al agua.

—Vale —dice Carrie, pero vuelve a mirarla una vez más.

Las mejillas de Alexis están sonrojadas por el esfuerzo, probablemente las suyas también, y jadea como si estuvieran corriendo. Supone que es por los nervios y su esfuerzo por contener el pánico a base de pura voluntad, aunque Carrie no sabe durante cuánto tiempo podrá hacerlo.

—Solo nos quedan veinte minutos más —miente Carrie. Calcula que al menos necesitan una hora a este ritmo, pero no quiere desmoralizar a Alexis, necesita que se mantenga motivada porque ella es su única esperanza para conseguir una maldita plaza en un barco, algo con lo que ni siquiera contaba antes de encontrarla.

—No hay problema —responde Alexis mientras siguen caminando.

Dos grupos de saqueadores pasan cerca de ellas, unos en una barca hinchable, los otros caminando por el agua igual que ellas. Carrie se tensa, ve cómo las miran y siente que valoran si el esfuerzo vale la pena, hasta que siguen su camino, pero el alivio no le dura mucho, porque cuando llegan a la siguiente calle, ve una especie de barricada y a varios tipos armados en lo que claramente es un punto de control ilegal.

—Para —susurra Carrie, deteniendo el paso.

La calle no es muy ancha y, aprovechando que un camión volcado la atraviesa por completo y solo deja un estrecho pasillo por un lado, cuatro tipos se han hecho con la zona. Tres de ellos están subidos en la caja del camión, uno con un arma larga, los otros con barras de hierro, y el cuarto está en el agua junto al único paso, apoyado contra una camioneta de la que solo queda el techo fuera del agua.

En ese momento están interceptando a una pareja de chicos. Utilizan la camioneta como rampa para hacerlos subir al lateral del camión y allí negocian con el tipo armado. Carrie no puede ver muy bien lo que intercambian, pero el chico saca algo de su mochila, se lo entrega al líder y este parece satisfecho, así que los dejan bajar y les permiten el paso entre el camión y la pared del edificio.

Carrie suspira. Esta es la ruta más directa que tienen hacia el puerto, pero su material para intercambio no es muy valioso, apenas un bote de pastillas para dormir y tal vez el reloj de Alexis, pero no está segura de que eso sirva.

—¿Crees que podemos dar un rodeo? —pregunta Alexis, mirando fijamente al hombre armado.

—Podemos, pero tendríamos que añadir al menos cuatro manzanas más a la ruta y no sabemos si encontraremos más peajes como este —dice Carrie, malhumorada—. En mi opinión, deberíamos intentar negociar con lo que tenemos. Cuanto antes lleguemos, menos exposición al agua tendrás.

—Vale, pero si no aceptan lo que ofrecemos, ¿qué hacemos? —pregunta Alexis.

—Improvisamos. Necesitamos pasar por aquí.

—Está bien —acepta Alexis.

Se acercan al peaje chapoteando más despacio que antes y los cuatro hombres clavan sus ojos en ellas en cuanto las ven acercarse. El que obviamente es el líder, un hombre con la cabeza rapada, flacucho y con los brazos llenos de tatuajes, les hace un gesto para que se detengan cuando llegan frente al que está en el agua.

—Vaya, vaya, dos señoritas perdidas en el diluvio —dice con una risa estúpida—. ¿A dónde vais con tanta prisa?

—Al puerto —responde Carrie con sequedad.

—Claro que sí, como todo el mundo, ¿verdad? —dice mirando a los dos tipos que están con él—. El problema es que esta es una zona de tránsito controlada, para mantener la seguridad, ya sabéis. Así que tendréis que pagar un pequeño peaje para continuar.

—¿Qué tipo de peaje? —pregunta Alexis, antes de que Carrie pueda detenerla.

El líder arquea una ceja y las observa con una expresión lobuna que hace que Carrie se tense. Ella no hubiera preguntado precisamente para no darle la oportunidad de responder, simplemente hubiera hecho una oferta.

—Pueden ser muchas cosas —dice el tipo, sin dejar de mirarlas —. Agua potable, medicinas, armas… o si queréis, aceptamos servicios especiales —añade, guiñándole un ojo mientras los otros estallan en carcajadas.

—Tenemos agua potable y pastillas —responde Carrie con rapidez, antes de que Alexis vuelva a abrir la boca.

—¿Cuántas pastillas? A ver, sube aquí —ordena el tipo.

El hombre que está en el agua le señala la parte delantera de la furgoneta. Carrie se impulsa con las manos hasta ponerse de rodillas sobre el vehículo y sube por el techo, seguida de Alexis, que no va a dejarla sola con ese tipo.

—Tenemos este frasco, son somníferos —dice Carrie, entregándole el bote que robó hace unas semanas en la farmacia.

El hombre lo coge y lo mira, arrugando la frente.

—Esto es una mierda —dice devolviéndoselo—. No da ni para que pase una de vosotras.

—También tenemos agua embotellada —dice Carrie, mostrándole su botella.

—Con eso pasa una, pero sigue sin ser suficiente. Si no tenéis nada, ya sabéis lo que podéis hacer —dice, tocándose la entrepierna.

Por un instante, Carrie piensa en clavarle su navaja en el ojo por cerdo.

—¿Qué más lleváis en esas mochilas? —pregunta otro de ellos.

—Nada, solo ropa —responde Carrie.

—Mientes —dice el líder—. Quizá debamos quedarnos con ellas y cobrarnos un peaje igualmente.

Carrie ni siquiera tiene tiempo de respirar cuando ve por el rabillo del ojo cómo uno de ellos se acerca a Alexis con la intención de quitarle la mochila. Alexis reacciona por instinto, su mano sale disparada hacia la muñeca del tipo, se la retuerce con un movimiento seco y le da tal patada en el estómago, que el hombre sale disparado hacia atrás, pierde el equilibrio y cae al agua como un fardo por el mismo lugar por el que ellas han subido.

—¡Serás puta! —grita el hombre del arma, moviendo la mano para alzarla y disparar.

Es demasiado lento para Alexis, que ya se está moviendo y de una patada certera y potente, le golpea la mandíbula y lo derriba.

—¡Hostia! —dice Carrie, con los ojos muy abiertos, mientras el tipo se desploma, inconsciente.

El otro tipo, situado detrás de Alexis, levanta la barra de hierro para golpearla, pero Carrie es más rápida, le da una patada frontal en la espalda que lo derriba y, cuando la barra se le cae, Alexis la

coge, pero en lugar de golpearlo con ella, le da una patada en la cara que lo deja noqueado.

—Me rindo —dice el cuarto hombre en el techo de la camioneta.

Ha empezado a subir para ayudar cuando Alexis ha derribado al primero de sus colegas, pero se lo acaba de pensar mejor.

—Mejor —dice Carrie, todavía impactada—. Coge tus cosas y lárgate.

El hombre casi se resbala al bajar de la camioneta. Ayuda al tipo que ha terminado en el agua y ambos se alejan hacia un portal cercano.

—Hay que irse rápido antes de que despierten —dice Alexis, cogiendo el arma del líder y tirándola al agua.

—¿Qué haces? —pregunta Carrie—. Nos podría haber servido para defendernos de otros desgraciados como estos.

—¿Sabes utilizarla? —pregunta Alexis.

—No, pero eso no importa, sirve para intimidar, o para negociar. Es igual —dice, rascándose el pelo mientras mira a los dos tipos derribados sobre el lateral del camión—. En serio, princesa, esa patada voladora ha sido una puta pasada.

—Te he dicho que no me llames así.

—Eres muy sosa, ¿sabes? —dice Carrie, ofreciéndole la mano cuando vuelven a meterse en el agua al otro lado del camión.

Alexis la acepta mientras respira profundamente e intenta pensar que está en otro sitio, pero, por una fracción de segundo, solo puede fijarse en los labios carnosos de Carrie.

—Yo he conseguido que pasemos el peaje, ¿qué has hecho tú? —pregunta Alexis, mirando el camión mientras se alejan por la calle.

—Llevarte de la mano —rezonga Carrie, haciendo sonreír a Alexis.

La tranquilidad les dura poco. Carrie no tarda en darse cuenta de que, un poco más adelante, el suelo parece estar más bajo, lo ve claramente por la línea descendente de los coches hundidos en esa zona.

—Alexis —dice con suavidad.

La hija del coronel se detiene, mirando en todas direcciones, temiendo que haya un nuevo peaje.

—Me parece que ahí nos hundiremos. Al menos, yo lo haré, quizá tú no lo hagas del todo, pero debes asumir que puede pasar.

Alexis fija la mirada y la respiración se le corta. Carrie nota su tensión cuando casi le destroza la mano al apretarla.

—Escucha —dice girándose hacia ella—. Son unos metros, si miras hacia el final de la calle, se vuelven a ver los techos de las furgonetas. Es solo una pequeña zona bacheada.

—Podemos ir por otro sitio —Alexis ni siquiera la escucha, se ha puesto pálida.

—Oye —Carrie la sujeta por el mentón—. Te acabas de deshacer de cuatro tipos armados tú sola, esto está chupado, y yo estoy contigo. Podemos pegarnos a las paredes de los edificios si eso te hace sentir mejor, y yo no te soltaré, pero si queremos llegar al puerto antes de que los barcos zarpen, hay que cruzar por aquí.

Carrie piensa en besarla de repente y parpadea para apartar esa imagen de su mente. Aquí no le sirve, ella tendrá que nadar y necesita que Alexis no se paralice.

—Mi padre no zarpará sin mí —murmura Alexis, sin entrar en razón.

—Tu padre ni siquiera sabe que estás viva. ¿Crees que le permitirán retrasar a un barco entero por ti? Deja de soñar, princesa, eso pasa en los cuentos. Si quieres subir al jodido barco, tienes que espabilar.

Alexis traga saliva.

—Vale, está bien. Crucemos cuanto antes.

—Genial. ¿Quieres que nos acerquemos a las paredes? —pregunta Carrie.

—No es necesario, vamos.

—Perfecto, tú sigue mirando las ventanas o lo que sea que mirabas antes —dice Carrie, comenzando a caminar.

—Te encanta dar órdenes, ¿verdad? —pregunta Alexis, con la mirada fija en la parte alta de los edificios.

—La verdad es que siempre he trabajado para otras personas y no he tenido a nadie a quien ordenar nada, pero no está mal. ¿Por qué no me dices lo que ves? —propone mientras siguen avanzando.

A Carrie el agua le cubre el cuello y comienza a rozarle la barbilla.

—Ventanas, no hay gran cosa —responde Alexis.

—Pues dime los colores de la fachada.

—Azul de una cortina, marrón del marco, blanco de la pared… —recita Alexis.

Carrie se hunde y tiene que soltarle la mano para mantenerse a flote, pero puede rozar el suelo con las puntas de los pies.

—Vamos, no te pares —dice, nadando de espaldas mientras mira a Alexis.

Con la cabeza levantada todo lo que puede, el agua cubre toda la línea de su mandíbula. A Carrie le parece una imagen sexy, pero

no puede desconcentrarse.

—Venga, no va a cubrir más que esto, ya casi estamos.

Alexis sigue caminando, rígida, conteniendo la respiración mientras le resbalan las lágrimas.

—Háblame de tu última novia, ¿por qué rompisteis? —pregunta Carrie de repente.

Los ojos de Alexis se abren de golpe.

—¿Qué te hace pensar que he tenido alguna novia?

—Bueno, la forma de besarme de antes, era evidente que no era la primera vez —dice Carrie, flotando sin esfuerzo.

—Qué sabrás tú… —murmura Alexis, dando pequeños pasos hacia ella.

Carrie se ríe.

—Venga, cuéntamelo. ¿Te dejó ella o la dejaste tú?

Si no estuviera a punto de ahogarse, Alexis soltaría una carcajada ante la desfachatez de Carrie, pero eso la haría sacudir su cuerpo y no se atreve a moverse.

—La dejé yo —responde al fin.

—Qué interesante —murmura Carrie—. Deja que adivine, ¿le diste una patada voladora?

En esta ocasión Alexis no puede contenerse, sus hombros se sacuden con la risa repentina y el agua le sube hasta llegarle al labio inferior. Eso la asusta tanto que se detiene en seco.

—Joder, perdona —dice Carrie—. A veces soy imbécil. Sigamos —la anima a caminar de nuevo—. En serio, ¿por qué la dejaste?

Alexis necesita unos segundos para recobrar la calma, entonces da un nuevo paso.

—Supongo que estábamos en puntos diferentes. Los últimos meses sentí que habíamos dejado de conectar, así que hablé con ella y decidimos dejarlo.

—Entonces no la dejaste tú, fue de mutuo acuerdo —concluye Carrie.

—Supongo que sí.

Carrie no dice nada más, pero, en cuanto vuelve a tocar el suelo y se puede mantener en pie con firmeza, le coge ambas manos a Alexis y tira de ella para acercarla a su cuerpo.

—Ya está, puedes dejar de caminar de puntillas —dice Carrie, sonriendo con satisfacción.

La hija del coronel necesita unos segundos más para darse cuenta de que el agua vuelve a llegarle por los hombros, entonces mira a Carrie con sus labios carnosos entreabiertos.

Carrie la besa y Alexis sigue el beso. Cuando se separan, siguen caminando como si no hubiera pasado nada.

CAPÍTULO 13

El coronel Henry Turner está revisando los últimos informes meteorológicos cuando el teniente Burks aparece en el umbral de su despacho con una expresión que hace que su estómago se contraiga. Es la misma cara que ponen los soldados cuando tienen que comunicar bajas en combate, y los pulmones de Henry se vacían hasta dejarlo sin aliento.

—Coronel, necesito hablar con usted —dice Burks, cerrando la puerta tras él.

Henry deja los papeles sobre la mesa y se endereza en su silla. A través de la ventana puede ver cómo los últimos helicópteros aterrizan en la base mientras la lluvia sigue cayendo con una intensidad que ya no sorprende a nadie. El viento hace vibrar los cristales con tal fuerza que parece que van a estallar en cualquier momento.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Henry, aunque una parte de él ya sabe que no quiere escuchar la respuesta.

Burks se acerca a la mesa y coloca un informe frente al coronel. Henry puede leer las primeras líneas desde su posición: Accidente de aeronave militar. Helicóptero de evacuación UH-60. Pérdida total.

—El helicóptero que transportaba a su hija se estrelló hace seis horas cerca del distrito financiero —dice Burks con voz grave, sin

anestesia, sabiendo que no puede edulcorar la noticia—. Las condiciones meteorológicas provocaron fallos en el motor. El piloto intentó un aterrizaje de emergencia, pero…

Henry siente como si alguien le hubiera vaciado los pulmones de aire de nuevo. Sus manos se aferran a los brazos de la silla mientras Burks continúa hablando, aunque las palabras llegan a él como un eco que le cuesta entender.

—¿Supervivientes? —consigue preguntar, sintiendo que su voz suena diferente.

Burks niega con la cabeza de forma lenta mientras traga saliva.

—El equipo de rescate llegó al lugar del accidente hace dos horas. La estructura del helicóptero quedó completamente destruida tras el impacto y ahora permanece parcialmente sumergida. No hay supervivientes, señor. Lo siento mucho.

Henry mira fijamente el informe sin leerlo. Las letras se desdibujan frente a sus ojos mientras su mente se niega a procesar la información que le está dando Burks. Alexis. Su única hija. La única familia que le quedaba después de perder a Andrew y a su esposa.

—¿Está seguro? —pregunta con un hilo de voz—. ¿Han confirmado…?

—Sí, señor. Cero supervivientes confirmados —repite Burks —. Solo se ha recuperado el cuerpo del cabo Hub; suponemos que los demás han sido arrastrados por la corriente, pero dadas las condiciones del aparato, es imposible que nadie haya sobrevivido.

El coronel se levanta bruscamente de la silla y camina hacia la ventana. El cristal refleja su figura y se le antoja estar viendo a un fantasma parecido a él, pero que acaba de envejecer al menos diez

años en cuestión de un minuto. El coronel apoya las manos en el cristal y cierra los ojos, intentando mantenerse sereno.

—Coronel —dice Burks con suavidad—, sé que este no es el momento, pero hay decisiones urgentes que requieren su atención.

Henry no responde. Su mente solo reproduce imágenes de Alexis cuando era pequeña, imágenes junto a Andrew, su hijo fallecido. Los ve a los dos juntos por todas partes y después a ella sola hace menos de un día, sentada frente a él mientras escuchaba cómo su padre le decía que debía subirse a un helicóptero que la iba a mandar directa a la muerte.

—La plaza asignada a su hija en el Athenas —continúa Burks —. Tenemos una lista de espera de personal esencial, sé que es complicado, pero…

—Cállese —ordena Henry sin girarse.

Burks se queda inmóvil, pero no se marcha. El coronel sabe que el teniente tiene razón, que hay decisiones que no pueden esperar, pero en este momento le resulta imposible pensar en protocolos y listas de evacuación cuando acaba de perder a su hija.

Un golpe suave en la puerta los interrumpe y Helen asoma la cabeza con expresión preocupada.

—Coronel, lamento molestarlo, pero el general Morrison está al teléfono. Dice que es urgente.

Henry se gira muy despacio. Su rostro ha recuperado parte de la compostura que debe mantener un militar de su rango, aunque sus ojos siguen reflejando el dolor que siente.

—Dígale que me dé cinco minutos —responde cortante.

Helen asiente y cierra la puerta. Henry camina hasta su mesa y coge la fotografía enmarcada donde aparecen Alexis y Andrew de

pequeños. Sus dedos trazan el contorno del rostro de Alexis mientras siente que algo se rompe por completo dentro de él.

—Era lo único que me quedaba —dice en voz baja.

Burks permanece en silencio, consciente de que no hay palabras que puedan aliviar el dolor del coronel. Ha visto a muchos militares perder a compañeros en combate, pero esto es diferente. Es personal, íntimo, devastador de una manera que trasciende el deber.

—Señor —dice Burks al cabo de unos minutos—, ¿qué quiere que haga con la plaza?

Henry vuelve a dejar la fotografía en su lugar y se endereza. Su responsabilidad militar se impone sobre el dolor, porque eso es lo único que puede hacer ahora. Seguir adelante, cumplir con su deber y asegurarse de que otras familias tengan la oportunidad que él ya no puede dar a la suya.

—Asigne la plaza de mi hija a otra persona —dice con voz ronca.

—¿Está seguro, señor?

—Sí. Alexis ya no la necesita —responde, aunque las palabras le saben como si tuviera ceniza en la boca.

Burks anota algo en su *tablet* y se dirige hacia la puerta, pero se detiene antes de salir.

—Coronel, si necesita tiempo para…

—No necesito tiempo, teniente. Necesito que esta operación de evacuación se complete sin más víctimas —lo interrumpe Henry—. Se lo debo a Alexis.

Cuando Burks se marcha, Henry se queda solo en su despacho. La lluvia continúa golpeando los cristales con fuerza y, a lo lejos, puede escuchar el rugido de los motores de los barcos preparándose para zarpar. Se sienta de nuevo en su silla y abre el cajón inferior de

su mesa, donde guarda una botella de whisky que siempre reserva para ocasiones especiales. Esta no lo es, pero lo necesita.

Se sirve un vaso y lo apura de un trago. El alcohol le quema la garganta, pero no puede quemar el dolor que se ha instalado en su pecho como si lo estuvieran abriendo en canal.

El teléfono suena, arrancándolo de sus pensamientos. Es el general Morrison.

—Henry, acabo de enterarme. Lo siento muchísimo —dice la voz al otro lado de la línea.

—Gracias, señor —responde Henry con voz mecánica.

—Sé que este no es el momento para hablar de trabajo, pero necesito confirmación sobre tu traslado al Poseidón esta tarde. Los documentos que debes entregar son críticos para…

—Allí estaré —lo interrumpe Henry.

—¿Estás seguro? Puedo enviar a otro oficial si necesitas…

—No, señor. Cumpliré con la misión —dice Henry, mirando de nuevo la fotografía de sus hijos—. Es lo único que me queda por hacer.

Hay un silencio incómodo al otro lado de la línea.

—Muy bien. El vuelo está programado en una hora. Después de la entrega, te trasladarás directamente al Athenas.

—Entendido, señor.

—Henry… De verdad que lamento lo de Alexis.

El coronel cierra los ojos.

—Lo sé, señor.

Cuando cuelga el teléfono, Henry se permite un momento más de debilidad, se sirve otro whisky y camina hasta la ventana. Abajo, en el patio de la base, puede ver a los soldados corriendo bajo la

lluvia, cargando suministros y preparándose para lo que todos saben que será el final de Miami tal como la conocen. En unas horas, esta ciudad será solo un recuerdo sumergido bajo metros de agua.

El cuerpo de su hija está ahí fuera, en algún lugar de esa ciudad que se hunde, y él nunca podrá recuperarla. Nunca podrá pedirle perdón por todas las veces que antepuso el trabajo a la familia, a ella, y nunca podrá decirle que la quería más que a su propia vida.

Un nuevo golpe en la puerta lo saca de sus pensamientos. Es Helen otra vez.

—Coronel, el capitán Rivers necesita hablar con usted sobre las últimas evacuaciones.

—Que pase —dice Henry, volviendo a su mesa, sintiendo que está agotado.

Rivers entra con un mapa bajo el brazo y lo extiende sobre la mesa. Está marcado con zonas rojas, amarillas y verdes que indican el estado de las operaciones de rescate.

—Señor, hemos perdido contacto con tres convoyes más. El nivel del agua está subiendo más rápido de lo previsto y muchas de nuestras rutas planificadas ya no son viables.

Henry estudia el mapa con expresión cansada, forzándose a concentrarse en los problemas logísticos en lugar de en su pérdida personal.

—¿Cuántas personas quedan en las zonas rojas? —pregunta el coronel.

—Aproximadamente diez mil, señor, pero es imposible llegar hasta ellas con los medios que tenemos disponibles —responde el capitán.

—¿Y en las amarillas?

—Unas cinco mil. Podríamos conseguir evacuar a la mitad si utilizamos todos nuestros helicópteros restantes.

Henry asiente mientras calcula números y probabilidades. Diez mil personas condenadas. Cinco mil con una oportunidad del cincuenta por ciento. Su hija habría insistido en que encontrara una manera de salvar a más gente. Siempre fue más compasiva que él, más humana.

—Redirija todos los helicópteros disponibles a las zonas amarillas —ordena el coronel—. Priorice a las familias con niños pequeños.

—¿Y las zonas rojas, señor? —el capitán conoce la respuesta, pero necesita escucharla de su superior.

Henry mira el mapa durante un momento. Esas zonas rojas representan miles de vidas que no podrán salvar, miles de familias que se enfrentarán a lo mismo que él está viviendo ahora.

—Transmita un mensaje de radio con las coordenadas de los edificios más altos en cada zona. Es lo único que podemos hacer por ellos —dice y suspira profundamente, intentando aliviar su culpa.

Rivers asiente y comienza a recoger el mapa.

—Señor —dice vacilante—, quería expresarle mis condolencias por la pérdida de su hija, acabo de enterarme.

—Gracias, capitán.

Cuando Rivers se marcha, Henry se queda solo de nuevo. Se sirve un último trago y brinda en silencio por la memoria de su hija, por todos los supervivientes que lograrán escapar de la ciudad, y por los miles que no lo conseguirán. Esta tarde estará en el Poseidón, cumpliendo con su última misión en Miami. Después se dirigirá al Athenas, donde ocupará su plaza en un barco que ya no llevará a su hija.

El coronel estrella el vaso vacío contra la pared.

CAPÍTULO 14

Apenas han avanzado veinte minutos más cuando Carrie vuelve a detenerse. Hace rato que el nivel del agua ha descendido un poco, pero la corriente ha aumentado y ahora puede ver el motivo.

—Mierda —masculla, notando cómo el cuerpo de Alexis se pega a su espalda, mirando por encima de su hombro.

Lo que ven las deja mudas. La calle por la que deberían cruzar para continuar hacia el puerto se ha convertido en un río desbocado por el que Carrie puede imaginarse haciendo *rafting*. El agua no solo cubre los coches en esa zona, sino que arrastra escombros, muebles y todo tipo de objetos en una corriente que parece imparable.

—Joder —sigue maldiciendo—. Con esto no contaba.

—Espero que no digas que podemos pasar por ahí —murmura Alexis con voz trémula.

La hija del coronel se siente agotada, la tensión que está soportando le tiene todos los músculos engarrotados y hace que sienta confusión a todas horas cuando intenta no pensar en lo que tiene alrededor. Nunca ha estado de acuerdo con sus privilegios a la hora de obtener una plaza en el barco, pero jamás ha deseado tanto llegar al puerto y atravesar la plataforma que la aleje de una vez por todas de esta masa de agua.

—No, claro que no —dice Carrie, apartándose un mechón de pelo mojado de la cara.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Alexis.

—No lo sé, no se me ocurre por dónde rodear eso, y volver hacia atrás solo nos aleja de nuestro objetivo.

Alexis mira en todas direcciones mientras Carrie sigue pensando. Se fija en los pocos portales que hay abiertos y sus ojos se centran en las escaleras que puede ver en el que tienen a su derecha, a tan solo un par de metros.

—¿Podemos entrar ahí mientras pensamos? Así descansamos unos minutos, me tiemblan las piernas —propone Alexis.

Carrie asiente sin prestar mucha atención, su mente está centrada en encontrar la manera de seguir adelante sin tener que cruzar ese río de escombros. Alexis la coge de la mano y tira de ella hacia el edificio. Cuando acceden al portal y, debido a la diferencia de altura entre el suelo del edificio y la calle, el agua apenas les llega por encima de las rodillas y está en calma como si fuera una piscina. Carrie suspira aliviada, pensando que ojalá todo fuese igual en el exterior, mientras Alexis sube varios escalones hasta la zona seca y se sienta, estirando las piernas al mismo tiempo que se mira las palmas de las manos, arrugadas como pasas por la humedad.

—¿No quieres sentarte? —pregunta Alexis, pero Carrie no contesta porque su mirada está fijada en la puerta que hay al lado del hueco de la escalera—. ¿Qué pasa?

—Es una puerta de mantenimiento —responde Carrie, agarrando el pomo para abrirla con una emoción que Alexis no comprende.

La puerta está cerrada con llave y ella blasfema mientras busca la navaja en su bolsillo. Alexis se levanta y, para su disgusto, baja los

escalones hundiéndose hasta las rodillas en el agua de nuevo.

—¿Qué haces?

—Abrirla —responde Carrie mientras fuerza la cerradura.

—¿Para qué? Solo es una puerta de mantenimiento, ¿qué esperas encontrar ahí? —pregunta Alexis, observando la expresión concentrada de Carrie.

—Con suerte, túneles de servicio —responde Carrie, dedicándole una mirada rápida.

—¿Túneles de servicio? —repite Alexis, frunciendo el ceño.

Carrie sonríe y la mira otro momento.

—Estos edificios antiguos del centro tienen túneles para mantenimiento, cables eléctricos, tuberías, ese tipo de cosas.

—Vale, pero estarán inundados —dice Alexis.

—No todos lo estarán, y si lo están, será parcialmente —explica Carrie, aunque no está del todo segura de lo que dice—. Los túneles de servicio suelen estar en niveles superiores a los de las alcantarillas principales. Además, muchos tienen sistemas de drenaje independientes.

—¿Y si se inundan? —insiste Alexis.

—Pues nos ahogamos —responde Carrie sin pensar, cansada de tantas preguntas.

Alexis deja de hablar y palidece.

—Joder, perdona —se disculpa Carrie—. Solo quiero echar un vistazo, ¿vale?

Carrie sigue manipulando la cerradura hasta que cede y la puerta se abre.

—¡Ja! —grita con satisfacción.

Una corriente de aire húmedo las abofetea en cuanto abre la puerta del todo. Tal y como había intuido, al otro lado se extiende un pasillo que va en ambas direcciones. Está parcialmente inundado al mismo nivel que el edificio, y Carrie está segura de que el agua subirá o bajará en función de la elevación del terreno según se muevan, pero ahí no hay corrientes y, si logra orientarse, podrían avanzar y salir en algún punto al otro lado de ese río de escombros.

—Qué fuerte —dice Alexis, asomando la cabeza—. ¿Cómo sabías todo esto?

—Ser hija de un ladrón tiene sus ventajas. Conozco cada jodido rincón que sirva como escondite o ruta de escape en esta ciudad —contesta Carrie, sacando su linterna para enfocar los pasillos.

Alexis observa su perfil concentrado mientras piensa en lo diferentes que han sido sus vidas. Carrie es hija de un delincuente y no quiere ni imaginarse las cosas que habrá visto o tenido que hacer. Y ella es hija de un militar, con una vida cómoda y fácil, pero ahora las dos están aquí, unidas por intereses propios y egoístas, pero juntas al fin y al cabo, y no siente que sean tan diferentes.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Te atreves a ir por aquí? —pregunta Carrie, girándose hacia ella mientras enfoca el suelo entre ambas con la linterna.

Alexis piensa en la furia con la que avanzaba el agua ahí fuera y asiente, aunque no es eso lo que la lleva a tomar la decisión, sino Carrie. Hasta ahora, no ha tomado ninguna decisión que las haya puesto en peligro más de lo que las puede poner el propio entorno, y ha ayudado a Alexis siempre, así que si Carrie cree que avanzar por esos túneles que probablemente están llenos de ratas es lo más seguro, Alexis la seguirá.

—¿Necesitas que te coja la mano aquí también? —pregunta Carrie con un tono que roza la burla.

El suave empujón de Alexis le da la respuesta para que comience a caminar entre esas paredes llenas de tuberías y cables eléctricos.

—¿Cómo sabes que es hacia este lado? —pregunta Alexis cuando Carrie se decide por la izquierda.

—No lo sé, pero es el que va hacia el este, y el puerto está hacia ahí —responde Carrie, encogiendo los hombros.

Caminan en silencio durante varios minutos. Carrie va delante enfocando con la linterna. Alexis detrás, a veces poniéndole una mano en el hombro cuando el agua cubre un poco más o cuando se escuchan sonidos a su alrededor que no puede identificar y la hacen contener el aliento.

—¿Estos túneles recorren toda la ciudad? —pregunta Alexis, intentando llenar el silencio con sus voces.

—No tengo ni idea, pero si nos acercan un poco al puerto, estaría bien —responde Carrie.

De repente, Carrie no toca suelo cuando da el siguiente paso, pierde el equilibrio y cae hacia delante, hundiéndose como una piedra y llevándose la linterna con ella. Alexis suelta un grito ahogado y chapotea con las manos a su alrededor tratando de localizarla, pero sus pies no se mueven, como si se hubieran convertido en hormigón.

—¡Carrie! —grita tan fuerte que el eco de su voz rebota por las paredes con un sonido siniestro.

Carrie emerge medio metro por delante de ella con la linterna en una mano, apartándose el pelo de la cara con la otra para después

pasarse los dedos por los ojos. Cuando se pone de pie, el agua le cubre por debajo de los hombros.

—¿Estás bien? —pregunta Alexis.

—Sí, pero has de tener cuidado ahí, hay escalones, al menos un par. Joder, suerte que sigue funcionando —dice mientras mira la linterna, sorprendida.

Alexis se queda quieta, mirando el agua frente a ella como si esta pudiera hablarle.

—Vamos, no pasa nada, solo son un par de palmos más de agua, no va a cubrirte —dice Carrie, ofreciéndole la mano.

Alexis se la coge y se deja ir hacia delante en lugar de buscar los escalones con el pie, lo que provoca que Carrie la rodee por la cintura con un brazo para ayudarla a estabilizarse y ponerse de pie.

—¿Es esta tu manera de pedirme que te bese? —pregunta Carrie, muy cerca de sus labios.

Para Alexis sería muy fácil inclinar un poco la cabeza y atrapar esos labios húmedos que le parecen tentadores, pero su prioridad ahora mismo es salir de esos túneles.

—No seas engreída —dice, dándole un suave empujón que hace sonreír a Carrie.

Continúan caminando varios minutos sin más sobresaltos. Cuando llegan a una bifurcación, ninguna de las dos tiene muy claro en qué dirección está el este, pero están de acuerdo en continuar por la izquierda. Es poco después cuando escuchan voces.

—¿Has oído eso? —pregunta Alexis en voz baja.

Carrie asiente con un movimiento de cabeza, ralentizando el paso mientras avanzan y se acercan al origen del sonido. Al doblar la

esquina, ven luz artificial, mucho más potente que la de su linterna, procedente de una cámara más amplia en el sistema de túneles.

—¿Quién anda ahí? —pregunta una voz de hombre.

Alexis y Carrie se miran entre ellas como si se leyeran el pensamiento. Volver ya no es una opción, así que salen de la oscuridad con las manos levantadas.

—No vamos armadas —dice Carrie.

El hombre sí que va armado, está apuntándolas con una pistola mientras se acercan.

—Es de perdigones —susurra Alexis a su lado.

Carrie la mira de reojo, definitivamente fue una buena decisión asociarse con la chica de labios carnosos y patadas voladoras. Se fija en el hombre, pero sabiendo que no es tan peligroso, observa a quienes están detrás. Una mujer, dos niños y un anciano. El tipo baja la pistola al comprobar que de verdad no van armadas y están solas. Carrie contiene una risita, pensando en lo estúpido que es al subestimar a Alexis.

—Me llamo Alexis —dice la hija del coronel con amabilidad—. Y ella es Carrie.

El hombre duda un momento, pero deja de bloquear el paso con su cuerpo.

—Yo soy Carlos. Ellos son mi mujer, mis hijos y mi padre.

La mujer y el padre saludan levantando una mano. Todos están sentados sobre una zona elevada de hormigón que sobresale por encima del nivel cubierto por el agua.

—¿Estáis viviendo aquí? —pregunta Carrie al ver que tienen una manta extendida, una luz de camping y varias mochilas.

—Solo temporalmente —dice el hombre—. Es más seguro moverse por aquí que estar arriba. Pretendo sacar a mi familia de la ciudad.

—¿Conoce los túneles? —pregunta Alexis.

—Trabajaba en ellos, podría moverme con los ojos cerrados y no me perdería.

Carrie lo mira fijamente mientras se pregunta si dice la verdad o solo es un fanfarrón, pero no tiene sentido que meta a su familia en un lugar como este si no está seguro de que puede sacarlos.

—¿Sabe alguna ruta que nos pueda acercar al puerto? —pregunta Carrie.

—Eso depende —responde el hombre.

—¿De qué depende? —pregunta Alexis.

—De lo que podamos pagar por la información —responde Carrie con una mueca.

Alexis suspira y abre la mochila de Carrie cuando esta se gira, sacando el frasco de pastillas que todavía conservan.

—Somníferos —dice Carrie—. Es lo único que podemos ofrecer. Si te sirven, perfecto. De lo contrario, seguiremos nuestro instinto. Por ahora, no nos ha ido mal —asegura haciendo sonar el bote como si fueran unas maracas.

—Me sirven —dice Carlos, extendiendo la mano.

—Primero la información —pide Alexis, sorprendiendo a Carrie.

—Solo tenéis que seguir por este pasillo durante unos diez minutos más y elegir el de la izquierda cuando encontréis la siguiente bifurcación. Una vez allí, no tardaréis en encontrar una salida a vuestra izquierda. Os dejará en un edificio a unas tres manzanas del puerto. Es lo más cerca que podéis llegar por aquí —

explica mientras asiente—. Más adelante, el nivel del suelo desciende, así que la zona estará inundada.

Carrie le lanza el bote de pastillas.

—Gracias —dice Alexis.

—No me las deis. La zona del puerto estará plagada de gente intentando conseguir plazas en los barcos, no será agradable pasar por allí.

—Ya —murmura Carrie—. En fin, suerte —dice despidiéndose con la mano.

—Igualmente —responde Carlos.

Alexis y Carrie siguen por el túnel dejando atrás a la familia. El silencio se instala entre ellas y los ruidos de las ratas y otros sonidos difíciles de identificar, hacen que Alexis busque la mano de Carrie a pesar de que el nivel del agua no le llega al cuello.

Piensa en su padre y en si el hombre ya se habrá enterado de que su helicóptero ha caído. Alexis siente que el estómago se le hunde al pensar en la preocupación que podrá sentir por ella, aunque ni por asomo se le pasa por la cabeza la idea de que él piense que ella está muerta. En cualquier caso, no le da muchas vueltas; en cuanto lleguen al Athenas y logren embarcar, podrá verlo y toda esta pesadilla será solo un mal recuerdo para ambos.

—¿Estás bien? —pregunta Carrie en un susurro.

—Sí, solo quiero salir de aquí cuanto antes —contesta Alexis.

—Tranquila, si Carlos no ha mentido, ya queda poco —responde, apretándole la mano.

CAPÍTULO 15

La radio de Jade emite un ruido que hace que parezca que el aparato quiere explotar. Ella la golpea un par de veces con una mano mientras la sujeta con la otra. Es la tercera vez que emite ese sonido y la sargento sabe que alguien está hablando, pero no consigue que funcione. Ella y la doctora están refugiadas en el portal de un edificio desde hace quince minutos, mientras esperan a que un grupo de saqueadores especialmente agresivos que se está moviendo por la zona, al fin pase de largo y sea seguro continuar.

—Tenga —dice la doctora, dándole la mitad de una barrita de galleta de chocolate que acaba de abrir.

—¿Cuántas tiene como esta, señora? —pregunta Jade, sin ser consciente del hambre que tenía hasta que ha visto la galleta.

—Quedan dos o tres, ¿quiere otra? —pregunta Isabella.

—No, es mejor reservarlas, por si acaso —responde, metiéndose todo el dulce en la boca para seguir golpeando la radio.

—Lo sé —dice Isabella, sintiéndose culpable—, pero cuando me estreso tengo la sensación de que me fallan las fuerzas, de que me mareo —aclara cuando Jade la mira—. En realidad, no es así, solo es algo psicológico…

—Pero se siente mejor si come algo dulce que le inyecte azúcar en la sangre —completa Jade.

—Sí —susurra, con un color sonrosado inundando sus mejillas.

Jade la observa durante más tiempo del que debería antes de volver a pelearse con la radio.

—No se preocupe, pero dígamelo cuando se sienta así.

La sargento le da una palmada fuerte a la base del aparato y resopla frustrada.

—Mierda de cacharro —dice, mirándolo desde todos los ángulos, como si le fueran a salir alas.

—A lo mejor se ha mojado…

Isabella se interrumpe cuando la radio comienza a funcionar de repente.

—A todas las unidades, mensaje de emergencia para todo el personal de evacuación…

Jade se queda inmóvil sosteniendo la radio frente a ella, temiendo moverse un milímetro y que ésta deje de funcionar de nuevo.

—Por orden del mando conjunto de evacuación, todos los barcos adelantan su horario de partida. Repito, todos los barcos adelantan su horario de partida debido a condiciones meteorológicas extremas.

Isabella siente que su estómago se hunde como si lo tuviera lleno de piedras. Por la radio comienzan a recitar los horarios de partida de varios barcos y ellas se miran fijamente mientras esperan hasta escuchar el nombre del suyo.

—El barco hospital Mercy zarpará a las 19:00 horas. Todo el personal médico debe presentarse inmediatamente en el puerto para embarque prioritario.

Jade mira su reloj. Son las 17:30 horas.

—Mierda —masculla, apagando la radio.

La vuelve a guardar en la funda de plástico y la mete en su mochila.

—No podemos permitirnos más paradas.

—¿Cuánto nos falta? —pregunta Isabella, aunque intuye que la respuesta solo va a estresarla.

—A este ritmo, al menos una hora —responde Jade—. Y eso suponiendo que no tengamos ningún contratiempo.

La doctora asoma la cabeza por el portal. Los saqueadores siguen por la zona registrando camiones y tiendas. Son seis hombres, pero van todos armados y no parecen tener prisa por irse a ningún sitio.

—Supongo que no podemos esperar a que se marchen —murmura la doctora.

—No —asegura Jade, rotunda—. O buscamos otra ruta o nos abrimos paso a la fuerza.

Isabella la mira, horrorizada.

—No vamos a matar a nadie para llegar a un barco —escupe como si ella estuviera al mando.

Jade se muerde el labio mientras le clava la mirada.

—Con el debido respeto, doctora, a esos tipos no les temblará el pulso si tienen que dispararnos —dice Jade.

Isabella tiembla con un escalofrío repentino, pero se niega a un enfrentamiento si puede evitarlo.

—Busque otra ruta, por favor.

La sargento saca el mapa que les dio la familia del edificio y lo estudia lo más rápido que puede, señalando una ruta alternativa que evita pasar por el lado de ese grupo, pero que añade varios minutos a su trayecto.

—Podemos ir por aquí, pero nos llevará por la zona comercial, donde el agua estará más alta —comenta Jade.

—¿Cómo de alta? —pregunta la doctora con el rostro contraído.

—Lo suficiente como para que probablemente haya que nadar en algunos tramos —calcula la sargento.

Isabella traga saliva. Nadar no es su deporte favorito, pero lo prefiere antes que cruzarse con esa gente.

—De acuerdo, vayamos por ahí entonces.

—Muy bien —dice Jade, volviendo a guardar el mapa.

Salen del portal en dirección opuesta al grupo y avanzan por la ruta alternativa. Veinte minutos después, comprueban que Jade tenía razón: el agua en esa zona es bastante más profunda que donde estaban. A Isabella le llega hasta el cuello y tiene que hacer un esfuerzo constante para mantenerse a flote, mientras que Jade, algo más alta que la doctora, sigue tocando el suelo con facilidad.

—Agárrese a mí si lo necesita —le ofrece la sargento.

—Estoy bien —responde, aunque su respiración jadeante no dice lo mismo.

Jade no dice nada y siguen avanzando mientras la sargento observa todo lo que tiene a su alrededor. La gente se mueve por el agua igual que ellas hacia todo tipo de direcciones: algunos sin nada, otros con mochilas, otros arrastran cajas de plástico atadas con cuerdas con sus cosas, mientras que otros las utilizan como balsa para llevar a sus hijos más pequeños.

En los edificios, hay mucha gente asomada a las ventanas que simplemente observa lo que sucede en las calles sumergidas, pero en otras ventanas hay gente con cuerdas que desliza cubos hacia el agua. Jade observa que en la base donde aterrizan esos cubos, hay

un par de tipos sentados en el alféizar de una ventana. Están armados y sobre ellos hay un cartel colgado en la pared que pone medicinas. Jade parpadea, sorprendida.

—Joder —murmura mientras siguen avanzando.

La doctora sigue la dirección de su mirada y también observa la escena.

—¿Qué se supone que hacen? —pregunta.

—No estoy segura, pero creo que tienen medicinas y las intercambian por otras cosas. Esos tipos seguramente revisan lo que les ofrezcan y, si les interesa, lo meten en los cubos y los que están arriba lo suben, después los bajan con las medicinas de intercambio que consideren acordes a lo que han recibido —explica la sargento —. Había escuchado hablar de bandas organizadas que se habían hecho con el control de ciertas torres y vendían plazas en los pisos más elevados, pero no sabía que estaban tan organizados —dice asombrada.

Ven situaciones parecidas en muchos edificios. Apenas hay movimiento ni intercambios todavía, pero Jade está segura de que, conforme la situación se complique y los días pasen dejando a la gente sin nada, en lugares como esos se formarán colas de gente con balsas improvisadas mientras estos tipos desplazan su negocio a ventanas superiores conforme el nivel del agua vaya subiendo. Lo que la sargento se pregunta es qué pasará cuando a ellos también se les acaben los suministros para los intercambios.

—Economía del trueque —dice Isabella—. La civilización tiene que adaptarse.

—La gente es muy creativa cuando tiene que sobrevivir —responde Jade—, y también muy despiadada. No se detenga —dice,

poniéndole una mano en la espalda, justo por debajo de la mochila.

La corriente se vuelve más fuerte un poco más adelante y tanto la una como la otra tienen que esforzarse para mantener el rumbo. Isabella se siente cada vez más agotada, su respiración es más pesada y sus movimientos más lentos.

—¿Necesita que paremos? —pregunta la sargento.

—No podemos parar, estoy bien —responde ella, aunque es evidente que miente.

—Ya lo veo —dice Jade, acercándose a ella.

—¿Qué hace? —pregunta Isabella cuando Jade pasa un brazo por debajo de su mochila, agarrándola por la cintura con fuerza.

—Ayudarla, y no es negociable —responde sin dejar de avanzar.

Isabella no protesta. La sujeción de Jade le proporciona estabilidad y le permite respirar mejor y sentirse menos agotada, pero también la hace ser muy consciente de la proximidad de la sargento y, sobre todo, del calor de su cuerpo a pesar de lo fría que está el agua.

—Gracias —murmura en voz baja.

—Es mi trabajo, señora —responde Jade, aunque su tono es demasiado suave como para sonar profesional como ella pretende.

Continúan avanzando en la misma posición, prácticamente abrazadas mientras se mueven por la ciudad inundada. Isabella se descubre a sí misma mirando el perfil de Jade en más de una ocasión, la línea de su mandíbula, la expresión concentrada de su mirada mientras lo observa todo a su alrededor y la manera en que sus labios húmedos se abren ligeramente sin que se dé cuenta, la tienen hipnotizada.

—¿En qué piensa? —pregunta la sargento al percibir que la doctora no deja de mirarla.

Isabella se pone rígida un momento y carraspea.

—En lo surreal que es todo esto —miente, aunque tampoco le cuesta mucho centrarse en lo que dice—. Ayer estaba en una sala de operaciones salvando vidas y ahora estoy casi flotando por las calles de Miami, siendo salvada por una sargento.

—¿Se arrepiente? —pregunta Jade—. De haber aceptado ir al barco, quiero decir —aclara.

Isabella se toma unos segundos para pensar bien la respuesta mientras mira los edificios.

—Creo que todavía no lo sé con seguridad —responde con sinceridad—. Una parte de mí se siente mal por no haberse quedado para ayudar a toda la gente que se queda atrás, pero la otra se alegra de tener una oportunidad. Y mi lado más egoísta piensa que tampoco podré ayudar a nadie si estoy muerta.

La sargento asiente, sujetándola con más fuerza de manera inconsciente.

—Podrá ayudar a mucha gente en ese barco, señora —dice Jade —. Y después, cuando todo esto termine, puede ayudar a reconstruirlo todo. Ese es uno de los motivos principales para salvar a los profesionales médicos.

—¿Y usted? ¿Se arrepiente de ser soldado? —pregunta Isabella.

—A veces —responde mientras observa las ventanas de los edificios, donde puede ver a niños en muchas de ellas.

Isabella la mira esperando que extienda su explicación, pero Jade está mirando la intersección que tienen delante. Si siguen por

la ruta más directa, el agua es más profunda, y si se desvían, perderán demasiado tiempo.

—¿Qué pasa? —pregunta la doctora.

La sargento se lo explica.

—Haremos lo que usted quiera, señora —dice Jade.

—Seguimos —dice Isabella—. Si llegamos tarde al barco, todo esto habrá sido inútil.

—Muy bien, deje que yo la lleve —ordena la sargento.

Entran en la zona más profunda. Ahí, a Isabella no le queda más remedio que flotar porque sus pies no tocan el suelo. Jade la guía con un brazo alrededor de ella. Isabella se ha quitado la mochila y la lleva abrazada sobre el pecho. Su cabeza va rozando el hombro y la barbilla de Jade, mientras que ella nota el brazo de la sargento sujetándola con firmeza por debajo de sus pechos. Isabella intenta pensar en otra cosa, pero no puede hacerlo, su mente solo es consciente de ese brazo fuerte y de la proximidad del cuerpo de Jade junto al suyo.

—¿Qué tal va? —pregunta la sargento cuando nota que Isabella coloca una de sus manos sobre la que Jade tiene sobre su cuerpo.

—Bien, es solo que la sensación de no tocar el suelo y no tener el control me pone nerviosa —responde la doctora.

—No se preocupe, no voy a soltarla —asegura la sargento.

Isabella no responde, de eso está segura. De algún modo que no puede comprender, sabe que Jade no va a abandonarla bajo ninguna circunstancia, tenga órdenes para ello o no.

—Creo que aquí ya tocará el suelo —dice Jade al cabo de un rato.

Sujeta con más fuerza a la doctora contra ella mientras ésta baja las piernas buscando el asfalto. Cuando Isabella logra enderezarse y ponerse de pie, se queda frente a Jade a una distancia tan corta, que la respiración de la sargento le acaricia la nariz y le movería el pelo del flequillo si no lo tuviera apelmazado por el agua.

—Gracias —dice aturdida, dando un paso atrás mientras la sargento la mira fijamente.

Jade necesita unos segundos de más para reaccionar.

—De nada. Sigamos. Tenemos media hora para llegar al puerto —dice la sargento, tratando de que ese deseo repentino que ha sentido de besar a la doctora, desaparezca de su mente.

Isabella traga saliva y se pone una mano sobre los ojos a modo de visera. A lo lejos, puede divisar la silueta del puerto y las luces de algunos barcos. Si no pasa nada, deberían llegar a tiempo.

CAPÍTULO 16

—Joder, qué bien sienta estar al aire libre otra vez —dice Carrie, respirando profundamente en cuanto salen de los túneles por el acceso que Carlos les ha indicado.

Alexis asiente. El agua en esa zona les llega por la cintura y no se mueve con tanta ferocidad como antes; además, no se sentía nada cómoda moviéndose por la oscuridad de los túneles mientras escuchaba a las ratas pasando cerca de ellas.

El sonido de unas voces que a Alexis claramente le suenan a órdenes militares les hace girar la cabeza en la misma dirección. Al fondo, a menos de dos manzanas, pueden distinguir el puerto, pero antes hay unas estructuras custodiadas por militares que parecen controlar el paso.

—¿Son puntos de control? —pregunta Carrie entornando la mirada.

—Eso parece —responde Alexis, sintiendo un cosquilleo repentino en la boca del estómago.

En el fondo, una parte de ella pensaba que no iban a lograrlo, pero están ahí, viendo el puerto, y en cuestión de horas, debería poder abrazar a su padre.

—¿No hay demasiado desorden para ser un punto controlado por militares? —opina Carrie mientras comienza a avanzar con

cautela, cerca de las paredes de los edificios.

Alexis fija la mirada y empieza a observar cada detalle de lo que hay frente a ellas. Conforme se acercan, lo puede distinguir todo mejor. El control de acceso está montado sobre plataformas metálicas elevadas que sobresalen del agua, conectadas entre ellas por varias pasarelas por las que los militares se mueven de un lado a otro, pero no con la disciplina y organización a la que Alexis está acostumbrada.

—Todo esto es muy raro —murmura mientras se siguen acercando.

Entonces pueden leer lo que pone en los carteles que veían desde lejos. Comida enlatada, radios, baterías, medicinas…

—¿Qué mierda…? —murmura Alexis, intentando comprender.

Las cejas de Carrie se levantan y tuerce una sonrisa divertida.

—Vaya, tus amiguitos soldados están haciendo trueques por su cuenta. Me pregunto si sus superiores lo saben.

—Son soldados sin plaza —contesta Alexis, comprendiendo la situación por fin—. No tienen barco ni un sitio seguro al que ir cuando todos zarpen. No tienen futuro, así que están aprovechando su material para buscarse la vida.

Un sargento con el uniforme empapado se acerca a ellas desde una de las plataformas.

—¡Eh, vosotras! —grita por encima del ruido—. No podéis merodear por aquí, si tenéis algo útil, poneos a la cola, si no, dad la vuelta.

Alexis está perpleja.

—Me llamo Alexis Turner, soy hija del coronel Henry Turner —explica, enderezándose como si también fuera soldado y estuviera a

punto de cuadrarse frente a su padre.

El sargento la mira con expresión burlona.

—¿La hija del coronel Turner? —pregunta con una risotada—. Claro, ¿y ella quién es? ¿La hija del presidente? —añade mirando a Carrie—. Mira, guapa, aquí los cuentos no sirven. Si no tienes nada útil, te largas. No me hagas perder tiempo.

—Imbécil —murmura Alexis en voz baja.

Carrie no interviene, está demasiado divertida con la escena.

—¿Qué has dicho? —pregunta el sargento.

—Tengo identificación —responde Alexis, rebuscando en su mochila mientras Carrie la sujeta.

—¿En serio? Déjame ver —dice el hombre.

Alexis por fin da con la tarjeta. Se acerca un poco para que el sargento pueda verla desde la plataforma, pero no se la entrega.

—Es muy bonita, pero ya no sirve. A dos manzanas de aquí puedes conseguirlas por cien dólares o algunas cajas de cigarrillos —dice con desdén.

Carrie lo mira, boquiabierta.

—¿Entonces? —pregunta Alexis.

—Si realmente eres quien dices ser, necesitarás una verificación oficial y tendrás que utilizar el terminal —el sargento señala hacia otra de las plataformas, donde hay un equipo informático protegido bajo una carpa.

Alexis y Carrie dejan al sargento atrás y se mueven hasta que llegan a una escalera metálica que permite el acceso a la plataforma. Por fin salen del agua por completo y caminan hacia la carpa, donde un cabo joven con expresión aburrida que mastica chicle está

sentado frente a un ordenador militar portátil conectado a una antena.

—Necesito verificar mi identidad —dice Alexis, deteniéndose frente a él mientras Carrie desvía la mirada hacia los barcos que puede ver desde esa parte del muelle.

Lo que ve no le gusta mucho, todavía hay más puestos de control, supone que son los puestos de acceso directos hacia cada barco, con lo cual seguramente tendrán que perder más tiempo.

—Diez dólares por consulta —suelta el cabo sin levantar la vista.

—¿Perdón? —dice Alexis.

Carrie mira al chico, sorprendida.

—Ya me ha oído, diez dólares.

—¿Por pedirle que haga su trabajo? —se indigna Alexis.

—El combustible del generador no es gratis —responde el cabo, encogiéndose de hombros—. Pagáis o buscáis otro sitio para verificar vuestra identidad, a mí me da igual.

Alexis da un paso hacia él, dispuesta a protestar de nuevo, pero Carrie la detiene cogiéndola por un brazo y la hace girar hacia ella.

—Paga —dice, mirándola fijamente.

—¿Qué? Es una estafa, si mi padre se entera de esto…

—Tu padre no está aquí, princesa. Y así funcionan las cosas ahora. Si quieres subir al barco, esto es lo que hay, así que empieza a acostumbrarte —Alexis le dedica una mirada sombría y aprieta la mandíbula.

Admira la facilidad que tiene Carrie para adaptarse a las nuevas circunstancias, pero a ella le cuesta aceptar que todo se ha ido a la mierda tan rápido. Aun así, abre la mochila de nuevo y busca entre

el poco dinero que lleva encima para entregarle los diez dólares al cabo.

—Toma —dice, dejándolos caer frente al ordenador.

El chico se incorpora y se guarda el dinero en el bolsillo.

—¿Nombre completo? —pregunta mirándola de soslayo.

—Alexis Margaret Turner.

—¿Margaret? —repite Carrie—. Qué bonito, es mejor que princesa, prefieres que…

—Cállate, Carrie —espeta Alexis con voz atronadora.

—Dios mío, eres muy sexy cuando estás enfadada —sigue Carrie.

Alexis se gira hacia ella sin saber exactamente con qué intención, pero el cabo capta su atención.

—¿Número de identificación militar?

Alexis no debería disponer de ese número porque no es militar, pero lo tiene, cosas de su padre y de su derecho a una plaza. La hija del coronel lo recita de memoria.

—Aquí está, Alexis Margaret Turner —dice el cabo.

El suspiro de alivio de Alexis dura eso, un suspiro.

—Pero hay un problema.

—¿Qué problema? —preguntan las dos al mismo tiempo.

—Según esto, usted está muerta, así que no puedo dejarla pasar.

El estómago de Alexis se hunde como una piedra.

—¿Qué? —pregunta con la voz ahogada.

—Aquí dice que está fallecida, mire —el chico señala la pantalla.

Estado: fallecida. Plaza de evacuación reasignada.

—Lo siento, pero no puedo ayudarla. ¿Su nombre? —le pregunta a Carrie.

A ella no le pide diez dólares, Carrie supone que ha sentido pena por Alexis.

—Yo también estoy muerta —murmura Carrie con ironía, cogiendo a Alexis del brazo para arrastrarla fuera de la plataforma.

—¿Alexis? —pregunta alguien cuando todavía no han bajado.

Carrie y Alexis se giran para ver a un soldado acercarse con expresión alegre. Es mayor que Alexis, unos treinta años, con el pelo oscuro, barba incipiente y ojos verdes. Es guapo, y Carrie siente ganas de empujarlo de la plataforma cuando el chico abraza a Alexis.

—Hola, Marvin —dice Alexis, mirándolo con una sonrisa cuando se separan.

—¿Qué haces aquí? —pregunta él, con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

—Sí, es una historia complicada —responde Alexis.

Él se cruza de brazos y Alexis empieza a relatarle de forma resumida la historia que la ha llevado ahí, a estar en esa plataforma junto a Carrie. Marvin mira a Carrie cuando Alexis pronuncia su nombre y ella —también con los brazos cruzados— levanta una mano ligeramente a modo de saludo.

—¿Dices que apareces como fallecida? —pregunta Marvin, asombrado.

Alexis ni siquiera ha tenido tiempo de analizar ese hecho todavía. ¿Su padre la ha dado por muerta? Siente ganas de vomitar solo de pensarlo. ¿Cómo es posible que lo haya hecho sin ver su cuerpo?

—Sí, y mi plaza ha sido reasignada.

—Mierda —dice Marvin.

—¿Mierda? —repite Carrie—. ¿Eso qué significa?

—Significa que no puede ayudarnos —deduce Alexis, dedicándole una pequeña sonrisa a Marvin.

—Lo siento —dice él, suspirando con pesar—. Si el sistema dice que estás muerta, desde aquí no podemos hacer nada. Sería necesario un proceso de verificación que podría llevar horas y los barcos están zarpando antes de lo previsto.

—¿Y no puedes contactar con mi padre? —pregunta Alexis.

—Ese tipo de comunicaciones no están autorizadas desde hace horas. Nosotros solo recibimos órdenes, pero no podemos contactar con nadie —responde Marvin.

—¿Y eso por qué? No lo entiendo —pregunta Carrie.

—Para no colapsar las comunicaciones. ¿Te haces una idea del montón de intentos desesperados de solicitar una plaza a cambio de lo que sea que hay ahora? Y cuando digo lo que sea, me refiero a cualquier cosa. Las comunicaciones se han blindado precisamente para proteger a los que ya tienen plaza. Imagina lo que pasaría si una banda organizada logra sobornar a un oficial para que le consiga plazas en un barco a cambio de qué sé yo, garantizarle que se harán con el control y lo pondrán al mando. El poder es demasiado tentador.

—Sí, ya lo pillo —dice Carrie.

—Entonces, ¿no hay nada que se pueda hacer? —pregunta Alexis.

Marvin se frota la cara con las dos manos como si la tuviera llena de suciedad antes de volver a mirar a Alexis. Da un par de

pasos más hacia ella, quedándose tan cerca que sus brazos se tocan.

Carrie calcula la fuerza que necesita para empujarlo y que caiga por el borde de la plataforma, pero se controla y también se acerca antes de que Marvin empiece a hablar en voz más baja.

—¿Tenéis algo de valor con lo que negociar? —le susurra a Alexis.

—Define valor —dice Carrie.

—Armas, munición, información… También aceptan conocimientos útiles, no sé, médicos, mecánicos, ingenieros y ese tipo de profesionales —explica Marvin.

—¿Dónde los aceptan? —pregunta Alexis.

—Al final del muelle hay dos soldados que se encargan de custodiar la pasarela de un barco para personal de apoyo y familias de militares de bajo rango. Sé que están dejando pasar gente a cambio de sobornos. Todavía queda sitio, si queréis probar suerte, os puedo dejar pasar—dice Marvin.

—¿Nos das un segundo? —pregunta Carrie, cogiendo a Alexis de un brazo para alejarla de Marvin.

—¿Qué pasa? —pregunta la hija del coronel.

—¿Confías en él?

Alexis lo mira de reojo durante un breve momento.

—Sí. Fue el chófer de mi padre durante mucho tiempo cuando estaba en la base. Muchos domingos lo traía a casa y se quedaba a comer barbacoa con nosotros. Es de fiar. Si dice que hay un barco que tiene plazas, es que lo hay —asegura Alexis.

Carrie mira a Marvin de reojo.

—Vale, ¿tienes alguna información que nos pueda servir para que nos dejen pasar?

—¿Información? —Alexis frunce el ceño.

—Ya lo has escuchado, Margaret —Alexis pone los ojos en blanco cuando Carrie se dirige a ella por su segundo nombre—. Esos tipos no nos dejarán pasar a cambio de una botella de agua. Y suponiendo que acepten dinero, solo tengo unos tres mil pavos, eso solo comprará el pase de una de las dos como mucho. Eres la hija de un coronel, algo sabrás que sea útil para ellos.

Alexis parpadea. Sabe muchas cosas, pero no se le ocurre ninguna que sea útil.

—No sé, Carrie, ahora mismo… —Alexis se aprieta el puente de la nariz.

—Da igual, lo piensas por el camino. Tampoco tenemos más opciones y el tiempo se está acabando —dice Carrie, girándose hacia Marvin—. De acuerdo, déjanos pasar.

Marvin mira a Alexis esperando a que ella le confirme.

—Sí, creo que podremos negociar —dice ella, aunque no tiene ni idea.

—Vale. Seguidme —responde Marvin.

CAPÍTULO 17

Marvin las guía por las pasarelas metálicas que conectan las distintas plataformas del puerto. Alexis va detrás y Carrie cierra el grupo, sintiéndose aturdida por el ruido constante de los motores de los barcos y el murmullo de las voces de los soldados y la gente que suplica o discute por el acceso a una plaza. Toda la organización le parece un jodido caos, pero debe reconocer que es efectiva para mantener a la gente alejada de los barcos.

—Debo volver —dice Marvin, deteniendo el paso—, pero si seguís por esta pasarela, no tiene pérdida. Es el barco que está atracado al fondo. Suerte.

—Gracias, Marvin —dice Alexis.

Carrie le dedica una sonrisa que es más bien una mueca extraña cuando el soldado pasa por su lado. En cuanto lo pierde de vista, acelera el paso y se coloca junto a Alexis.

—¿Te gusta? —pregunta Carrie.

—¿Qué?

—Tu amigo Marvin —aclara Carrie sonando despreocupada, señalando hacia atrás mientras sigue caminando.

Alexis se detiene en seco y la sujeta por el brazo, haciendo que Carrie se gire con brusquedad.

—¿Por qué iba a gustarme? —pregunta molesta—. ¿Es que no te ha quedado claro que me gustan las chicas?

Los labios de Carrie se curvan hacia arriba en una sonrisa que baila entre la satisfacción y la burla.

—Yo lo único que sé es que te gusta besarme y que saliste con una chica, pero también pueden gustarte los chicos —responde Carrie, encogiéndose de hombros.

Alexis quiere cogerla por el cuello y apretar, y también quiere besarla. Dos hechos contradictorios que la tienen trastornada. Carrie vuelve a sonreír, esta vez con sorna, y Alexis necesita unos segundos para comprender que lo hace para molestarla, dándose cuenta también de que Carrie es la primera chica que conoce que la saca de quicio y le gusta al mismo tiempo.

—Para tu información, nunca me han gustado los chicos —anuncia Alexis, reanudando el paso—. Y no me gusta besarte.

—Claro que te gusta —asegura Carrie divertida, siguiéndola de cerca.

Alexis no responde a su provocación.

—Espera, ¿no te gusta? —se preocupa Carrie, pegándose más a ella.

La hija del coronel acelera más el paso, sonriendo para sí, mientras Carrie enumera todos los motivos por los que piensa que sí que le gusta.

—Es aquel —Alexis señala el barco que hay atracado al fondo del muelle improvisado a modo de pasarela.

Carrie se olvida de los besos y observa el barco. Le parece un poco pequeño, pero se ve robusto y funcional, capaz de soportar una tormenta, al menos en apariencia. Hay dos soldados

custodiando el pequeño puente de acceso entre el barco y la pasarela junto a un grupo de tres personas que hablan con ellos.

—Vale, este es el momento de que recuerdes algún tipo de información que pueda servir —dice Carrie mientras ambas se colocan detrás de esas tres personas.

—No se me ocurre nada. Conocía las vías de evacuación, pero ahora habrán cambiado, y tampoco veo qué utilidad pueden tener —dice Alexis.

Carrie frunce el ceño.

—¿Y ya está? ¿Tu padre nunca te ha contado nada sobre todo esto? No sé, esos barcos gigantes donde tú tenías plaza deben ir a algún sitio, ¿no? No estarán a la deriva para siempre —opina Carrie.

—No, claro que no. Se construyeron ciudades flotantes adaptando plataformas petrolíferas, bases navales y laboratorios marinos. Sé que hay varias, muchas de ellas conectadas entre sí por pasarelas, pero no conozco las ubicaciones.

—¿Y si mentimos? Esta gente no tendrá ni idea de hacia dónde dirigirse. Navegarán a la deriva hasta quedarse sin combustible. Podemos dar coordenadas falsas para que nos dejen subir —propone Carrie.

—¿Y después qué, Carrie? Morimos como náufragos cuando nos quedemos sin agua y sin comida —pregunta Alexis suspirando.

—Te morirás tú, yo sé purificar agua, y podemos pescar.

—No voy a mentir —dice Alexis, cruzándose de brazos.

—Vosotras, ¿qué queréis? —escuchan de repente.

Cuando miran al frente, las tres personas que tenían delante han desaparecido y frente a ellas solo quedan los dos soldados.

—¿Queda sitio? —pregunta Carrie.

—Depende, son cinco mil por cabeza. ¿Los tienes? —responde el más joven sin cortarse.

—Tenemos tres mil —dice Alexis, dando un paso adelante—, pero ella sabe cómo purificar agua con técnicas rudimentarias y yo soy hija del coronel Turner. Si nos dejáis subir y lográis que contacte con él por la radio, os aseguro que hará que este barco atraque en un lugar seguro.

Los dos soldados se miran entre ellos y dan un paso atrás mientras murmuran algo. Carrie contiene la respiración.

—¿Por qué has dicho eso? —le pregunta Carrie a Alexis.

—Yo qué sé, es lo primero que se me ha ocurrido. No tenemos nada para negociar y con tres mil dólares ni siquiera llega para una plaza. Ahí dentro deben tener radios que funcionen y esta gente ya no se rige por las órdenes de sus superiores. Si me dejan intentar contactar con mi padre y lo consigo, vendrá a buscarme y…

—Largo de aquí —dice uno de ellos con voz atronadora.

Carrie y Alexis levantan las manos al mismo tiempo cuando los soldados les apuntan con sus armas.

—¿Qué cojones hacéis? —pregunta Carrie, sin entender nada.

—¿Hija del coronel? —dice el otro—. ¿Crees que diciendo eso te vamos a dejar subir? Suponiendo que sea verdad, eres estúpida. Jamás te dejaríamos subir para que contactes con él y le cuentes que hemos estado vendiendo plazas. Lárgate de aquí antes de que dispare y te lance al agua.

—Vamos —dice Carrie, cogiendo a Alexis del brazo para tirar de ella.

Las dos echan a correr por la pasarela hasta que están lo suficientemente lejos como para sentirse a salvo de nuevo.

—Lo siento —dice Alexis jadeando—, no sabía que pasaría esto, pensaba que… Joder, ni siquiera sé qué pensaba.

Carrie la mira y le dedica una sonrisa suave. Alexis está temblando por el susto y ha perdido el color de sus mejillas, normalmente sonrojadas por el frío.

—Es la primera vez que te apuntan con un arma, ¿eh? —murmura Carrie en tono cálido.

—¿A ti no? —pregunta Alexis, consternada.

La sonrisa torcida de Carrie hace que su pulso se acelere.

—Es lo que tiene ser hija de un delincuente, pero si te sirve, casi me mee en los pantalones la primera vez que pasó —admite, encogiéndose de hombros—. Vamos, salgamos de aquí, buscaremos otro barco al que subir —dice señalando la pasarela para continuar.

—Espera, Carrie —dice Alexis.

—¿Qué pasa?

—No me necesitas.

Carrie ladea la cabeza hacia un lado, igual que un perro cuando no comprende o escucha un sonido que no puede identificar.

—¿Qué quieres decir? —trata de comprender Carrie, descolocada.

—Que ya no soy útil para ti. Lo único que yo podía aportar a esta sociedad nuestra era mi plaza en el barco, pero ya no la tengo —reconoce Alexis—. No me necesitas, tienes algo de dinero, probablemente suficiente para conseguir una plaza para ti en algún barco pequeño. De hecho, si yo no hubiera estado contigo ahora mismo, seguro que te las habrías arreglado para negociar con esos dos tipos y ya estarías en el barco. Deberías seguir sin mí.

—Sin ti no estaría en esta plataforma de mierda —dice Carrie.

Alexis sonríe.

—Sí, eso es verdad —reconoce divertida, suspirando profundamente después—, pero hablo en serio, Carrie. Lo tendrás más fácil si sigues sola.

Carrie se queda callada mientras la mira. Es muy posible que Alexis tenga razón, de hecho, sabe que la tiene. Ella es una superviviente, se las puede arreglar y le costará mucho menos encontrar una plaza para ella que encontrar dos, eso lo tiene muy claro. El problema es que se acaba de dar cuenta de que no quiere separarse de Alexis, aunque se conozcan desde hace menos de 48 horas, han sido unas horas muy intensas, y suficientes para que ella haya comenzado a sentir cosas a las que le gustaría poder dedicar más tiempo para explorar a fondo, pero no si Alexis no quiere.

—¿Quieres que siga sin ti? —pregunta Carrie.

—Eso no es lo importante, lo que…

—Para mí sí, responde —exige Carrie.

Alexis la mira fijamente y niega con la cabeza, sin articular palabra.

—¿Es por mi encanto natural o porque te gusta besarme? —pregunta Carrie de repente, haciéndole un gesto para seguir.

Alexis necesita unos segundos para recuperarse de la sorpresa inicial, pero da un par de zancadas y la atrapa, colocándose a su lado.

—Tienes el mismo encanto natural que una piedra —responde Alexis, fijándose en que Marvin las ha visto y se está acercando a ellas.

—Tu sinceridad me abruma —murmura Carrie, llevándose una mano al pecho con dramatismo mientras mira fijamente a Marvin.

—No sabes cuánto lo siento —se ríe Alexis—, pero si te sirve de consuelo, sí.

—Sí, ¿qué?

Alexis afloja el paso y se acerca a ella para susurrarle justo cuando Marvin les da alcance.

—Sí que me gusta besarte.

—Hola —saluda Marvin.

Carrie ve cómo sus labios se mueven, pero tarda en procesar sus palabras porque la cabeza le da vueltas.

—Supongo que, si estáis aquí, es que la cosa no ha salido bien —deduce el soldado.

—No, digamos que no hemos llegado a un acuerdo —responde Alexis—, pero gracias por tu ayuda, Marvin —le sonríe, dispuesta a abandonar la plataforma.

—Espera, ¿qué vais a hacer ahora? —pregunta el soldado.

Alexis mira a Carrie.

—Buscarnos la vida, como hace todo el mundo —responde Carrie con sequedad.

Marvin se mete las manos en los bolsillos y se mira las botas mientras coloca un pie frente al otro.

—Hay otra opción —dice susurrando.

Carrie resopla ruidosamente por la nariz.

—¿Cuántas opciones tienes, Marvin? —pregunta con desconfianza.

—Carrie, cállate —la reprende Alexis, dándole un empujón con el hombro—. ¿Qué opción? —le pregunta a Marvin.

—Otro barco.

Carrie suelta un resoplido y Alexis se gira hacia ella y la mira fijamente.

—Como no te calles, te tiro de la plataforma —la amenaza.

Carrie piensa en sus patadas voladoras y decide guardar silencio.

—¿Qué barco? —pregunta Alexis.

—Uno que soldados sin plaza como yo han tomado prestado —confiesa Marvin.

—¿Tienes plaza ahí?

Marvin hace un gesto con los hombros y asiente.

—Es para soldados y personal del puerto que no tienen plaza.

—¿Y crees que nos dejarán subir en él? Nosotras no somos ni una cosa ni la otra —dice Alexis.

—Pero eres la hija del coronel Turner. Si alguien más te reconoce, a lo mejor te dejan subir. No puedo prometeros nada, pero puedo intentar convencerlos de que nos conviene llevarte con nosotros. Todos saben quién es tu padre, y que nos ayudará si te ayudamos.

—¿Y Carrie? —pregunta Alexis.

—No sé, di que es tu prima —se inventa Marvin.

—¿Por qué no nos has hablado de ese barco antes? —pregunta Carrie, que cada vez se fía menos de Marvin.

—Porque está lejos. Tendréis que salir de la plataforma y moveros por la ciudad otra vez para llegar hasta allí.

Alexis traga saliva.

—¿Dónde está exactamente? —insiste Carrie.

—En la zona industrial. Es una zona elevada, por lo que no debería estar tan sumergida cuando lleguéis —explica Marvin—. El

barco está atracado junto a los silos de grano abandonados. Es el único que hay en esa zona, así que no tiene pérdida.

Carrie y Alexis miran hacia el cielo al mismo tiempo, en una hora será de noche y moverse por la ciudad en esas condiciones es demasiado peligroso.

—¿Cuándo sale el barco? —pregunta Alexis.

—Mañana al mediodía —responde Marvin—. Yo no puedo salir hasta que acabe mi turno, me iré con un par de compañeros, pero vosotras deberíais marcharos ya y buscar un sitio seguro para pasar la noche. Aquí no podéis quedaros —dice como si fuera culpa suya no poder ofrecerles un lugar para dormir.

—Está bien —dice Alexis—. Nos vemos allí mañana.

Marvin les da varias indicaciones más detalladas, describiendo algunas calles por las que pueden atajar y los puntos de referencia que pueden tomar para orientarse.

—Sobre todo, no le habléis a nadie de ese barco —les pide en otro susurro.

Esa sí que es información útil que vender, piensa Carrie mientras descienden por la escalera que las devuelve al agua. Conforme bajan, las sobresalta el sonido de la sirena de un barco enorme que está a punto de zarpar.

—Bueno, Margaret —dice Carrie cuando están cubiertas de agua hasta la cintura—. ¿Qué piensas? ¿Vamos a buscar ese barco o nos buscamos la vida por otro sitio?

—¿Por qué no puedes llamarme por mi nombre? —se exaspera Alexis.

Carrie tuerce una sonrisa.

—Porque Margaret también es tu nombre y me parece muy sexy, ¿no te gusta?

Las piernas de Alexis se debilitan demasiado como para seguir con ese tema.

—¿Por qué dices que nos busquemos la vida por otro sitio? ¿No quieres ir a por ese barco?

—No me fío de Marvin —responde Carrie, haciendo una mueca —, pero si quieres ir, iremos.

—¿Por qué no te fías de él? Te he dicho que es buen tipo.

Carrie extiende su mano para que Alexis la coja y empiecen a moverse.

—No digo que no lo sea, pero le gustas, y nos está enviando allí solo porque quiere que subas al jodido barco con él a pesar de que no tiene ninguna garantía de que puedas hacerlo. Es un acto a la desesperada, algo estúpido —dice mientras siguen avanzando por el agua.

Alexis mira la coleta húmeda de Carrie y la línea de su cuello. La visión la desconcentra, haciendo que se imagine cosas que no debería, al menos en estas circunstancias.

—¿Estás celosa? —pregunta con la intención de incomodar a Carrie, pero en realidad habla en serio, quiere saberlo.

Carrie pone los ojos en blanco y ni siquiera se gira para contestar.

—Piensa lo que quieras, pero sabes que tengo razón.

—Vale, sí —admite Alexis—, pero no perdemos nada por intentarlo, ¿no? Ahora mismo no tenemos ningún otro plan.

Que Carrie no conteste la pone nerviosa, y le molesta.

—Carrie… —dice, deteniéndola con un tirón seco que hace que Carrie se gire hacia ella y queden demasiado cerca—. Solo digo que lo intentemos, no me apetece seguir dando tumbos por el agua, ni estar en ella cuando todo se inunde por completo.

—De acuerdo, iremos —asiente Carrie—. Ahora sigamos, hay que encontrar un sitio para dormir antes de que oscurezca.

Se da la vuelta y reanuda la marcha.

—Yo he admitido que me gusta besarte —dice Alexis—. ¿Por qué no admites tú que estás celosa?

Carrie aprovecha que va delante y Alexis no puede verla para sonreír.

—Porque eres una engreída.

—¿Yo soy la engreída aquí? —alucina Alexis, sonriendo mientras sigue mirando el cuello descubierto y cada vez más tentador de Carrie.

CAPÍTULO 18

El edificio que Carrie y Alexis han elegido para refugiarse, sin duda, ha visto días mejores; sin embargo, precisamente por eso, les parece el adecuado. La planta baja está inundada, con muebles que flotan y se desplazan sobre el agua muy despacio.

—Parecen barcos fantasma —susurra Alexis.

Carrie empuja la puerta de la escalera de emergencia y ambas suben chapoteando hasta que salen del agua y llegan al segundo piso.

—Sigamos subiendo —propone Carrie, enfocando con la linterna hacia arriba por las escaleras—, cuanto más alto, más seguras estaremos si el agua sigue subiendo durante la noche.

—¿El agua va a subir? —se alarma Alexis.

—No lo sé, solo soy precavida. Vamos.

Alexis la sigue sin protestar, lo último que necesita es quedarse dormida y despertarse flotando. Está demasiado cansada como para tener que preocuparse por eso también.

Jadeantes, llegan hasta el quinto piso y Carrie fuerza la puerta que da acceso a lo que al parecer era algún tipo de oficina. El sitio parece abandonado, pero está seco y tiene ventanas que dejan pasar algo de luz que proviene de los faros del puerto y sus barcos.

—Vaya, podrías haber forzado la de un apartamento —murmura Alexis, decepcionada—. Hubiera agradecido un colchón para tumbarme.

—Siempre puedes hacerlo tú —dice Carrie, ofreciéndole su navaja.

Alexis sonríe.

—Aquí estaremos bien, guarda eso. No pienso arriesgarme a forzar otra puerta y que nos encontremos a alguien dentro.

—No está mal —dice Carrie, dejando caer su mochila junto a una de las ventanas—. Tiene buenas vistas para el apocalipsis y si viene alguien, lo escucharemos.

—Tu humor negro a veces me pone nerviosa.

—¿Preferirías que fuera una dramática? —pregunta Carrie.

—No, supongo que no.

—¿Tienes ropa seca en esa mochila?

Alexis la mira como si acabara de pedirle que sacara un conejo de una chistera.

—Yo metí algunas cosas en bolsas de plástico, ya sabes, por si me mojaba —explica Carrie, con fanfarronería.

—No se me ocurrió —responde Alexis.

—Claro que no, nunca pensaste que te haría falta en el helicóptero que te transportaba a tu querido barco, ¿verdad?

El comentario de Carrie es una verdad tan aplastante, que Alexis no sabe qué responder y se limita a sacar de su mochila lo único que sigue siendo útil, aunque se haya mojado: unas latas de atún y un paquete de galletas que, aunque están humedecidas, no se han mojado del todo.

—Toma —dice Carrie, lanzándole una camiseta seca—. La bolsa de los pantalones se ha roto y están mojados, en cualquier caso, solo tengo unos de repuesto, pero esto es mejor que nada. Póntela.

—Gracias.

Ambas se quitan las camisetas mojadas y se ponen las secas. Alexis recoge las mojadas y las extiende sobre los respaldos de unas sillas, después se acerca a la ventana.

—No me puedo creer que todo esto esté pasando —dice, mirando hacia abajo.

—Supongo que la naturaleza no pregunta cuando nos va bien que venga para jodernos —murmura Carrie—. Ven, siéntate ahí —dice señalando una de las sillas.

—¿Para qué? —pregunta Alexis.

—Quiero echarle un vistazo a esa herida de tu frente antes de que se infecte. No quiero saber con cuántas bacterias hemos estado en contacto cuando estábamos en el agua.

Alexis siente náuseas solo de pensarlo y se sienta de inmediato. Carrie saca el pequeño botiquín de primeros auxilios que lleva en su mochila, coloca algunas cosas en una mesa cercana y enciende la linterna antes de inclinarse sobre Alexis.

—Sujeta esto aquí —le pide, entregándole la linterna.

La hija del coronel la coge y trata de mantenerla quieta, enfocando sobre su frente.

—Esto va a escocer un poco —susurra Carrie, empapando una gasa con antiséptico.

—Creo que lo soportaré —dice Alexis, pero casi salta de la silla cuando Carrie comienza a limpiar la herida con cuidado.

—No te muevas —se queja Carrie sonriendo.

Sus dedos se mueven con extremada delicadeza para alguien que ha tenido una vida tan dura, y a Alexis le sorprende. Se fija en su expresión concentrada y en la forma en la que Carrie frunce el ceño cuando está callada, pero, sobre todo, se fija en que sus labios están ligeramente entreabiertos mientras trabaja.

—¿Ya no te duele? Te has quedado muy quieta —pregunta Carrie.

Alexis traga saliva y parpadea.

—No, ya no —responde susurrando, consciente de lo cerca que están.

Carrie puede sentir la respiración cálida de Alexis contra su mejilla y eso la desconcentra tanto que, cuando termina de limpiar la herida, sus manos se quedan inmóviles junto a la cara de Alexis y ambas se miran fijamente durante un momento que se estira hasta dejarlas sin aliento. Carrie es la primera en dar el paso, recortando la distancia que la separa de los labios carnosos de Alexis hasta que puede atraparlos con los suyos. Este beso es distinto a los demás, es más lento, no hay ninguna urgencia ni existe un motivo para darlo. Alexis no está en modo pánico y Carrie no tiene ninguna excusa, pero Alexis responde, abriendo la boca para recibir la lengua de Carrie con ansia mientras sus manos se deslizan por la parte posterior de su cuello, ese que se ha pasado minutos mirando mientras caminaban por el agua.

—Carrie… —susurra, atrayéndola más cerca mientras el beso se intensifica y se vuelve más hambriento.

Carrie siente que algo se desata dentro de ella cuando la escucha, algo que la hace sentir miedo de sí misma y provoca que

dé un paso atrás, desconcertada, mientras jadea intentando coger aire.

—¿Estás bien? —pregunta Alexis, mirándola desde la silla mientras intenta recomponerse y entender lo que ha pasado.

—Sí, yo… —Carrie no sabe qué decir.

Estaba a punto de sentarme encima de ti y arrancarte la ropa, piensa desconcertada. Da otro paso atrás, nunca se ha sentido tan atraída por nadie ni tan abrumada por una situación que no controla.

—Tú, ¿qué, Carrie? —insiste Alexis, mirándola mientras intenta que su corazón deje de bailar dentro de su cuerpo.

—Quizá deberíamos comer algo antes de dormir, ¿no? —Carrie se rasca la nuca.

Alexis se da cuenta de que Carrie necesita un poco de espacio y de repente sonríe porque le parece adorable verla así de nerviosa.

—Sí, tienes razón. Deberíamos comer algo y descansar.

—¿Verdad? —pregunta Carrie, con los ojos muy abiertos.

Alexis siente ganas de abrazarla como a un peluche, pero las reprime y coge el paquete de galletas y las latas de atún.

—Por supuesto —responde divertida—. Sentémonos ahí —propone señalando el suelo bajo la ventana—. Hay suficiente luz para comer sin la linterna.

Carrie prácticamente se desliza por la pared bajo la ventana y Alexis se sienta a su lado.

—Están un poco húmedas —dice, abriendo el paquete de galletas—, pero no deberíamos desperdiciarlas.

—No, claro que no —concuerda Carrie—. No podemos desperdiciar la comida.

Muerde una galleta y empieza a masticarla con esfuerzo. Alexis la mira antes de morder la suya.

—¿Qué tal? —pregunta, aguantándose la risa.

—Bueno —responde Carrie, intentando tragar por fases—, es como comer abono de una planta, pero tiene sabor.

—No es muy alentador, pero vale —dice Alexis dando un mordisco mientras Carrie la mira con atención—. Joder, cuesta de tragar —dice con esfuerzo.

—Nadie ha dicho que fuera fácil.

Carrie guarda el resto del paquete y abre las latas de atún, entregándole una a Alexis.

—Oye, Carrie —la voz de Alexis desciende un par de tonos y todas las alarmas de Carrie se activan cuando la mira.

—¿Qué pasa?

—Solo quería agradecerte que me hayas ayudado, con lo del agua y mi miedo, ya sabes…

—Ah, eso. No es nada —Carrie se encoge de hombros y Alexis levanta las cejas.

—¿Eso? ¿Qué pensabas que iba a decirte?

—Creía que ibas a hablarme de esos besos increíbles que te doy —responde con descaro, dejando claro que ha recuperado su seguridad.

—¿Qué me das? —Alexis pone los ojos en blanco, le parece increíble que sea tan presuntuosa, pero ahora tiene un arma perfecta para atacarla y cerrarle esa bocaza—. Te recuerdo que hace un rato has salido corriendo cuando nos estábamos besando.

—Yo no he salido corriendo —se defiende Carrie.

—Ah, ¿no?

—No —asegura—. Solo te he dado espacio.

—¿Espacio? Espacio, ¿para qué?

Carrie encoge los hombros.

—No sé, para pensar —responde sin mirarla—. Para asegurarte de que querías eso, ya sabes. No he dejado de besarte sin pedir permiso, y a lo mejor te he incomodado.

Alexis está impresionada.

—Vaya, eres adorable, ¿lo sabías? —pregunta, haciendo un mohín con los labios—. ¿Me dejas que te achuche?

—Vete a la mierda.

Carrie intenta levantarse, pero Alexis la sujeta de la mano, tira de ella y sin darse cuenta, Carrie está sentada a horcajadas sobre sus piernas.

—¿Me has hecho una de tus llaves mortales? —pregunta Carrie, entre asombrada y excitada.

—Yo no te he hecho nada y lo sabes, solo te he guiado hacia mí —susurra Alexis, acercándola a su boca—, y antes de que digas nada estúpido, quiero que me beses, y a ser posible, que en esta ocasión no te detengas.

Esta vez es Alexis la que empieza el beso, tirando con suavidad de Carrie cuando esta se queda paralizada mirándole la boca. Carrie no opone resistencia y el poco autocontrol que ha mostrado antes, desaparece por completo. El beso se vuelve intenso y desesperado de inmediato, y las manos de Carrie empiezan a recorrer los costados de Alexis con prisa, deslizándose por debajo de su camiseta hasta que encuentra la piel tibia de su cintura.

—No tienes ni idea de cuánto te deseo, Margaret —jadea Carrie.

Alexis suelta un suspiro ronco contra sus labios al escucharla.

—Dilo otra vez —exige mientras sus manos cubren los pechos de Carrie por encima de la ropa.

Ella jadea y casi rebota de placer sobre sus piernas cuando Alexis los aprieta.

—Margaret… —susurra Carrie contra su oreja, escuchando otro jadeo de Alexis en respuesta—, al final sí que te gusta.

—Cierra la bocaza —pide Alexis.

Carrie sonríe ante sus mensajes contradictorios y sube las manos hasta encontrar el borde del sujetador de Alexis, que arquea la espalda buscando contacto, empujando su cuerpo contra el de Carrie mientras le muerde la barbilla.

Los dedos de Alexis van directos al cierre del pantalón de Carrie y ella responde con un suspiro entrecortado, desesperada porque los abra mientras empuja las caderas contra sus manos.

—Joder, Alexis —gruñe con voz ronca.

Alexis atrapa su boca en otro beso hambriento, sus lenguas se enredan y su mano se desliza por fin sobre las bragas de Carrie cuando un sonido que ninguna puede definir ni comparar con nada que haya escuchado antes, resuena por todo el edificio. Es un crujido fuerte, como un trueno que hace vibrar las paredes y temblar el suelo, haciendo que ambas se separen de inmediato mientras se miran con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Alexis, todavía con la respiración entrecortada.

Otro crujido más fuerte que el anterior hace que Carrie se levante de un salto.

—No lo sé, pero no vamos a quedarnos aquí esperando a averiguarlo. Coge tus cosas.

Carrie se abrocha el pantalón con torpeza y guarda la comida que ha sobrado mientras Alexis recupera las camisetas mojadas de ambas y las mete de cualquier manera en su mochila. Un nuevo crujido ensordecedor las hace encogerse y taparse los oídos, y entonces ven cómo parte de la pared exterior colapsa, llevándose consigo varias ventanas para dejar que el viento y la lluvia entren en el edificio mientras les caen algunos escombros del techo que tienen que esquivar.

—¿Se derrumba el edificio? —pregunta Alexis sin poder creérselo.

—La fachada —dice Carrie, cogiéndola de la mano para tirar de ella hacia el extremo opuesto del edificio.

Llegan a la escalera de emergencia, que por suerte sigue intacta, igual que toda esa parte del edificio. Se quedan en el pequeño rellano de metal sin saber si es mejor subir y tratar de saltar a otro edificio por el tejado o bajar y probar suerte por el agua, moviéndose a oscuras, pero entonces los temblores cesan.

—¿Estás bien? —pregunta Carrie, enfocando a Alexis con la linterna.

Está pálida y tiembla como una hoja, pero no tiene más rasguños que los que ya tenía antes.

—Sí, ¿y tú?

—Perfecta, ya sabes —responde con una sonrisa torcida para tratar de animar a Alexis, aunque ella también tiembla.

—¿Qué hacemos? —pregunta Alexis, mirando hacia el interior—. Quizá podríamos acurrucarnos en ese rincón, cerca de la escalera, por si tenemos que salir corriendo.

—Sí, buena idea —opina Carrie, prefiere un edificio al que le falta la fachada, que deambular por el agua de noche.

Se sientan en la esquina, pegadas la una a la otra. La tensión sexual que había entre ellas hace un momento ha sido reemplazada por el agotamiento y una necesidad imperiosa de sentirse seguras.

—Deberíamos intentar dormir un poco —opina Carrie.

Alexis pasa un brazo sobre sus hombros y la atrae hacia ella sin preguntar. No es nada romántico ni sexual, o quizá sí tiene un poco de ambos, pero sobre todo quiere protegerla.

—Carrie —murmura Alexis.

—Mmm…

—Hablaba en serio antes, con lo del agua, aunque tus técnicas son un poco... particulares, me has hecho sentir segura. Así que gracias.

Carrie se ajusta un poco más sobre su pecho.

—No soy el tipo de persona que hace sentir segura a la gente, Margaret.

Alexis se aprieta el puente de la nariz.

—¿En serio vas a llamarme así siempre? —susurra contra su oído.

—Antes te ha gustado.

—Era diferente —Alexis nota que le arden las puntas de las orejas—. Dios, olvídalo. Llámame como quieras.

Carrie suelta una risita.

—Y volviendo a lo de antes, a mí sí que me haces sentir segura. Ahora duérmete.

—Pues deja de hablar.

Alexis se pregunta cuánto tendría que apretar con su brazo alrededor del cuello de Carrie antes de que perdiera el conocimiento.

CAPÍTULO 19

—Ahí lo tiene, el barco hospital Mercy —dice la sargento, detenida junto a la doctora delante de las enormes pasarelas improvisadas del puerto.

Isabella mira el barco y suspira con alivio al confirmar que han llegado a tiempo.

—Dios mío, por un momento pensé que no íbamos a lograrlo.

Jade arquea una ceja.

—¿Duda de mis capacidades, doctora?

Isabella le dedica una sonrisa cansada.

—No, claro que no —responde con la mirada fija en el barco—. ¿Por qué hay tres colas diferentes? —pregunta la doctora, frunciendo el ceño.

La sargento estudia la situación mientras permanece inmóvil con el agua casi hasta el cuello. Hay soldados armados patrullando por las pasarelas cercanas a la zona de embarque del Mercy mientras que otro personal supervisa las diferentes colas.

—¿Todo eso para verificar la identidad? —insiste Isabella, tratando de entender.

—No, no es solo eso —murmura Jade—. Los están clasificando.

—¿Perdón?

Jade no responde e Isabella se gira hacia la sargento.

—¿Bajo qué criterio? —pregunta ante su falta de respuesta, secándose el agua de la cara con la manga empapada.

—No lo sé, señora, pero es lo que hacen.

Isabella vuelve a enfocar y observa con más detenimiento las diferentes filas de gente. En la primera sí que puede distinguir que todos son miembros del personal médico como ella porque llevan las identificaciones colgadas, pero en las otras dos es incapaz, no sabe cuál es la diferencia, y empieza a experimentar una sensación de incomodidad que no le gusta.

—Vamos, doctora, hay que subir —la insta Jade, empujándola con suavidad para acercarla a la escalera de acceso a la plataforma.

Una vez arriba, se acercan al punto de control principal, donde un oficial con el uniforme inmaculado y la expresión de quien ha dormido plácidamente y apenas lleva unas horas trabajando, revisa las listas y controla un ordenador tras una mesa protegida por una carpa militar.

—Documentación —dice sin mirarlas, ignorando el saludo formal de Jade ante su superior.

Isabella, malhumorada, le enseña sus credenciales médicas, el pase prioritario y la orden de evacuación. El oficial lo examina todo detenidamente, comparando la fotografía e introduciendo y verificando sus datos en el ordenador.

—Doctora Isabella Foster, especialista en cirugía general, asignada al barco hospital Mercy —recita con tono aburrido—. Autorización confirmada, puede pasar.

—¿Y ella? —pregunta Isabella.

El oficial levanta la mirada y posa sus ojos oscuros y pequeños sobre Jade.

—¿Y usted es?

—Sargento Jade Mitchell, señor. Escolta asignada para la doctora Foster —responde Jade, presentando sus credenciales militares.

El hombre examina sus datos con la misma minuciosidad, pero su expresión es diferente cuando termina.

—Sus órdenes especifican escolta hasta el punto de embarque, sargento. No incluyen autorización para abordar.

El estómago de Isabella se hunde. Jade, sin embargo, ya intuía que, en cuanto llevase a la doctora al barco, simplemente le asignarían otra misión. Ella no es personal especializado, por lo tanto, es prescindible.

—Sí, señor —dice y da un paso atrás.

—¿Qué? —interviene Isabella, apartándola a un lado—. ¿Qué haces? ¿Te vas y ya está?

—Señora, mi trabajo era traerla…

—Cállate —sisea Isabella con rabia.

Jade la mira fijamente, sorprendida por la rabia en la voz de la doctora.

—No voy a consentir que arriesgues tu vida para traerme aquí y después te dejen abandonada a tu suerte.

Isabella se gira hacia el oficial antes de que Jade tenga tiempo de detenerla.

—La sargento merece subir al barco —escupe mirando al hombre fijamente—. De no ser por ella, yo no habría llegado aquí, no subiré sin la sargento Mitchell.

La doctora se cruza de brazos como una niña. Jade quiere que la tierra se la trague, también decirle a Isabella que no sea estúpida, que suba de una vez antes de que la dejen fuera a ella también.

—Señora —dice el oficial, en apariencia divertido por su berrinche—. El personal militar sin asignación específica puede ir a los puntos de evacuación alternativos. El barco tiene una capacidad concreta y debe respetarse.

—¿Me está diciendo que dentro de esa monstruosidad no hay sitio para otra persona? —brama Isabella.

El hombre mira el barco con fastidio mientras Jade lo observa a él. Es evidente que él tiene plaza en otro sitio, probablemente un barco mejor, más pequeño y exclusivo para oficiales.

—Soy personal esencial —sigue Isabella—. Sé que estoy en una lista clasificada debido a mis conocimientos.

El oficial resopla. La doctora Foster está marcada con una estrella azul, su embarque no es prioritario, es necesario.

—No subiré sin ella —dice la doctora.

—Muy bien —responde el oficial, que no tiene ninguna intención de discutir con la doctora por una mísera plaza.

Las cejas de Jade se levantan. Isabella contiene la respiración y no dice una palabra más por miedo a que el hombre rectifique.

—La sargento puede embarcar, pero lo hará como personal de apoyo en la cubierta inferior, sin privilegios especiales. Es todo lo que puedo ofrecerle.

—Me sirve —responde Isabella.

—Perfecto, ahora embarque de una vez —brama el oficial.

Un soldado las escolta a ambas hacia la pasarela de embarque, pero les indica colas diferentes. Isabella se gira hacia Jade con el gesto contraído.

—Estaré bien, señora —dice la sargento—, y gracias por lo que ha hecho.

Jade ni siquiera tenía un plan para seguir. No tenía más órdenes, ni un punto de evacuación al que dirigirse. Por un momento, se ha sentido completamente desorientada, por no hablar de que no le apetecía separarse tan pronto de la doctora.

—No me las des. Acomódate donde sea que te metan, ponte ropa seca, come y después me buscas —ordena Isabella mientras el soldado insiste en que deben moverse.

—Lo haré —asegura Jade, apretando la mano de Isabella cuando esta coge la suya para despedirse.

—Y Jade —dice la doctora mientras se alejan hacia filas diferentes.

—¿Qué?

—Deja de llamarme señora.

Jade sonríe y asiente, después se da la vuelta y se coloca la última en su fila.

Isabella no tarda en embarcar y es recibida por una enfermera jefe que le entrega un uniforme limpio y seco que la doctora agradece como si fuera agua en medio del desierto mientras otra mujer se acerca a ella.

—Doctora Foster, bienvenida a bordo —saluda la mujer con una sonrisa cansada—. Soy la comandante Davies, supervisora médica del barco. La acompañaré a su camarote para que pueda acomodarse y darse una ducha.

—Gracias —dice Isabella.

Isabella la sigue por los pasillos, observándolo todo con una fijación que no habría tenido de no haber sido por esa separación de clases que ha presenciado hace un momento.

—Su camarote está en la cubierta superior —explica la comandante sin girarse—. Comparte espacio con otros tres médicos especialistas. Las instalaciones incluyen acceso prioritario al comedor y las áreas de descanso.

—¿Cubierta médica superior? —pregunta Isabella—. ¿Por qué hay diferentes niveles de alojamiento?

Davies la mira de reojo.

—El barco está organizado así, yo no pongo las normas, solo hago que se cumplan. Personal médico esencial en cubiertas superiores, técnicos y personal de apoyo en cubiertas medias y personal no especializado en las inferiores.

La comandante sigue caminando. Es evidente que tampoco está contenta con las asignaciones, pero ella no insiste porque solo puede pensar en Jade, en cómo será la zona donde la han alojado.

Cuando llegan a su camarote, Davies le señala la puerta y se hace a un lado para dejarla pasar. El espacio no es muy grande, pero parece cómodo y está tan limpio que Isabella ve reflejada su silueta en la madera de los armarios individuales. Hay cuatro camas, escritorios plegables, un par de sillones y un baño privado. Dentro, hay dos de sus compañeros de habitación, un cirujano de apellido Flores y una anestesióloga llamada Emily.

—Bienvenida al paraíso flotante —dice Emily con ironía mientras Isabella deja sus cosas.

La doctora los saluda con un gesto amable, coge una toalla limpia y se mete en el baño para darse una ducha. Cuando sale, siente que su cuerpo flota y que está cansada hasta el extremo, pero está segura de que, ahora mismo, no podría dormir, aunque lo intentase.

—¿Hay alguna manera de comunicarse con el personal de otras cubiertas? —pregunta mientras sus ojos se desvían hacia la ventana.

Isabella se levanta de golpe y se acerca, comprobando sorprendida que se están moviendo.

—Hemos zarpado hace diez minutos —responde Flores—. En cuanto a su pregunta, imagino que sí, solo nos han separado por nivel de utilidad, pero no veo ningún motivo para que no se pueda establecer comunicación con esa gente.

Isabella se gira hacia él. Flores está sentado en su cama, con la espalda apoyada en la pared y un libro de crucigramas sobre las piernas que resuelve con las gafas bajadas hasta la punta de la nariz. Isabella todavía no tiene claro si es un gilipollas de manual o si su comentario simplemente ha sido desafortunado y es un hombre que no tiene filtros, lo que sí sabe, es que no le cae bien.

Las cubiertas inferiores del Mercy son algo completamente diferente a lo que la doctora acaba de ver. A Jade la han asignado a un dormitorio común con literas de tres niveles donde se amontonan los técnicos, soldados sin rango específico —salvo ella— y personal de mantenimiento. El espacio resulta claustrofóbico, con pasillos estrechos y techos bajos.

—Sargento —dice un soldado, cuadrándose frente a ella con expresión sorprendida cuando Jade está buscando una cama libre.

—Descanse —responde Jade, agradecida cuando encuentra una cama en la parte baja.

Calcula que en el dormitorio hay unas treinta personas en un espacio en el que no debería haber más de veinte. La gente ya va formando pequeños grupos, lo típico en escenarios como este. Soldados con soldados, técnicos con técnicos y personal civil con

personal civil. No lo ha hecho de forma consciente, pero ha buscado sitio cerca de los suyos.

—¿Cuántos baños hay? —pregunta una chica desde el fondo de la habitación.

—Tres —responde otra.

Los murmullos y las protestas recorren la sala de inmediato hasta que un par de soldados proponen un sistema de turnos que ellos utilizan a menudo cuando están en misiones. Jade decide no intervenir, aceptará las condiciones de todo, se siente agotada y solo quiere tumbarse, así que se quita la ropa mojada, se pone la seca y se estira en el colchón, si se puede llamar así a ese trozo de espuma.

La sargento cierra los ojos y sonríe pensando en Isabella. Están a salvo, y por ahora eso es todo lo que necesita.

CAPÍTULO 20

A Carrie la despierta algún tipo de movimiento que hace que deje de sentir calor en su lado izquierdo. Su lado derecho está entumecido por el frío y, aun así, ha estado cómoda. Abre los ojos, sintiéndose un poco desorientada, y lo primero que sus ojos registran es la figura de Alexis, mirándola fijamente con una sonrisa mientras saca una galleta y separa esos labios carnosos para morderla.

—Joder, ¿en serio te vas a comer eso ahora? —pregunta Carrie, frotándose los ojos.

Alexis asiente mientras hace un esfuerzo enorme por tragar con una mueca de asco.

—Eres muy mona cuando duermes, ¿lo sabías? —dice Alexis—. Llevas un rato moviendo la cabeza de un lado a otro, creo que soñabas, pero no parecía malo.

—Tenía un sueño húmedo contigo —suelta Carrie.

Alexis se atraganta con la galleta y Carrie suelta una carcajada.

—Eres imbécil —dice, mordiendo otra galleta—. A lo mejor se te pasa el calentón si miras hacia abajo —añade Alexis con un gesto.

Solo entonces Carrie se da cuenta de que ha dejado de llover. Gatea por la plataforma de la escalera y primero mira hacia el cielo para confirmarlo. Ni una gota, pero las nubes son tan oscuras que está segura de que cuando vuelvan a soltar agua, lo harán de

manera torrencial, y entonces mira hacia abajo y sus ojos se abren mucho.

—Hostia —susurra, levantándose de un salto.

El nivel del agua ha subido al menos un metro más durante la noche. Ya no hay rastro de los coches porque están completamente sumergidos. Apenas se ve el techo de algún camión y la gente que hay por la calle se mueve con cualquier cosa: tablas de surf, colchones inflables y hasta puertas de madera. Otros, simplemente no tienen nada, igual que ellas, y nadan de un edificio a otro, pero lo que más impacta a Carrie es que, entre los escombros que flotan en el agua, también hay cadáveres.

—No es una inundación —murmura Alexis a su lado—, es el fin del mundo.

Carrie se gira hacia ella y hace que aparte la vista del agua.

—Esto no es nada —dice con su particular humor negro, aunque su voz suena muy tensa—, espera a que se acabe la comida enlatada y verás.

La hija del coronel la mira fijamente.

—¿Es que no tienes miedo? —pregunta atónita.

—Claro que lo tengo —responde Carrie—, pero el miedo no hará que el agua baje, así que mejor lo utilizamos para mantenernos vivas. Cuando termines de comer tierra, nos vamos.

—No quiero más —Alexis guarda las galletas húmedas y recoge sus cosas.

—Tendremos que nadar la mayor parte del tiempo —dice Carrie, girándose hacia Alexis—. ¿Estás bien?

La hija del coronel lleva pensando en eso desde que se ha despertado y ha visto el nivel del agua, tratando de asumirlo, y, aun

así, siente el pecho apretado.

—Lo estaré —asiente un poco insegura—, pero no te alejes de mí, ¿vale?

—Jamás haría eso, Margaret —responde Carrie con cierto aire burlón, pero a Alexis ya no le molesta ese nombre, se ha dado cuenta de que le gusta cuando Carrie lo pronuncia.

Se lanzan al agua desde el segundo piso. Está helada y sucia, y llena de escombros que las rodean por todas partes. Carrie nada hacia la pared y Alexis la sigue, sintiendo escalofríos cada vez que algo la roza debajo del agua.

—Vale, este es el plan —dice Carrie, sujetándose a una ventana mientras mira hacia todas partes, intentando que las voces de otras personas no la distraigan—. Iremos saltando de edificio en edificio. Nadamos hasta el siguiente, trepamos por el interior si podemos y saltamos al agua cuando no podamos continuar.

—Ese plan me gusta —dice Alexis—, cuanto menos estemos en el agua, mejor.

—Lo suponía —murmura Carrie—. Vamos.

Durante la siguiente hora, su plan funciona. Nadan hasta un edificio, trepan hasta alguna ventana o escalera de emergencia, cruzan por tejados o pisos superiores y vuelven a lanzarse al agua. Alexis intenta no pensar, se centra siempre en Carrie cuando están en el agua, enfocando su mirada en ella como si tuviera visión de túnel, aunque el pánico a veces la hace temblar y jadear hasta marearse. Entonces Carrie se detiene, flota frente a ella, le habla a pesar de que Alexis no puede concentrarse, y la besa. La mente de Alexis se apaga en ese momento, es como si se reiniciara, y siguen adelante hasta que sucede de nuevo.

—Cuidado —dice Carrie, empujando un cadáver hacia la izquierda para apartarlo de ellas.

Alexis casi vomita cuando lo ve, está hinchado y tiene los ojos abiertos, mirando al cielo oscuro.

—¿Estás bien? —pregunta Carrie. Alexis asiente, aunque no lo está, quiere llegar y dejar atrás toda esta pesadilla.

—Por Dios —dice Alexis cuando ven el siguiente. Es apenas una niña, una adolescente que todavía tiene los auriculares puestos.

—No pienses en ellos como personas —dice Carrie, sin dejar de avanzar—, piensa que son objetos que has de esquivar, solo eso.

A Alexis le parece grotesco y frívolo, pero intenta mentalizarse para no volverse loca. Entonces llegan a una intersección y los cadáveres flotantes dejan de ser su mayor problema.

—Mierda —murmura Carrie, sujetándose a una farola que milagrosamente sigue en su sitio.

El puente que cruza la avenida y por el que deben pasar para continuar avanzando, ahora se tambalea sobre un río revuelto y furioso de escombros y cadáveres. Algunas personas lo están cruzando a pie, pero muy despacio y con cuidado.

—Tendremos que hacer lo mismo —dice Carrie—. Es el camino rápido para llegar a la zona industrial, si no pasamos por ahí, estaremos jodidas. Salvo que pasemos del barco de tu amigo y pensemos en otro plan.

—¿De verdad no hay otro camino? —pregunta Alexis, mirando la estructura.

Algunos cables del soporte están sueltos y la superficie del puente parcialmente sumergida por un lado.

—Podemos dar un rodeo, pero eso añadirá horas al camino, no llegaremos a tiempo —responde Carrie.

—Bueno, si ellos pasan, supongo que nosotras también podemos, ¿no? —pregunta Alexis, observando a la gente que camina por el puente.

Carrie se encoge de hombros. Le parecen unos suicidas, igual que ellas.

—Vamos, crucemos antes de que colapse del todo —dice Carrie.

Nadan hasta el puente y, una vez allí, pueden ponerse de pie porque el agua solo les cubre por encima de la cintura. En ese momento hay dos hombres cruzando por delante de ellas a paso lento, con la mirada fija en el otro extremo.

—Vale, vamos despacio —dice Carrie, sin pensárselo mucho.

Da un primer paso y enseguida nota el movimiento bajo sus pies. Es una vibración incómoda, el puente se mece, algo muy sutil, pero lo hace, y el estómago se le contrae.

—Quizá no deberíamos ir tan lentas —sugiere Alexis tras ella, tensa como un junco.

El cuerpo de Carrie se estremece en un escalofrío mientras siguen avanzando. Alexis tiene razón, no cree que su peso condicione el movimiento del puente y, cuanto más tiempo pasen sobre él, más riesgo corren de estar ahí cuando el agua acabe derribándolo. Carrie acelera el paso con Alexis muy cerca de ella. Los dos hombres ya han pasado la mitad del puente y ellas les están dando alcance. Otro grupo empieza a cruzar desde el otro extremo y Carrie contiene la respiración cuando el puente hace un movimiento repentino y se desplaza hacia un lado entre crujidos y sonidos de metal retorcido. Todos empiezan a resbalar hacia un lado, buscando

algo a lo que sujetarse cuando un cable de acero se desprende y cae como un látigo, balanceándose de un lado a otro sin control, la fiereza inicial la pierde —por suerte para Carrie— porque después de varios balanceos, uno de ellos la alcanza. Ella lo ve venir, pero no tiene tiempo de esquivarlo y el cable la golpea con un zumbido, lanzándola fuera del puente, directa al agua.

—¡Carrie! —el grito de Alexis es tan desgarrador, que Carrie podría haberlo escuchado desde debajo del agua si no hubiera perdido el conocimiento con el golpe.

Como si se hubiera olvidado del pánico que le tiene al agua, Alexis se lanza tras ella. Su cuerpo actúa por instinto y solo puede nadar y sumergirse donde acaba de hacerlo Carrie. El agua es más profunda de lo que esperaba y la corriente es fuerte, pero ella se mueve con desesperación hacia abajo, tanteando con los brazos por todas partes en medio de esa masa marrón hasta que roza su pierna. Alexis sigue palpando hasta que puede rodearla con un brazo y nadar hacia la superficie con todas sus fuerzas. Los pulmones le arden cuando emergen y tose con violencia mientras mantiene la cabeza de Carrie fuera del agua. La corriente las arrastra, pero Alexis nada como puede hacia los edificios hasta que consigue agarrarse a una escalera junto a una plataforma de metal. Ni siquiera sabe cómo logra subir a Carrie, ni de dónde saca la fuerza para hacerlo, pero lo consigue y se arrodilla a su lado.

Carrie está inconsciente, tiene los labios azules y le sangra la cabeza.

—Mierda, Carrie —susurra Alexis, desesperada—. Tienes que despertarte.

Le toma el pulso y lo encuentra y, aunque es débil, está ahí. Su respiración es superficial, pero Carrie no está muerta y ella experimenta un alivio tan inmenso que siente ganas de llorar. Saca una de las camisetas de su mochila y la utiliza para taponar la herida e intentar detener la hemorragia mientras coge el pequeño botiquín de Carrie y saca una venda.

—Vamos, tienes que despertarte, joder —murmura enfadada mientras va vendando su cabeza con cuidado—. No puedo seguir avanzando sin tus besos —sigue diciendo.

Los párpados de Carrie se abren un poco.

—Sí, eso, venga, despierta —susurra Alexis, con el pulso disparado—. Vamos, necesito que te centres, alguien tiene que decidir qué coño hacemos ahora que estamos atrapadas en una escalera de emergencia —dice nerviosa, terminando de poner la venda.

—Hablas mucho, Margaret —murmura Carrie con voz ronca.

Alexis sonríe y se desinfla como un globo al mismo tiempo.

—Sí, perdona. ¿Cómo estás?

—Me duele la cabeza —responde, intentando incorporarse.

—Espera, despacio. Tienes un buen chichón, y un corte profundo —dice Alexis, ayudándola a sentarse.

Carrie se lleva la mano a la sien y da un respingo. Después mira a su alrededor y lo observa todo en silencio, necesitando varios segundos para recordar el puente y entender lo que ha pasado.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —pregunta Carrie.

—¿No te acuerdas? No, claro, te has desmayado —se responde a sí misma.

Alexis le relata lo sucedido mientras se mira las manos, que todavía le tiemblan por el susto.

—¿Has saltado al agua a por mí? —pregunta Carrie—. ¿A esa agua? —insiste señalando el río embravecido.

La mirada de Alexis se queda fija en la corriente.

—Vaya, Margaret —dice Carrie—, supongo que te debo la vida.

Alexis se encoge de hombros, en su opinión, ni siquiera están en paz. Carrie se la está salvando a ella constantemente ayudándola a centrarse.

—Ahora en serio —dice Carrie—, me alegro de que no te hayas paralizado esta vez.

—Ya… —murmura Alexis, sin decirle que el único pánico que ha sentido en ese momento era el de perderla—. No te acostumbres, y ahora piensa una manera de sacarnos de aquí.

—Ya lo he hecho —dice Carrie, señalando la pared a sus espaldas. Alexis ha estado tan centrada en que Carrie abriera los ojos, que no ha mirado lo que tenían justo al lado.

La plataforma donde se han subido es exactamente igual que esa donde han pasado la noche, la base de una escalera de emergencia de un edificio de apartamentos.

—Subiremos al tejado, desde ahí tendremos mejores vistas y decidiremos por dónde seguimos. Lo bueno, es que estamos al otro lado del puente —dice Carrie.

La hija del coronel se coloca la mano en el pecho, aliviada y cansada de tantos sobresaltos.

—¿Vamos? —dice Carrie.

Alexis asiente y se pone de pie, tendiéndole una mano a Carrie, a la que todo le da vueltas cuando se incorpora.

—Vale, creo que deberíamos descansar un rato —dice Alexis, rodeándola con los brazos.

—No, solo necesito un minuto, estoy bien —asegura Carrie, con la nariz hundida en su cuello.

Están mojadas y llenas de suciedad y, aun así, a Carrie le gusta estar cerca de Alexis, notando la piel de su cuello contra su nariz.

Suben despacio. Carrie va delante y Alexis justo detrás por si se marea. Carrie tiene la sensación de que los pies le pesan toneladas y de que cuanto más suben, menos fuerza tiene. La cabeza le palpita con un zumbido molesto y empieza a sentir náuseas, pero no quiere detenerse, quiere llegar arriba a pesar de que sus piernas empiezan a aflojarse.

—Carrie… —Alexis se pone a su lado y la sujeta de un brazo—. Siéntate.

Ella mira hacia arriba, solo falta una planta más.

—Casi estamos —susurra y sigue subiendo. La vista se le está nublando, pero se mantiene erguida porque Alexis le sirve de apoyo.

Cuando por fin llegan y la brisa le golpea el rostro, Carrie se tambalea hacia un lado.

—Vale, a lo mejor sí que necesito descansar un minuto —murmura sujetándose al cuerpo de Alexis, que la ayuda a sentarse en el suelo.

—Pedir ayuda de vez en cuando no es malo, ¿sabes? —protesta Alexis, sentándose frente a ella mientras el color vuelve a las mejillas de Carrie lentamente.

—No necesito ayuda, solo sentarme aquí —Carrie señala el suelo y Alexis pone los ojos en blanco.

Se quedan en silencio, Carrie mirando al suelo mientras se recupera y Alexis mirando la ciudad. La vista desde ahí arriba le parece devastadora. Miami ha desaparecido bajo el agua. Solo quedan edificios altos que parecen islas y algunas estructuras que sobresalen de forma aleatoria.

—Los silos de grano que dijo Marvin están allí —murmura Alexis, señalando con el brazo.

Carrie tenía razón, desde ahí arriba tienen una visión más amplia y enseguida divisa la ruta que pueden seguir, saltando de edificio en edificio como han hecho antes de llegar al puente.

—Creo que ya estoy bien —dice Carrie.

—No —responde Alexis, tajante—. Descansaremos un poco más, al menos hasta que no tengas cara de estar a punto de vomitar. Tenemos tiempo. Ahora ven aquí.

Alexis señala sus piernas cruzadas y Carrie obedece, tumbándose para reposar la cabeza sobre ellas.

—Eres muy mandona, Margaret —dice con los ojos cerrados—. ¿En la cama también te gusta dar órdenes?

—En la cama haría que te tragaras toda tu bravuconería —responde Alexis.

Los ojos de Carrie se abren de golpe.

CAPÍTULO 21

A Carrie le gustaría no estar en medio del apocalipsis ahora mismo. Los dedos de Alexis están por el pelo húmedo detrás de sus orejas, moviéndose despacio mientras ella siente un escalofrío tras otro atravesándole todo el cuerpo. Alexis está absorta, puede que sea el único momento de paz que está experimentando desde que despertó en el apartamento de Carrie. La tensión ha abandonado sus músculos y los gritos de la gente y el sonido del agua no parecen molestarle.

—Podría quedarme así un poco más —murmura en voz baja, mirando hacia el mar.

—Pero no podemos —responde Carrie, abriendo los ojos.

—No…

Carrie se incorpora lentamente y la burbuja de paz que habían creado explota.

—¿Cómo estás?

—Como si un cable de acero me hubiera partido la cabeza en dos —responde mirando hacia los silos de grano.

Ella también ve una ruta clara para llegar, pero no pueden seguir perdiendo tiempo.

—Hablo en serio —dice Alexis.

—Estoy bien, descansaré cuando lleguemos. Vamos.

El descenso por el edificio es para Carrie más complicado que la subida. Todavía está un poco mareada y tiene que agarrarse con fuerza a cada escalón mientras Alexis va a su lado, atenta por si se tambalea y tiene que sujetarla.

—Joder, está helada —se queja Carrie, tiritando cuando vuelven a meterse en el agua.

Alexis está segura de que tiene la misma temperatura que antes, son ellas las que están destempladas, pero se consuela porque al menos no parece que haya tantos escombros flotando en esa zona.

Durante la siguiente hora, el patrón se repite como antes de llegar al puente: nadar hasta el siguiente edificio, subir por escaleras de emergencia o entrar por ventanas rotas, cruzar por tejados cuando se puede y volver a lanzarse al agua.

Carrie parece haber recuperado la energía, como si hubiera recibido una inyección de adrenalina mientras que Alexis sigue peleándose con sus miedos, sin poder evitar paralizarse de vez en cuando.

—Ya casi estamos —dice Carrie una de esas veces, flotando frente a ella mientras se agarran al techo de un camión—. El barco está allí —lo señala haciendo un movimiento de cabeza, pero Alexis no sigue su mirada, todavía necesita unos segundos más para calmarse.

—Estoy cansada —jadea Alexis, aunque su cansancio es más mental que físico.

—Lo sé —Carrie le pasa una mano por el cuello mientras su pulgar le roza la oreja—. Descansaremos cuando lleguemos a ese barco. Negociaremos y conseguiremos plazas, ya lo verás —trata de animarla.

—¿No es ahora cuando me besas? —pregunta Alexis.

Tiene los ojos acuosos, siente ganas de llorar por todo y por nada y Carrie se da cuenta porque nota el brillo en su mirada.

—Si es lo que quieres, haré el esfuerzo —bromea y atrapa sus labios.

Alexis sonríe contra su boca y sorbe por la nariz. Se siente como si estuviera en medio de una pesadilla donde lo único bueno es la presencia de Carrie y lo que empieza a sentir por ella. Le cuesta procesar todo lo que pasa: el accidente, la inundación, Carrie, que su padre la dé por muerta y, sobre todo, no haberse desmayado todavía tras tantas horas en el agua.

—Vale, creo que puedo seguir —dice Alexis tras romper el beso.

—Genial, porque hay algo por aquí rozándome la pierna y me estoy poniendo muy nerviosa —responde Carrie.

—Joder, no me lo cuentes —se queja Alexis, impulsándose hacia delante para seguir nadando.

El barco del que habló Marvin es más robusto de lo que Alexis había imaginado, con una estructura militar clara y una cubierta que parece bastante amplia. Hay varios soldados moviéndose por la zona de embarque, pero la actividad no tiene nada que ver con la del puerto, aquí apenas hay gente.

—¿Ves a Marvin? —pregunta Alexis, entornando la mirada conforme se van acercando.

—Desde aquí, no.

Al fin llegan nadando hasta una estructura de hormigón que sirve de base para los silos y, desde ahí, acceden a una pasarela metálica que conduce directamente hasta donde está atracado el barco.

—No quiero volver a nadar en mi vida —dice Alexis, escurriendo su ropa como puede cuando salen del agua.

—Yo me conformo con que ese barco tenga una ducha, apestamos a pescado podrido —se queja Carrie, olfateando su mochila mientras Alexis hace una mueca de asco.

Se acercan al punto de control, donde dos soldados custodian el acceso al barco. Al contrario que en el puerto principal, aquí no hay colas ni sistemas de verificación.

—¿Puedo ayudaros? —pregunta uno de ellos, aunque su tono no es precisamente servicial.

—Nos envía Marvin —explica Alexis—. Me llamo Alexis Turner, soy hija del coronel Henry Turner, y ella es mi prima…

—¿Y? —la interrumpe el otro.

Alexis mira a Carrie, dudando un segundo.

—Marvin dijo que nos llevaríais. Mi padre os recompensará…

—No sé qué os ha dicho ese capullo, pero esto no es un barco de la caridad y me importa una mierda quién sea tu padre, guapa. Si el coronel Turner no está a bordo, tú tampoco.

—No le hables así, gilipollas —interviene Carrie—. ¿Por qué iba a estar el coronel aquí? Si estuviera, su hija no te estaría pidiendo ayuda, pedazo de…

—Carrie —la corta Alexis.

Los soldados las miran y después se miran entre ellos. No disfrutan con esto. Las dos chicas no son las primeras que vienen pidiendo ayuda, pero ellos tienen su propio sistema y un número máximo de ocupantes que no pueden superar.

—Lo siento —dice uno de ellos, más calmado—, pero las plazas son solo para soldados sin asignación y sus familiares. Un soldado,

un familiar, eso es todo. Está siendo complicado para todos elegir solo a una persona, pero el espacio es el que es.

—No lo entiendo… —murmura Alexis, aturdida, dando un paso atrás mientras intenta entender la razón por la que Marvin las ha enviado aquí si no había ninguna opción de que subieran.

Carrie sí que entiende, lo hace de inmediato, y mira a Alexis sintiendo que su estómago se hunde.

—Oye… —dice, pero unos pasos apresurados por la pasarela la hacen girarse.

Tres soldados vienen corriendo, entre ellos, Marvin.

—Eh, hola —dice Marvin, acercándose a Alexis.

—No hay plazas, Marvin —brama ella—. ¿Por qué coño nos has hecho venir si no hay forma de negociar sitio para nosotras?

La cara de Marvin se transforma. Está incómodo, pero no titubea cuando mira una vez hacia Carrie y después la ignora como si no estuviera ahí, centrando su atención en Alexis.

—Porque no hay que negociar nada. Hay una plaza disponible, pero solo para ti.

—¿Qué? —el corazón de Alexis se desboca.

—Todos tenemos derecho a llevar a un familiar con nosotros. Yo no tengo a nadie, mi plaza está libre, así que, si la quieres, es tuya.

—¿Y Carrie? —pregunta Alexis, atónita ante la frialdad de Marvin.

—Lo siento, solo hay una plaza, ya te lo he dicho.

—Eres un cabrón hijo de puta. Me has hecho venir hasta aquí, ¿para qué? ¿Para que la abandone como si nada y me suba al jodido barco fingiendo que soy tu novia? —pregunta Alexis, a punto de lanzar llamaradas por los ojos.

—Era la única forma de hacerte venir. Te estoy dando la oportunidad de salvarte, Alexis. Puedes verme como un monstruo si quieres, pero el barco no va a estar ahí durante mucho más tiempo. Tienes cinco minutos para pensártelo —dice Marvin.

—Que te jodan, Marvin. No tengo que pensar una mierda…

—Espera —interrumpe Carrie, cogiéndola del brazo—. Sí que va a pensarlo, danos un par de minutos —le dice a Marvin.

Carrie tira de Alexis y la arrastra por la pasarela hasta alejarla lo suficiente como para que tengan privacidad.

—Alexis —dice Carrie, utilizando su nombre real.

—Estás loca si piensas que voy a fingir que soy la novia de ese gilipollas —brama Alexis, roja de indignación.

—No tienes que fingir nada —dice Carrie con insistencia—. Solo tienes que subirte al jodido barco.

—No hablas en serio. ¿De verdad me estás diciendo que suba y te deje aquí? —pregunta exasperada.

—Escucha, Margaret —trata de calmarla Carrie—. Olvídate de que Marvin es un imbécil. Esa plaza es un puto regalo, y yo soy una superviviente, ¿recuerdas? Tú misma lo dijiste, tengo el dinero, puedo conseguir algo por ahí para mí y lo haré, se me da bien buscarme la vida…

—No —dice Alexis, notando que el corazón se le sale por la boca.

—Alexis, ¿quieres dejar de nadar? Pues sube al puto barco, joder. Vete con ellos, ahí estarás a salvo.

—He dicho que no —insiste Alexis, los labios comienzan a temblarle.

—Mierda, Margaret… —se desespera Carrie, buscando las palabras para explicarle que necesita que esté a salvo.

Alexis no la deja hacerlo, se lanza hacia ella y la besa con una desesperación que deja a Carrie completamente desorientada. No es un beso como ninguno de los anteriores, este tiene tanta intensidad que le corta la respiración y le debilita las rodillas. Alexis le sujeta la cabeza con tanta fuerza mientras hunde la lengua dentro de su boca, que Carrie teme que vaya a dislocarle el cuello.

Cuando se separan, Carrie permanece inmóvil, con los labios entreabiertos, la mirada clavada en Alexis y el corazón en la garganta, incapaz de reaccionar.

Alexis se gira hacia Marvin, que las observa con la boca medio abierta y expresión desconcertada.

—Si no hay plaza para Carrie, yo tampoco subo —anuncia con una seguridad que la sorprende a ella misma.

—¿Estás segura? —pregunta Marvin.

Alexis mira a Carrie, que sigue petrificada frente a ella.

—Completamente.

—Como quieras —responde Marvin.

El soldado se da la vuelta y sube al barco con sus compañeros, dejándolas solas.

—¿Qué coño has hecho, Margaret? —pregunta Carrie, todavía impresionada.

—Quedarme contigo —Alexis se rasca el pelo y mira a su alrededor.

Es muy consciente de la decisión que ha tomado, de que probablemente le costará la vida y, aun así, no consigue arrepentirse, lo cual la tiene bastante confundida.

—Eso ya lo veo —dice Carrie, volviendo en sí—. El golpe de tu cabeza cuando se estrelló el helicóptero debió ser más fuerte de lo que pensaba.

—Es posible —asiente Alexis.

—Joder, estás loca —Carrie se ríe—. Has perdido la puta cabeza, en serio.

Alexis la mira abrazándose el cuerpo. La sonrisa de Carrie es diferente, los ojos le brillan y está nerviosa. Se alegra de que Alexis esté con ella, aunque no se lo diga, y eso para la hija del coronel es suficiente.

—Espero que tengas un plan —dice Alexis—, porque la opción de los barcos ya no es viable para nosotras.

Carrie resopla y mira hacia la ciudad mientras coge la mano de Alexis.

—Toca buscar sitio en una torre. Con lo que tenemos podemos negociar en alguna de las plantas bajas. Cuando el agua comience a alcanzarlas, ya pensaremos en algo —decide Carrie.

No es el plan soñado de Alexis, pero según lo que le dijo su padre, la inundación es inminente. Necesitan salir de las calles y ponerse a salvo en algún sitio donde el agua no llegue. El plan de Carrie es un parche, pero de momento les servirá.

CAPÍTULO 22

La doctora Foster lleva dos días intentando concentrarse en las rutinas médicas del barco, pero le resulta imposible. Lo único que tiene en la cabeza es la imagen de la sargento, escoltada hacia una fila diferente cuando subieron al barco. No la ha visto desde entonces, ni nadie del personal a quien haya preguntado le ha dado información sobre el personal de las cubiertas inferiores que la deje satisfecha.

—Voy a dar una vuelta —murmura, aunque nadie en el camarote le responde.

Isabella camina por los pasillos de la cubierta médica en dirección a los ascensores, dispuesta a bajar en busca de Jade, aunque sabe que no puede hacerlo sin autorización de la comandante Davies, pero cuando las puertas se abren, descubre con sorpresa que no hay ningún botón que pulsar para bajar a las cubiertas inferiores.

—Eh —dice cuando ve pasar a un marinero.

El chico se gira y se acerca a ella.

—¿Necesita algo, doctora?

Ella le dedica una sonrisa antes de hablar. Ni siquiera lo ha planeado, pero necesita ganárselo.

—Estoy buscando las cubiertas inferiores —dice directamente.

—Son de acceso restringido, señora. Solo el personal autorizado puede…

Isabella deja de sonreír.

—Soy personal médico esencial —lo interrumpe con autoridad—. Tengo autorización para acceder a cualquier área del barco.

La doctora miente, pero lo dice con tanta seguridad que hace dudar al marinero.

—Tendría que verificarlo con la comandante Davies, señora.

—La comandante Davies me ha enviado para hacer una inspección rutinaria —miente de nuevo, sorprendida por la velocidad de sus palabras—. ¿Hay algún problema con eso, marinero?

Él pestañea y mira a un lado y a otro, descolocado.

—No, señora. Claro que no. Puede utilizar la escalera de servicio, está al final del pasillo. Baje tres niveles y gire a la izquierda, ahí encontrará la zona de alojamiento para el personal de apoyo.

—Gracias —dice Isabella, alejándose antes de que el chico le haga alguna pregunta que no sepa responder.

Encuentra la escalera sin problema, es mucho más estrecha que las principales y, conforme baja, la iluminación parece más escasa y el aire se vuelve pesado y húmedo, cargado de un olor que no puede identificar, pero que le resulta desagradable. Cuando llega a la cubierta que el marinero le ha dicho y abre la puerta que da al pasillo, la doctora se detiene en seco.

La diferencia con las cubiertas superiores es brutal. Los pasillos son estrechos, mal iluminados y el aire está cargado de humedad y olor a humanidad. Aprieta los labios, tensa y enfadada, mientras camina sin saber hacia dónde dirigirse. Ve una puerta abierta y

vuelve a detener el paso, atónita, observando las filas de literas de tres niveles con apenas espacio para moverse entre ellas.

—¿Doctora?

Isabella se da la vuelta, sobresaltada, para encontrar a Jade tras ella en la puerta de otra habitación. La sargento sonríe al verla y está a punto de preguntarle qué hace ahí abajo cuando la doctora prácticamente le salta encima y la envuelve en un abrazo fuerte que deja sin aliento a Jade.

—¿Estás bien? —pregunta Isabella, mirándola como si la sargento hubiera emergido de las tinieblas.

Jade sonríe, aturdida por su cercanía, con algo hormigueando bajo su piel.

—Sí, perfectamente. ¿Qué hace aquí?

—Quería ver cómo estabas. Esto es… —Isabella tuerce el gesto —. ¿Puedes enseñármelo todo?

—Sí, claro. Tampoco hay gran cosa que ver.

Durante la siguiente media hora, Jade la lleva por todas las áreas de las cubiertas inferiores mientras Isabella va tomando nota mental de todo lo que ve. Demasiada gente en las habitaciones, poca ventilación, baños insuficientes y escasez de zonas comunes fuera de los dormitorios.

—¿Cuántas personas calculas que hay aquí abajo? —pregunta mientras siguen caminando.

—Unas cuatrocientas, tal vez más —responde Jade.

—Por Dios —murmura la doctora—. ¿Quién coordina todo esto?

—Un sargento llamado Roberts. Se encarga de mantener el orden, del reparto de raciones y cosas así.

Isabella se detiene en seco.

—¿Reparto de raciones? ¿Cuántas comidas hacéis al día, Jade?

—Dos, una por la mañana y otra por la noche.

La doctora está pasmada, sin entender la tranquilidad de la sargento.

—¿Y eso te parece normal? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—He estado en sitios peores, señora, esto es solo temporal, hasta que lleguemos a destino…

Isabella la coge por un brazo y la arrastra fuera del pasillo, hacia un rincón bajo la escalera.

—Te he dicho que no me llames señora —sisea furiosa—. Y no es normal, Jade, por el amor de Dios, arriba estamos como si fuera un jodido hotel y…

La doctora deja de hablar y se aprieta el puente de la nariz con una mano, con la otra sigue sujetando a Jade por el brazo.

—Estoy a salvo gracias a ti —dice Jade—. Ya me imagino lo que hay arriba, no soy estúpida. Esto siempre funciona igual, pero nos apañamos, estamos bien, en serio. Vuelve allí y tranquilízate. Estos barcos no están pensados para estar navegando, se dirigen hacia las plataformas flotantes. Serán unos días, semanas, tal vez, podemos soportarlo.

Isabella esboza una sonrisa amarga y pone una mano sobre el pecho de Jade, la otra en su mejilla.

—No me he subido a este barco para ayudar a construir una civilización nueva en otra parte que siga haciendo este tipo de distinciones, Jade. En estas condiciones, es cuestión de tiempo que empecéis a tener problemas respiratorios. Hablaré con la comandante, algo se podrá hacer.

—Muy bien —sonríe Jade—, en ese caso, cuenta conmigo, recuerda que sigo siendo tu escolta.

—Lo eras hasta subir al barco, ahora ya no tienes esa responsabilidad —responde Isabella.

—La asumo por voluntad propia, si vas a protestar, te acabarás metiendo en líos y alguien tiene que velar por tu seguridad. Créeme, soy experta en eso.

La doctora le dedica una sonrisa y reprime el impulso de besarla. Lo hará cuando saque a Jade de ese sitio de mierda.

Se despiden e Isabella vuelve a su cubierta, pero va directamente hacia el despacho de la comandante Davies.

—¿Necesita algo, doctora Foster? —pregunta la mujer.

—Vengo de las cubiertas inferiores —suelta Isabella sin cortarse.

Davies levanta la mirada.

—No recuerdo haberle dado consentimiento para bajar.

—Digamos que me he perdido —responde Isabella, con el pulso disparado.

La comandante hace una mueca con los labios, pero no dice nada.

—Las condiciones actuales son sostenibles a corto plazo, pero se convertirán en una crisis médica en menos de una semana —dice la doctora.

Davies la sigue mirando: ha estado ahí abajo y sabe que es cierto, pero no ha tenido tiempo de pensar en ello. Tiene que ocuparse de demasiadas cosas aquí arriba.

—¿Y qué propone? Además de bajar sin autorización.

Isabella carraspea, incómoda. No contaba con que Davies estuviera abierta a escucharla y no ha planeado nada, pero

improvisa con rapidez.

—Establecer un programa de atención médica preventiva, evaluaciones diarias, educación sobre higiene en espacios reducidos…

—¿Qué más?

—Necesito autoridad para modificar la distribución de alimentos basándome en las necesidades médicas. Mujeres embarazadas, niños, personas mayores y cualquiera con condiciones médicas preexistentes necesita raciones ajustadas.

—Eso podría crear tensiones —observa Davies.

—Las tensiones serán menores que las que tendríamos si la gente comienza a ponerse enferma —responde Isabella—. Y necesito implementar horarios rotativos para el uso de los baños y las duchas, con tiempo designado para limpieza profunda.

—Está bien —la interrumpe la comandante—. La voy a autorizar para que mejore las condiciones ahí abajo. Lo último que necesitamos son enfermedades en el barco, pero usted será la única responsable de todo lo que suceda ahí.

—De acuerdo —dice Isabella—. Necesitaré a alguien que me ayude a coordinar.

—No me lo diga —ironiza Davies—, ya tiene a una persona en mente.

—Bueno —Isabella se aclara la voz—, la sargento Mitchell me escoltó durante la evacuación, conoce mis métodos y está ahí abajo, puede ser útil que ella…

—Me parece bien. ¿Algo más?

—No. Gracias, señora.

Isabella sale del despacho antes de que Davies se arrepienta. No entiende muy bien a esta mujer, autoritaria y fría, pero compasiva al parecer, y ella tiene que exprimir esa compasión mientras pueda.

CAPÍTULO 23

—¿Falta mucho? —pregunta Alexis, sin saber de dónde siguen sacando las fuerzas para nadar.

Llevan dos días de un lado hacia el otro de la ciudad, con un tiempo que ha empeorado de forma considerable. Las tormentas ahora son constantes, con vientos que forman remolinos entre los edificios y lluvia cayendo con tanta fuerza que les cuesta mantener los ojos abiertos. Por la noche, la temperatura desciende hasta hacerlas temblar por mucho que se abracen y, durante el día, el sol es prácticamente inexistente y rara es la vez que logra filtrarse a través de las nubes negras.

—No, estamos cerca —contesta Carrie jadeando, mirando hacia atrás para asegurarse de que Alexis sigue ahí.

La hija del coronel tiene la mirada clavada en Carrie, como siempre, aunque ahora es solo una silueta borrosa por culpa del agua. Siente tanta tensión en el cuerpo que teme que los huesos se le rompan en cualquier momento, pero siempre sigue adelante a pesar de su miedo.

Se dirigen hacia la Torre Bayfront, un rascacielos de treinta plantas que ahora ha sido bautizado como la Torre Babel, según les han dicho. Desde que abandonaron el muelle donde estaba el barco de Marvin, han pasado las últimas cuarenta y ocho horas intentando

conseguir refugio en al menos siete lugares diferentes. Torres, edificios de apartamentos e incluso un centro comercial reconvertido en una especie de comuna, pero en todos ellos la respuesta ha sido la misma: con el dinero que tienen, solo hay sitio para una. Si quieren algo para las dos, solo hay un lugar al que pueden ir, la Torre Babel.

A ninguna de las dos les gusta la idea. Que todos señalen el mismo lugar, el único que acepta gente desesperada como ellas, no puede ser bueno.

—¿Y si es una trampa? —pregunta Alexis de repente.

Carrie resopla. Alexis lleva así toda la mañana, poniéndose en lo peor.

—Ahora mismo es la única opción que tenemos, salvo que quieras seguir nadando hasta que no podamos más o nos trague uno de esos putos remolinos —responde Carrie—. Sinceramente, me da igual lo que sea, Margaret. Solo quiero dormir una jodida noche tranquila, sin tener un ojo abierto y el culo mojado.

Alexis deja de quejarse y se pasa la mano por la cara, echándose los mechones de pelo cobrizo hacia atrás porque se le pegan a la cara. Las dos últimas noches han sido un infierno. Las han pasado en escaleras de emergencia igual que la anterior, pero con la bajada de temperatura, la lluvia y el viento, temblaban tanto que les dolían los músculos. Alexis apenas ha logrado dormir alguna hora suelta y, cuando lo ha hecho, ha tenido pesadillas. Carrie ni siquiera eso, era incapaz de conciliar el sueño, nerviosa por si alguien más desesperado que ellas, las asaltaba para quitarles las pocas galletas mojadas que les quedan.

—Tienes razón —jadea—, lo siento.

Carrie se detiene un segundo, les irá bien para recuperar el aliento y también para calmar a Alexis.

—Vayamos allí. Si nos dejan quedarnos y no nos gusta, descansamos unos días y pensamos en otra cosa, ¿de acuerdo? Si seguimos en el agua acabaremos enfermas.

—Lo sé —Alexis asiente, pasándose los dedos por los ojos para quitarse el agua, cansada de tener que repetir ese movimiento cada poco tiempo—. Sigamos.

Al edificio llegan agotadas, sintiendo que, si hubieran tenido que nadar unos metros más, se habrían hundido como piedras. La entrada está en una ventana de la tercera planta, donde han soldado una pequeña plataforma metálica que sobresale del agua como si fuera un muelle en el puerto.

Las dos se agarran al borde y jadean para recuperar el aliento mientras dos hombres armados las observan. Uno es joven, con los brazos tatuados y el pelo largo y desgreñado. El otro es más mayor, con la barba gris y una extraña cicatriz en la mejilla, aunque lo que más le llama la atención a Carrie es que ambos llevan chalecos antibalas.

—¿Venís buscando habitación? —pregunta el mayor directamente.

—Sí —responden las dos al mismo tiempo.

—Muy bien —responde el tipo.

El joven se inclina y coge a Carrie por las muñecas, subiéndola a la plataforma como si no pesara nada. Después hace lo mismo con Alexis.

—Adelante, pasad —dice el de la cicatriz.

La facilidad con la que las dejan acceder al edificio las sorprende a ambas. Carrie esperaba que al menos le preguntaran cuánto lleva encima, o si tiene algo interesante que ofrecer, pero el tipo se hace a un lado y el más joven las guía por el interior de la tercera planta, que parece un laberinto de oficinas convertidas en habitaciones y pasillos bloqueados por muebles.

Hay gente por todas partes: hombres y mujeres de todas las edades, algunos limpiando armas, otros cocinando en pequeñas cocinas de camping y algunos vigilando por las ventanas. Carrie y Alexis se miran entre ellas, sin entender, pero siguen al hombre sin decir nada, aliviadas de pisar suelo firme y seco.

—Subid a la cuarta planta —indica el tatuado señalando las escaleras—. Ahí está el registro.

Ahora es otro tipo el que las guía, también armado. La cuarta planta es diferente, parece un cuartel general de operaciones, con mapas en las paredes, radios, equipos de comunicación en las mesas y al menos doce personas armadas con rifles de asalto y machetes que se mueven por la habitación de un lado a otro.

—Carrie… —susurra Alexis, angustiada.

Carrie también está incómoda, pero ya están ahí y no le parece buena idea dar la vuelta para correr y saltar por la ventana. Está segura de que las coserán a balazos antes de llegar al agua.

—El Contador está al fondo —dice el hombre.

Ninguna entiende a qué se refiere hasta que llegan al final del pasillo. El Contador resulta ser un hombre de mediana edad, calvo como una bola de billar, que está sentado detrás de una mesa de madera sin una mota de polvo, contando billetes mientras se humedece los dedos con la lengua.

—¿Cuánto tenéis? —pregunta sin levantar la mirada.

—Tres mil —responde Carrie.

—¿Dólares?

—Sí.

El tipo levanta la vista y las mira de arriba abajo. Alexis se tensa, pero no dice nada.

—Tres mil por las dos. Con eso da para una habitación en la octava planta. ¿Estamos de acuerdo?

Carrie calcula. El agua llega a la tercera planta, todavía faltan cinco para que alcance la octava. No sabe cuánto tiempo tardará en hacerlo, pero es más de lo que esperaba, y por ahora tiene que ser suficiente. Mira a Alexis, ella parece haber pensado lo mismo, porque asiente, deseosa de perder a toda esa gente de vista.

—¿Y ya está? ¿Sin preguntas? —dice Carrie, sin poder evitarlo.

—¿Debería hacerlas? —pregunta el Contador.

—No —Carrie saca el dinero y se lo entrega.

Alexis la mira de reojo, a ella también le parece todo demasiado fácil, pero está tan agotada que ahora solo quiere llegar a una habitación donde todo esté seco y pueda tumbarse a descansar.

El tipo cuenta el dinero con rapidez y después hace una señal a uno de sus hombres.

—Rico, acompaña a las señoritas a la habitación ochenta y tres.

Rico da más miedo que ningún otro tipo de los que han visto. Corpulento, cabeza rapada, brazos como troncos y mirada desenfocada.

—Vamos —dice con voz ronca y atronadora.

Suben cuatro plantas más por las escaleras. En todas ven habitaciones improvisadas, más gente, más armas, pero parece

haber cierta organización porque reina una calma extraña. En la octava planta hay menos ruido y Carrie lo agradece, quiere dormir, a ser posible un año entero.

—Esta es la vuestra —dice Rico, abriendo la puerta.

La habitación es extremadamente pequeña. Apenas hay sitio para el colchón raído que hay en el suelo y una silla de madera destartalada en el rincón, pero tiene una pequeña ventana que deja entrar la luz natural y, después de varios días durmiendo a la intemperie, esto les parece un palacio.

—El baño está al final del pasillo —continúa Rico—. No tiene ducha, pero los retretes todavía funcionan. Si queréis lavaros, podéis usar cubos para subir agua limpia de las plantas bajas, allí hay un sistema de filtración.

Carrie y Alexis asienten, demasiado cansadas mentalmente para pensar en el esfuerzo que supone subir los cubos a través de cuatro plantas.

—Hoy podéis descansar. Os corresponde comer en la zona común de la décima planta. La siguiente comida es a las ocho. Mañana se os explicarán las normas de la torre.

Rico cierra la puerta y las deja a solas. Ellas se quedan inmóviles durante unos segundos, procesando dónde se encuentran y lo que ha dicho.

—Bueno —dice Carrie al fin—, tampoco está tan mal.

—Al menos no estamos flotando —murmura Alexis.

Durante la siguiente hora se dedican a asearse. Bajan a por agua y suben los cubos para lavarse en los baños del fondo. Es un proceso laborioso e incómodo, y también agotador, pero después de días sin poder ducharse, era algo completamente necesario. Se

visten con ropa seca, lavan la demás y la tienden dentro de la habitación, colgando de la silla, la puerta y la ventana. Se desinfectan las heridas mutuamente y las tapan con gasas. Y entonces llega el momento que más ansían, tumbarse.

El colchón es fino y está duro, es casi como tumbarse en el suelo, pero está seco y no se mueve, lo cual es más de lo que han tenido últimamente. Carrie se acurruca contra Alexis y ambas se reconfortan con el calor de la otra, sintiendo que les falta algo más, algo de lo que se ocuparán cuando estén menos cansadas.

—Hemos sobrevivido al agua —murmura Carrie mientras los ojos se le cierran—, ahora hemos de sobrevivir a las personas.

El comentario tensa por completo a Alexis, que ni siquiera puede cerrar los ojos. Sabe a lo que Carrie se refiere, hay algo oscuro en ese edificio, ambas lo han notado en cuanto han puesto un pie dentro.

—Carrie… —susurra, apretándola contra ella.

—Mmm…

No continúa hablando, decide dejarla dormir. Carrie tenía razón antes, necesitan descansar y recuperarse. Su mal presentimiento puede esperar.

Se quedan dormidas y ni siquiera la hora de la comida las hace levantarse, su cansancio está por encima del hambre, pero en algún momento de la noche se despiertan. Escuchan gritos procedentes de alguna planta inferior, no son de pánico, es algo más controlado, como una instrucción. Duran varios minutos hasta que se desvanecen y todo queda en silencio de nuevo. Carrie suspira contra el cuello de Alexis y vuelve a quedarse dormida de inmediato, Alexis no, se siente incómoda de nuevo, tensa, alerta. Piensa en esa gente

armada y en el Contador, y también en las normas que ha mencionado Rico.

Ellas no lo saben todavía, pero, al parecer, necesitan ser educadas sobre cómo funciona la Torre Babel. Mañana, cuando se lo expliquen, comprenderán que el dinero que han pagado no es por esa habitación en la octava planta, es por el derecho a optar a ella. Si quieren conservarla, tendrán que ser útiles para la torre, de lo contrario, serán útiles para la alimentación de la especie.